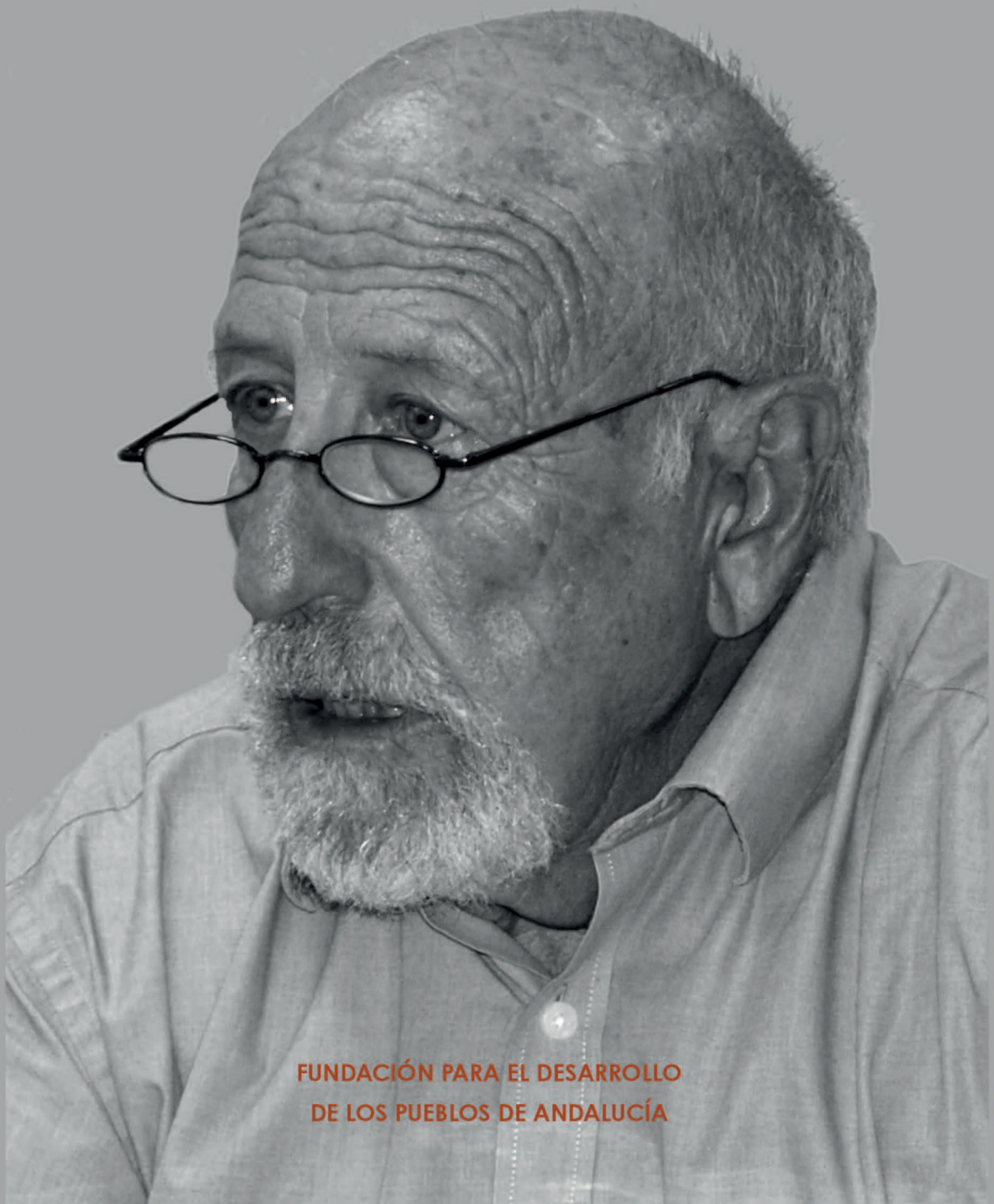
LO QUE IMPORTA Y NOS BASTA ES LA FE DE UNO

JOSÉ MARÍA ROMERO CALERO



FUNDACIÓN PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS DE ANDALUCÍA

LO QUE IMPORTA Y NOS BASTA ES LA FE DE UNO

José María "Pepe" Romero Calero

Presidente de Honor de la UGT de Sevilla

Fundación para el Desarrollo de los Pueblos
de Andalucía (FUDEPA)
2025

Portada:

Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía (FUDEPA)

Edita:
© Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía (FUDEPA)
www.fudepa.org

Imprime:
Imprenta Provincial–Diputación de Sevilla

ISBN:
978-84-124437-4-5

Depósito legal:
CO 501-2025

1936
Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,
…/…
Lo que importa y nos basta es la fe de uno.
Luis Cernuda a los Brigadistas Internacionales

A PILAR
A LA MEMORIA DE MIS PADRES Y MIS ABUELOS
A LOS HOMBRES Y MUJERES DE IDEAS

AGRADECIMIENTOS

Muchas son las personas a las que agradezco muy sinceramente que me hayan ayudado, de una u otra forma, a que este libro sea una realidad. Estas son algunas de ellas:

José María Camarero, mi querido Chema, con el que he compartido horas de trabajo, leyó el manuscrito y me hizo sugerencias y aportaciones que me fueron especialmente útiles.

Marina Sanz, compañera desde los primeros años de la Juventud Socialista en Triana. Marina, con una paciencia digna de mejor causa, examinó concienzudamente el original y realizó una soberbia corrección de estilo.

Mi nieto José María, graduado en Historia por la Universidad de Sevilla, me hizo valiosas aportaciones de enfoque a la primera parte.

José María Zufiaur, extraordinario compañero, escribió un prólogo que contextualiza de manera magistral unos años decisivos de acción sindical.

Pepa Castillejo e Inés Hens, desde FUDEPA han trabajado con cariño y entusiasmo en la siempre laboriosa tarea de dar forma definitiva a la edición de un libro.

Eva Álvarez, me hizo una valiosa aportación desde el archivo fotográfico de UGT Sevilla.

Pilar, mi esposa, mi compañera. ¡Cuántas páginas habré desechado después de leerlas ella que, torciendo el gesto, me hacía saber que no le gustaba!

ÍNDICE

PRESENTACIONES. 11

PRÓLOGO. 23

RAÍCES 1936–1948 43

GUADALCANAL Y EL BARRIO DE LA SALUD 1948–1963. 69

EL COMPROMISO DE LA ACCIÓN 1963–1980. 83

- Una juventud alegre y combativa 91
- Juventudes socialistas 94
- Comités de barrio. 100
- Detención, prisión militar y cárcel 103
- Huelga de siderúrgica sevillana 119
- La segunda mili 122
- Años decisivos para la implantación de la UGT en Sevilla 133
- Desencuentro entre los jóvenes trabajadores que nos incorporamos al socialismo en Sevilla y la dirección del PSOE 136
- La casa de la Alameda de Hércules. 139
- XV Congreso de Juventudes Socialistas 141
- XII Congreso de la UGT 144
- XXX Congreso de la Unión General de Trabajadores 146
- La Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS) 160
- Casa del Pueblo de la calle Huelva 161
- Congreso de unificación UGT–USO 168
- XXXI Congreso de la UGT 173
- Acuerdo Marco Interconfederal 177
- XXXII Congreso Confederal 185

A MODO DE EPÍLOGO 189

PRESENTACIONES

OSKAR MARTÍN SILVOSO
Presidente de FUDEPA
Secretario General de UGT Andalucía

RECUÉRDALO TÚ Y RECUÉRDALO A OTROS

Como presidente de FUDEPA y secretario general de UGT Andalucía es un orgullo presentar este libro, que se inscribe en los objetivos fundamentales de la Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía (FUDEPA): preservar la memoria histórica y democrática, fomentar la formación y la educación, y promover la cultura como eje transformador de nuestra sociedad.

Que no te confunda el título del mismo, sacado del poema *1936* del sevillano Luis Cernuda, pues casi nadie lo conoce por su título –tan sugerente y lleno de significado– sino como *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, su primer y poderoso verso. Ese recordatorio es, precisamente, el espíritu que impregna estas páginas: la memoria como herramienta fundamental para proyectar los valores de justicia y dignidad hacia el futuro.

El texto que hoy compartimos constituye un valioso testimonio que entrelaza vivencias personales y logros colectivos, destacando la contribución del sindicato UGT en Andalucía a la defensa de los derechos laborales y al fortalecimiento de la democracia en nuestro país. En un momento en el que conmemoramos el 45 aniversario de UGT Andalucía, esta obra

cobra una relevancia especial, no solo como una recopilación de hechos históricos, sino también como un instrumento para que estos valores sigan vivos en las nuevas generaciones.

La historia del movimiento obrero en nuestro país está jalonada de hitos protagonizados por nombres propios, y José María Romero Calero es uno de ellos. Nacido en Guadalcanal (Sevilla), su vida ha estado marcada por el compromiso sindical y político desde su ingreso en 1967 en las Juventudes Socialistas y la UGT. Dos años después, en 1969, fue detenido durante el estado de excepción mientras cumplía el servicio militar, sufriendo condena tanto en la prisión militar como en la cárcel de Sevilla, la misma en la que, décadas antes, fueron encarcelados su padre y su abuelo al término de la Guerra Civil. Condenado por el Tribunal de Orden Público por su militancia, fue expulsado del ejército y obligado a realizar un segundo servicio militar.

Desde sus orígenes, la historia del sindicalismo ha estado protagonizada por personas que, con su fe y compromiso, han hecho avanzar la lucha obrera. En 1864 se fundó en Londres la Primera Asociación Internacional de Trabajadores como respuesta a la explotación que sufrían los asalariados a consecuencia de la Revolución Industrial. Fue un símbolo de solidaridad internacional del proletariado por encima de las fronteras, y a partir de entonces el término *socialismo* empezó a propagarse como antítesis del *individualismo*. Sin embargo, aunque en apariencia socialismo e individualismo puedan parecer opuestos, ha sido la convicción de personas individuales, su fe puesta al servicio de los demás, la que ha fertilizado esa propagación, avivando conciencias primero, para convencer después, de que sólo hay

un camino para la emancipación y figura alto y claro en nuestro himno "Agrupémonos todos..."

Pepe Romero conoce bien esa lucha. En 1971, tras la caída de varios compañeros de UGT en el 1º de Mayo, tuvo que huir de su domicilio para evitar su detención por la Brigada Político-Social. Ese mismo año, representó a la Juventud Socialista de Sevilla en el XV Congreso de las Juventudes Socialistas de España en París y a la UGT de Sevilla en el XIII Congreso de la UGT en Toulouse. En 1975 fue nuevamente detenido por encabezar una huelga en la empresa Cebesa de Dos Hermanas, aunque sus compañeros mantuvieron la huelga hasta lograr su liberación.

El libro recoge con rigor y detalle episodios clave de la trayectoria del sindicato, ilustrando su papel en momentos cruciales de la historia reciente. Desde las luchas iniciales por los derechos laborales hasta su consolidación como un actor fundamental en el ámbito político y social, la obra destaca los logros alcanzados gracias al esfuerzo colectivo y a una visión comprometida con la justicia social. Como parte de ese esfuerzo, en 1976 Pepe encabezó la delegación de Sevilla en el 30º Congreso de la UGT, el primero celebrado en España tras la Guerra Civil. Un año después, en 1977, presidió el Congreso de Unificación UGT-USO y fue elegido miembro de la Comisión Ejecutiva Confederal de la UGT en el XXXI Congreso.

El florecimiento del sindicalismo en España desde el núcleo fundador de Madrid ha sido posible gracias a personas como él. A finales del siglo XIX, la primera expansión del movimiento obrero tuvo su epicentro en Euskadi. En 1885, Facundo

Pérezagua, tipógrafo enviado por Pablo Iglesias, llegó a la comarca minera de Somorrostro. Desde allí, la lucha se extendió hacia Asturias, consolidándose tras el Congreso de Bilbao de 1890, con Francisco Cadavieco como precursor en el Principado y en la cuenca minera asturiana. Décadas después, en los años treinta, en plena efervescencia política y social, nuevos propagandistas continuaban con ese propósito. Fue en ese contexto cuando, en las postrimerías de la Dictadura de Primo de Rivera, Ramón González Peña desembarcó desde Asturias en la cuenca minera de Riotinto enviado por la Federación de Obreros Mineros de UGT para organizar el Sindicato Minero de Huelva. En aquellos estatutos quedó estampada su firma como secretario general, justo debajo de la de su presidente, Antonio Serrano, abuelo de nuestro querido compañero Antonio Ortiz.

Pepe Romero, además de su papel sindical, ha desempeñado una intensa labor institucional. Tras la constitución de la Junta de Andalucía, fue nombrado Consejero de Trabajo en el gobierno de José Rodríguez de la Borbolla. Finalizada su etapa como consejero en 1990, se reincorporó a su puesto de oficial electricista en Sevillana de Electricidad. Posteriormente, ejerció como concejal socialista en el Ayuntamiento de Sevilla y, en la séptima legislatura de la democracia, como senador por la circunscripción electoral de Sevilla. Dio por finalizada su actividad política institucional como comisario de la Junta de Andalucía para la Recuperación de la Memoria Histórica. Actualmente, pertenece al grupo de veteranos ugetistas *Jóvenes Socialistas del 68*, es presidente de honor de la Unión General de Trabajadores y Trabajadoras de Sevilla y miembro del patronato de FUDEPA.

Más allá del pasado, esta obra nos interpela sobre la necesidad de seguir trabajando en la defensa de los derechos laborales y la promoción de la igualdad y la justicia social. Al rememorar el papel de UGT Andalucía, nos invita también a reflexionar sobre los retos actuales y futuros, destacando la importancia de consolidar los valores de unidad y solidaridad en el mundo laboral y en la sociedad en general. En este sentido, el poema de Cernuda es todo un manifiesto: un homenaje a quienes luchan por un ideal, un canto en defensa de la dignidad del ser humano y un recordatorio de que solo la memoria del pasado, frente al olvido y los bulos, nos hará seguir avanzando.

Por último, este libro se presenta como un homenaje a quienes han dedicado su vida a la lucha sindical, a los hombres y mujeres que han defendido con firmeza los derechos de la clase trabajadora y que han contribuido al desarrollo de una sociedad más justa y democrática. Su testimonio es una fuente de inspiración y un recordatorio de que el compromiso y la perseverancia son claves para alcanzar el progreso colectivo. La fe de uno, la fe de cada uno, solo se explica por sus ideas. Todos ellos fueron hombres y mujeres de ideas.

Concluyo estas palabras parafraseando a Ramón Rubial, un ugetista histórico y referente siempre para todos y todas, con motivo del recuerdo que dedicó a Indalecio Prieto: *"Hay infinidad de sindicalistas que han hecho mucho por UGT Andalucía, pero como Pepe Romero, ninguno"*.

Porque la memoria es el mejor legado que podemos ofrecer a quienes vendrán después. Porque recordar es también avanzar.

JUAN BAUTISTA GINÉS
Secretario General de UGT Sevilla

QUIEN A LOS SUYOS SE PARECE HONRA MERECE
(Antiguo refrán castellano)

Como Secretario General tuve el privilegio de dirigir el debate donde se ponderaron los méritos y la oportunidad de nombrar a Pepe Romero Presidente de Honor de UGT Sevilla, por la Comisión Ejecutiva de la Unión Provincial, en la sesión celebrada en marzo de 2021, nombramiento aprobado por unanimidad.

En la ceremonia institucional en la que se otorgó la concesión de la designación, se procedió a la lectura del acuerdo de reconocimiento y se destacó la relevancia de la trayectoria sindical, política y humana de tan querido compañero. Estos mismos méritos fueron presentados por nuestra organización ante la Diputación de Sevilla en 2023, los cuales le hicieron merecedor de la Medalla de Oro de la Provincia.

En esta larga trayectoria que ahora se "personifica", negro sobre blanco, con las memorias de su autor, están muy presentes, desde la dedicatoria inicial, los "hombres de ideas": los compañeros y compañeras que, mes a mes, año a año y también ya, siglo a siglo, han ido configurando lo que hoy es la Unión General de Trabajadores. En la etapa más negra de la Historia de España, gobernada por una dictadura criminal y en un entorno material de grandes dificultades, el afán por saber de aquellos acontecimientos ocultos por la censura o directamente

falseados por el régimen se veía compensado por quienes no renunciaron nunca a sus ideas, de las que hablaban entre ellos en voz baja: *"Desde niño, yo de mayor quería ser como ellos".*

A fe mía que lo has conseguido Pepe y así te vemos nosotros, hospedado en vida en la *casa del pueblo* intangible que los alberga. Dando vida también desde nuestros líderes históricos hasta los más cercanos que nos antecedieron, con el propósito de que, parafraseando a Castilla del Pino, *cuando estos han desaparecido y nadie los recuerde, habrán muerto definitivamente*. Empezando por el mismo Pablo Iglesias y la síntesis de su legado que resumía así Julián Besteiro: LA OBRA DE PABLO IGLESIAS ES UNA OBRA QUE HONRA A LAS IDEAS Y QUE HONRA AL PUEBLO EN EL CUAL SE HA REALIZADO. Porque aquí se funden los tres pilares que identifican con orgullo nuestro sindicato: SOCIALISTA, OBRERO Y ESPAÑOL.

Sindicato socialista, que no partidista, y que matizaba certeramente Luis Gómez Llorente, analizando así la dicotomía entre dos organizaciones fundadas con un mismo fin: *Los partidos pueden evolucionar hacia el interclasismo, y hacia una praxis política contemporizadora con los poderes económicos y a veces -preciso es reconocerlo- no tienen otra alternativa. Pero los sindicatos son siempre, por definición, organizaciones de la clase obrera. Son inexorablemente y mientras existan, los más legítimos herederos y continuadores de cuanto significa en la historia el Movimiento Obrero. La tarea sindical no es otra sino la defensa de los intereses de la clase trabajadora, sea frente a la patronal, sea ante el Gobierno del Estado.*

Luis Gómez Llorente fue el ponente que defendió en 1978 el voto particular al artículo 1 de la Constitución del Grupo

Parlamentario Socialista por el que se defendía la República como forma del Estado. Veintitrés años después Pepe tuvo ocasión de dejar constancia para la posteridad en el Diario de Sesiones del Senado de la exclamación "¡Viva la República!", para responder a la alusión despectiva sobre ella de quien hacía uso de su turno de la palabra en la tribuna.

La conciencia de clase está en el ADN de nuestros militantes, pero ello no nos impone que las altas magistraturas del Estado tengan que ser desempeñadas por obreros, sino por quienes mejor contribuyan a la emancipación de la clase trabajadora.

De hecho, en toda la historia de España solo un obrero ha sido Presidente del Gobierno, Francisco Largo Caballero, el español más odiado por la derecha precisamente por la circunstancia de haber roto el techo de cristal que suponía que el ejercicio del poder está reservado a determinadas clases sociales. En su discurso del mitin electoral celebrado en Jaén en noviembre de 1933, el entonces Secretario General de UGT decía: *He sido concejal, diputado provincial, diputado a Cortes y ministro. Al dejar los cargos no he tenido que volver a la clase obrera, porque jamás salí de ella*.

Quizás el conocimiento de este episodio haya sido transmitido de un testigo presencial, el compañero expresidente de la Diputación de Jaén durante la República, Alfonso Fernández Torres, desterrado a Sevilla en la posguerra y otro de los "hombres de ideas", junto a Celestino Tejeiro y el resto de condenados a la clandestinidad, que contribuyeron a satisfacer el afán por saber de los jóvenes socialistas que refundaron la UGT de Sevilla hace más de medio siglo.

Además de republicano confeso y Consejero de Trabajo, Concejal de Sevilla, Senador y Comisario para la Recuperación de la Memoria Histórica, Pepe tampoco salió jamás de la clase obrera. Voy a traer a colación para finalizar un artículo publicado en *El Socialista* el 29 de septiembre de 1924. En este artículo nos acercamos a un acto que recordaba, en el salón de actos de la Casa del Pueblo de Madrid, el aniversario de la creación de la Primera Internacional. Pablo Iglesias remitió un texto para ser leído en el acto, y que el periódico reprodujo literalmente. El fundador de la UGT recordó cómo la Internacional en España había derivado hacia el anarquismo, y cómo una minoría mantuvo el carácter de los estatutos y el primer manifiesto de la AIT: "*permitidme que, como superviviente de ella [con] otros dos que hay en Madrid, mis íntimos amigos Gómez Latorre y José Ros*" comparó la situación organizativa de la clase obrera en 1864 con la de su presente en 1924.

Como es sabido, Matías Gómez Latorre es una verdadera leyenda del socialismo español, en el partido y el sindicato, en primer lugar porque su vida se alargó 91 años, y porque su compromiso le llevó a participar en el origen del movimiento obrero español, participar en la fundación del PSOE, trabajar en "*El Socialista*", y ser un dirigente destacado de la UGT, donde cogió el relevo de Jaime Vera, que había redactado el Informe a la Comisión de Reformas Sociales en 1884 y fue el miembro de la "cuota obrera" en el Instituto de Reformas Sociales primero y en el Instituto Nacional de Previsión después, donde llegaría a desempeñar la vicepresidencia hasta el golpe de estado de 1936, además de ser testigo de la Historia de España desde el reinado de Isabel II hasta el fin de la Guerra Civil y el exilio, donde falleció. Andrés Saborit escribiría su obituario.

Lo que no es tan sabido es que Matías Gómez Latorre era un andaluz de Jaén que emigró a Madrid con quince años y empezó allí a trabajar de aprendiz de tipógrafo, donde conoció a Pablo Iglesias. Volviendo a la crónica de *El Socialista*, Andrés Saborit fue quien clausuró el acto del LX aniversario de la AIT, y voy a copiar y reproducir solamente un párrafo de su larga intervención: *para ser socialista hay que ser buen esposo y buen padre, buen obrero en el taller y un infatigable luchador en el sindicato (aplausos).*

Creo que, para entender en su fertilidad la trayectoria de Pepe, hay que hacer constar que sigue manteniendo la unidad familiar que edificó con Pilar también hace más de 50 años.

Gracias Pepe y gracias a todas y todos los compañeros y compañeras que, con su esfuerzo y costo personal y familiar, hicieron posible que la UGT de Sevilla exista.

JOSÉ MARÍA ROMERO CALERO, UNO DE LOS NUESTROS.

PRÓLOGO

JOSÉ MARÍA ZUFIAUR NARVAIZA
Miembro de la Comisión Ejecutiva Confederal de UGT entre 1977 y 1994
Consejero del Comité Económico y Social Europeo, entre 1986 y 2020, en representación de la UGT

1. Contexto

Es para mí un honor y un regalo de amistad que Pepe Romero me haya elegido para prologar la publicación de sus memorias, que, especialmente, resumen su trayectoria como militante y dirigente sindical.

Pepe y yo coincidimos en un momento crucial de la transición a la democracia en nuestro país y de la configuración de un marco democrático de relaciones laborales.

Fueron años en los que tanto la UGT como el PSOE pasaron de tener la dirección en el exilio a ubicarla en España. Se creó entonces, en el ámbito político, la "Platajunta" de Coordinación Democrática, y en el sindical, la Coordinadora de Organizaciones Sindicales, COS. Y se materializó la unificación del sindicalismo de orientación socialista entre USO y UGT.

En ese periodo se acordaron los Pactos de la Moncloa, de los que no formaron parte las organizaciones sindicales, pero que sí apoyaron los tres mayores sindicatos integrantes de la COS: Comisiones Obreras, UGT y USO.

Fue entonces cuando se elaboró la Constitución democrática. Para lo que fue esencial la política de consenso, tanto en el ámbito político como en el sindical, en un contexto de profunda crisis económica y de gran inflación.

A ese consenso contribuyeron los acuerdos denominados de "concertación social," acuerdos que se realizaron, por primera vez en la reconquistada democracia en nuestro país, entre organizaciones empresariales y sindicales, en 1979 y 1980.

El primero de dichos acuerdos fue el denominado "padre de todos los acuerdos", el Acuerdo Básico Interconfederal, ABI, de 1979, que surgió, de una parte, por el hecho de que, al no haber una prolongación de los Pactos de la Moncloa, el Vicepresidente del Gobierno de Suárez, Abril Martorell (en 1978, en unas denominadas "Jornadas de reflexión") realizó una propuesta a los interlocutores sociales de llevar a cabo un pacto social. La propuesta no fue aceptada por CCOO, que deseaba una prolongación, de carácter político-social, de los Pactos de la Moncloa, posición que no compartían ni el gobierno de Suárez, ni la mayoría de los partidos que firmaron dichos Pactos de la Moncloa, ni la UGT ni la patronal.

Sin embargo, tampoco fue posible acordar un Pacto Social. Además de que había discrepancias en el tipo de acuerdo, tampoco la UGT y CCOO concordaban con las propuestas que planteaba el gobierno, que implicaban medidas de austeridad en el contexto de crisis económica. Ello conllevó que, con el objetivo de reducir la gran inflación existente, se impusieran, para los convenios de 1978 y 1979, los llamados "topes salariales de

Abril Martorell". Contra ellos, los sindicatos llevamos a cabo 170 millones de horas de huelga sin lograr superarlos.

Ante esa situación, el entonces ministro de Trabajo de Adolfo Suárez, Rafael Calvo Ortega, nos propuso que los acuerdos que lográramos consensuar entre los dos grandes sindicatos, CCOO y UGT, y la patronal CEOE se integrarían en el Estatuto de los Trabajadores que se iba a elaborar. La CEOE y la UGT aceptamos la propuesta y pusimos en marcha la negociación, mientras que CCOO la rechazó dado que, como ya he señalado, buscaba repetir un acuerdo político. Así se llevó a efecto el ABI, algunos de cuyos contenidos se convirtieron, en línea con lo prometido por Calvo Ortega, en el título segundo y, especialmente, en el tercero del Estatuto de los Trabajadores, aprobado en marzo de 1980.

A continuación, y tras la experiencia del ABI, se negoció y elaboró, con el objetivo de abordar de forma consensuada la negociación colectiva y de establecer un marco de relaciones laborales democrático, el Acuerdo Marco Interconfederal, AMI, en enero de 1980, con vigencia también para 1981. Ambos acuerdos fueron firmados por la CEOE y la UGT.

Antes de esta etapa de concertación se había producido, en diciembre de 1977, el Congreso de unificación del sindicalismo de orientación socialista, entre la UGT y una parte de la USO, un Congreso que fue copresidido por Eugenio Royo, fundador de la USO, y por Pepe Romero, en representación de la UGT.

En realidad, las posiciones de la UGT de Sevilla, cuyo dirigente más reconocido en aquel entonces era Pepe Romero, coincidían,

en aspectos fundamentales, con las que defendíamos desde la USO: la defensa de la autonomía sindical, la voluntad de una unidad, al menos de acción, entre los diversos sindicatos, la orientación socialista y, al mismo tiempo, la defensa del sindicalismo de masas abierto a todos los trabajadores. Por eso yo siempre he afirmado que fue con los ugetistas de Sevilla con los que yo me sentí más unido tras la unificación de la USO con UGT.

2. La reconstrucción de la UGT de Sevilla y las luchas por la democracia

De entrada, quiero destacar que el documento elaborado por Pepe me ha parecido muy bien escrito, muy fácil de leer, muy descriptivo de lo que narra, y de mucho interés tanto para los que vivimos aquellos años como, especialmente, para las nuevas generaciones que no los vivieron.

Su libro es un homenaje a sus padres y abuelos, a los valores que le inculcaron, a Pilar su compañera y esposa, y a las personas de ideas más que a las de creencias dogmáticas. Una familia de profunda raigambre republicana y socialista, que luchó contra el franquismo y que sufrió las represalias del mismo.

Es también un relato muy descriptivo de lo que fueron los cambios de los modos de vida que se produjeron en nuestro país, a finales de los años 50 y durante los 60 y 70 del siglo pasado, como consecuencia del paso de un país agrícola a otro industrial.

La ruptura de la autarquía a partir de 1959, el desarrollo del capitalismo y las transformaciones que supusieron, hicieron

emerger toda una problemática laboral y social incompatible con las estructuras del franquismo. De ahí el protagonismo de la acción sindical y el surgimiento de un nuevo movimiento obrero compuesto por nuevas generaciones, que se extendía a la acción en las empresas, en los barrios y que también influía en las movilizaciones universitarias.

Como señala Pepe en su libro, muchos de esos nuevos luchadores eran jóvenes antifranquistas, que crearon estructuras organizativas sindicales y políticas. En el caso que describe Pepe, esa "juventud alegre y combativa" hizo revivir las juventudes socialistas de Sevilla (esas "juventudes socialistas del 68" que todavía siguen reuniéndose) y renovaron y consolidaron a la nueva UGT sevillana.

La lucha contra el franquismo y por la democracia fue, en gran medida, una lucha sindical. Que utilizaba el *entrismo* en el sindicato vertical y las estructuras de las organizaciones de base de la Iglesia, como las Juventudes Obreras Católicas, JOC, o la Hermandad Obrera de Acción Católica, HOAC. Y que sirvieron, el primero, para las negociaciones colectivas, las asambleas en las empresas, la emergencia de dirigentes sindicales y la realización de huelgas. El segundo, para formar social y políticamente a muchos jóvenes y también para realizar en sus dependencias seminarios, actividades y reuniones.

Como describe Pepe, de esas nuevas empresas, de las negociaciones y las huelgas en las mismas, surgieron los nuevos líderes sindicales que llevaron a cabo una fuerte implantación de la UGT en Sevilla.

Esas huelgas y manifestaciones fueron determinantes en la erosión del franquismo en esos años. La acción sindical era la más extendida y la que más gente aglutinaba. Era de las huelgas y las movilizaciones sindicales de las que más se hacía eco la prensa internacional y las emisoras de la oposición. La acción sindical en las empresas era la que servía de base y se prolongaba en las actividades de las asociaciones de vecinos en los barrios (en muchos casos, los líderes eran los mismos). La que, en muchos casos, motivaba las movilizaciones estudiantiles. La contestación laboral se convertía, ante la falta de cauces democráticos, en contestación política, convirtiéndose, así, en la más evidente y difícil de negar. Por eso, era la que contaba con mayor número de represaliados. También era la más impopular para reprimirla. Y, por ello, la que más desafectos al Régimen provocaba. La acción sindical tenía, además, otra virtud: era la más unitaria, sin serlo del todo, de toda la oposición al franquismo. Igualmente, la que más aglutinaba, sin distinción de bandos, a los hijos de los perdedores y de los ganadores de la Guerra Civil, creando las bases para lo que más tarde se denominó "política de consenso".

La implantación de la UGT en Sevilla

Del relato de Pepe me resulta también destacable el hecho de que la UGT de Sevilla tuvo una personalidad propia en la relación con el partido. Cuando en esos años, como producto de la represión y el exilio, el sindicato socialista era, salvo en Asturias con su presencia en la industria minera o, en Vizcaya, en la industria metalúrgica, más bien un componente del PSOE.

Como ya he indicado anteriormente, esa entidad propia estaba fundamentada, por un lado, en que el sindicato estaba compuesto

por trabajadores que se habían organizado en las juventudes socialistas mientras que el partido lo estaba por universitarios. Esto no impedía que muchos de los ugetistas estuvieran también afiliados al PSOE. Por otro, porque en esos años la implantación de la UGT creció muy notablemente con militantes y líderes sindicales de un conjunto de grandes empresas y de muchos sectores. Lo que llevó a los jóvenes activistas a crear una sede propia, una casa del pueblo, en la Alameda de Hércules, en el barrio donde ya estuvo la UGT en la época de la República.

Como señala Pepe, ello produjo algunos desencuentros con el Partido en Sevilla, y que mantuvieran posiciones diferentes respecto al concepto de autonomía sindical, autonomía colectiva o la incompatibilidad de cargos entre el sindicato y el partido.

Ese posicionamiento, como señala Pepe en sus memorias, lo trasladó la UGT de Sevilla al Congreso de 1976 de la UGT, celebrado, por primera vez desde el exilio, en España, en el hotel Biarritz de Madrid. Pepe intervino en el mismo y, siguiendo la posición de la UGT de Sevilla en favor de la unidad de acción sindical, tomó la palabra para plantear una cuestión previa: que se invitaran al Congreso a otras organizaciones sindicales españolas. A CCOO, CNT y USO. La propuesta se sometió a debate y votación, y se aceptó la propuesta de Pepe.

Así mismo, en dicho congreso las posiciones de la delegación de Sevilla, con el apoyo de otras como la de Madrid, lograron que, en una resolución, se aprobara la autonomía del sindicato en relación con la patronal, el Estado y los partidos políticos. En cambio, se rechazó la proposición sobre la incompatibilidad de cargos entre el sindicato y el partido.

Pepe también señala cómo la UGT de Sevilla apoyó la creación de la COS, en Julio de 1976. La COS era el equivalente de la *Platajunta* en el espacio sindical. Y, además de convocar la mayor huelga general realizada en España durante el franquismo, en demanda de la libertad sindical y de la democracia, fue importante para rechazar cualquier continuidad del sindicato vertical, para facilitar las negociaciones al respecto con los últimos ministros del sindicato vertical, para defender la libertad sindical conforme a los postulados de la OIT y para apoyar, así mismo, que todos los partidos políticos, incluido el PC, fueran reconocidos en la Constitución.

También sirvió para acercar posiciones entre los sindicatos mayoritarios. Por ejemplo, entre la UGT y la USO de Andalucía, que tenía una implantación minoritaria en Sevilla pero muy grande en la industria del vino en El Puerto de Santa María, en Jerez y en los astilleros de Cádiz, con líderes como Elvira Falcón, Esteban Caamaño, Isidoro Gálvez, José Luis Rodríguez Añino o Sebastián González y Manolo Cañas.

3. El congreso de unificación de la USO y la UGT

La USO fue la primera nueva organización sindical que surgió en la postguerra. Desde su nacimiento, en el año 1960, ya expresó en su carta fundacional su voluntad de lograr una unificación sindical. *Hijos de la postguerra y libres de todo prejuicio que divide, hemos nacido para desaparecer en la Gran Central Sindical Democrática de Trabajadores, que reclama el movimiento obrero, al cual servimos por encima de las dificultades, fieles a nuestra consigna de hacer un sindicalismo de masas, pujante y democrático, capaz de emancipar a la clase trabajadora.* Y también desde el principio se

declaró como un sindicalismo de orientación socialista. Igualmente, desde su nacimiento buscó la unidad con otras fuerzas sindicales. Por ejemplo, en la creación de Comisiones Obreras en algunas regiones o en la creación de la ASO en Cataluña que, al romperse por las negociaciones de la CNT con el sindicato vertical, llevó a que la UGT de Cataluña se integrara en la USO. Y también en tres intentos de unidad con la UGT confederal. El primero, en los comienzos de la USO, cuando se reunió Eugenio Royo con Rodolfo Llopis y José Barreiro en París; la segunda, en una fallida reunión mía y de Agapito Ramos que iba a realizarse con Pascual Tomás en Bayona, en 1967; y el tercer intento se produjo en 1974 en el despacho de Pablo Castellanos, con él y Alonso Novo por parte de la UGT, y de Eugenio Royo, Pedro Cea y yo por la USO.

Finalmente, a la cuarta la vencida, se logró la unificación de la USO con la UGT en el Congreso de Unificación de diciembre de 1977.

En ello confluyeron diversos factores. En primer lugar, con la constitución de la COS se puso en evidencia que no era posible una unidad orgánica entre las tres organizaciones sindicales mayoritarias. CCOO tenía un planteamiento hegemónico: heredar, en democracia, el sindicato vertical "con los ascensores funcionando", en frase de Marcelino Camacho. La UGT, en su congreso del 76 ya expresó su opción: "a la unidad por la libertad". Y la USO planteó, sin mucha esperanza, la posibilidad de intentar una unidad sindical basada en la pluralidad de tendencias políticas dentro de un mismo sindicato unitario –cogiendo como ejemplos el sindicato unificado de Chile o el de Portugal–.

En segundo lugar, por el nuevo escenario que surgía con la democracia. La configuración del Movimiento Sindical iba a depender de las grandes corrientes ideológicas y sus espacios políticos en el país: la derecha democrática, la socialista, la comunista, la nacionalista vasca y catalana. Las elecciones generales de 1977 corroboraron esa percepción. Y también los resultados de las primeras elecciones sindicales reflejaron el peso que tenía la memoria histórica: CCOO sacó un 34% de votos, UGT un 21%, la USO un 3,90%. La USO no tenía ni la historia, ni los apoyos internacionales, ni los medios económicos suficientes y, por ello, corría el riesgo de pasar a un papel muy marginal. Tampoco quería ser un sindicato de orientación cristiana como los miembros de la CMT internacional, a la que se afilió la parte de la USO que no quiso unificarse con la UGT, internacional a la que también estaban afiliadas ELA-STV y la SOC; ni vincularse al espacio de la UCD, como se pretendió por parte de alguno de los contrarios a la unidad con la UGT. La USO quería seguir manteniendo su orientación socialista. De ahí surgió, de nuevo, la propuesta de unificación con la UGT, con la condición de que se asumieran nuestros postulados fundacionales: la autonomía sindical, la incompatibilidad de cargos entre sindicato y partidos, la unidad sindical, la complementariedad entre acción sindical y lucha política, lejos de los postulados anarquistas o leninistas, y la construcción de un sindicalismo de masas.

La mayoría de los órganos de la USO apostaron por esa vía. Quisimos que ello fuera realizado con un debate franco, leal y democrático, y a través de un proceso progresivo (empezando porque en las siguientes elecciones sindicales las listas de ambas organizaciones fueran comunes). Pero la ruptura por

parte de la minoría contraria a la unificación, acordada en el Consejo Confederal, lo hizo imposible.

En tercer lugar, la UGT también tenía la necesidad de reforzar su implantación en muchos sectores y empresas en los que estaba la USO, y con líderes sindicales que se formaron durante la clandestinidad utilizando el *entrismo* dentro del vertical (cosa que la UGT rechazada).

Las negociaciones con la UGT se realizaron en el espacio de cuatro meses y el Congreso de Unificación se celebró el 18 de diciembre de 1977. Se aceptaron las condiciones exigidas por la USO, y Fernando Solano, Aquilino Zapata y yo entramos a formar parte de la Comisión Ejecutiva de la UGT, a la vez que Nicolás y otros tres miembros de la Ejecutiva ugetista dejaron de ser miembros de la Ejecutiva del PSOE.

La fusión entre esa parte de la USO y la UGT fue un elemento que potenció el sindicalismo de orientación socialista en empresas y sectores. Varios líderes de la USO pasaron a serlo también de la UGT, en varias regiones y federaciones. Ello contribuyó, así mismo, a la integración en el PSOE de un conjunto de organizaciones socialistas de diversas regiones que habían formado parte de la Federación de partidos socialistas.

4. El cambio de estrategia en la UGT

Para entender mejor el proceso de concertación que se llevó a cabo a partir de 1979 tras la fusión del sindicalismo socialista, es necesario explicar una serie de elementos que influyeron en ello.

En primer lugar, y como elemento principal, la búsqueda de acuerdos respondía al objetivo de la consolidación democrática que, especialmente para las organizaciones sindicales mayoritarias, constituyó el norte estratégico al que supeditaron cualquier otra aspiración. Dicha orientación estratégica pretendía situar los problemas económicos del momento (altas tasas de inflación, obsolescencia del aparato productivo, débiles tasas de crecimiento, escasa capitalización de las empresas, fuerte reducción de los excedentes empresariales) en el marco de una política laboral de consenso.

A su vez, la invitación a la participación en el proceso de elaboración del Estatuto de los Trabajadores se producía en un contexto en el que, tras las elecciones legislativas de marzo del 79, el gobierno de UCD había cambiado de estrategia política. Ya no estaba dispuesto a seguir en una política de consenso en gran parte basada en la interlocución privilegiada con el PCE. El gobierno estaba ahora más interesado en un pacto social que en la repetición de un pacto político semejante a los Pactos de la Moncloa. Especialmente, teniendo en cuenta las circunstancias de fragilidad que vivía el PSOE tras el 28 Congreso del partido socialista. No menos importante era el deseo de Suárez de no confrontar con las organizaciones sindicales (que tenían mucha capacidad de movilización) con motivo de la tramitación del Estatuto de los Trabajadores.

El contexto político influyó también, con reacciones diferentes, en los interlocutores sociales llamados al pacto. En el caso de la UGT, ésta tenía puestas sus esperanzas en el triunfo del PSOE en las elecciones generales para alcanzar dos de sus objetivos estratégicos: la recuperación del patrimonio sindical histórico

incautado por el franquismo y la instauración, por la vía legislativa, de la primacía de su "modelo sindical". Con el primero pretendía, disponiendo de más medios, compensar el desfase en implantación sindical que, en aquel momento, le separaba de CCOO. Con el segundo aspiraba, entonces, a la preponderancia de las secciones sindicales sobre los comités de empresa. La nueva victoria electoral de la UCD, sin embargo, le obligaba a cambiar de estrategia, una necesidad que venía reforzada por la situación de debilidad que atravesaba el "partido hermano" tras la salida de Felipe González de la Secretaría General y la creación de una gestora.

Otros dos aspectos repercutieron, igualmente, en la decisión de la UGT de iniciar las negociaciones con la patronal para el acuerdo del ABI. De un lado, el temor a que la derecha en el Gobierno impusiera un Estatuto lesivo para los trabajadores, aplicando la mayoría parlamentaria que le apoyaba. Y, de otra parte, la experiencia acumulada durante el desarrollo de los Pactos de la Moncloa que, contrariamente a lo pronosticado, no habían sido negativos, en términos salariales, para la mayoría de los trabajadores. Y, sobre todo, el fracaso de la gran movilización contra el decreto de negociación de salarios, lo que hacía oportuno sacar algunas consecuencias estratégicas. Fue necesario, por lo tanto, "resindicalizar la estrategia".

5. El Acuerdo Básico Interconfederal y el Acuerdo Marco Interconfederal

Pepe entró a formar parte de la Comisión Ejecutiva de la UGT en el congreso de Barcelona de 1978. Allí fue elegido Secretario de Acción Reivindicativa y yo de Relaciones Sindicales.

Como responsables de esas secretarías llevamos a cabo, con el apoyo de otros miembros de la UGT responsables de federaciones de industria y de técnicos exteriores, las negociaciones del ABI y del AMI.

El ABI inauguró la concertación social y puso las bases para otros acuerdos posteriores: sentó las bases de lo que luego fueron el Título II del Estatuto de los Trabajadores (sobre los derechos de representación colectiva y de reunión de los trabajadores en la empresa) y del Título III (de la negociación y de los convenios colectivos); contribuyó, Estatuto mediante, al cambio de la práctica totalidad de la legislación del régimen anterior; e instauró el pleno reconocimiento de la presencia y la actuación de las organizaciones sindicales y empresariales en todos los ámbitos de las relaciones laborales.

Así mismo, promovió la centralidad y la centralización de la negociación colectiva y el fortalecimiento de las organizaciones más representativas de sindicatos y empresarios. Y marcó los principios y criterios fundamentales del marco de relaciones laborales: los convenios colectivos como cauce fundamental de negociación; el principio de representatividad mayoritaria; el protagonismo de las organizaciones sindicales en las negociaciones de ámbito superior al de la empresa; la eficacia general de los convenios; la necesidad de reducir el número de convenios y de ampliar su ámbito de aplicación. También, el acuerdo abrió la vía para el reconocimiento de que, al lado de los comités de empresa, existieran las secciones sindicales en las empresas.

En suma, el ABI fue el acuerdo matriz en los procesos de concertación que se han llevado a cabo en España, sobre todo en

los de "primera generación" realizados entre 1980 y 1986. En primer lugar, porque fue una negociación y no sólo una declaración, entre una confederación empresarial y otra sindical, lo que implicó un importante avance hacia la normalización de las relaciones y la negociación entre las estructuras sindicales y empresariales al máximo nivel, en un marco democrático de relaciones laborales. Avance tanto más destacable en un contexto en el que la experiencia de las relaciones laborales estaba circunscrita al ámbito de las empresas y, en mucha menor medida, a los sectores.

Igualmente, en el ABI se recogen muchos principios y propuestas que luego se desarrollaron en posteriores acuerdos. Por ejemplo, acerca de las libertades sindicales y del derecho de sindicación que, con retraso, se llevó a cabo con la aprobación, en 1985, de la Ley Orgánica de Libertad Sindical. O la presencia en organismos vinculados al trabajo, como el Instituto Nacional de Empleo o en la gestión y vigilancia de la Seguridad Social. Temas que se llevaron a efecto en el Acuerdo Nacional de Empleo, de 1981. O la petición de llevar a cabo una ley para la constitución del Consejo Económico y Social, previsto en la Constitución. También el ABI abrió la puerta a la negociación salarial sobre inflación prevista con cláusula de revisión salarial, que luego se desarrolló en el AMI.

El AMI trasladó los consensos del ABI al terreno del marco de las relaciones laborales y de la negociación colectiva. Y centró sus contenidos en varias materias: un acuerdo salarial, la jornada laboral, la productividad y el absentismo, la contratación colectiva, la mediación, conciliación y arbitraje, y la representación sindical en la empresa.

El AMI cambió substancialmente el modelo de negociación colectiva. Con anterioridad a los Pactos de la Moncloa y al AMI, los salarios se negociaban en función de la inflación pasada. A partir del AMI, se negociaron en función de la inflación prevista, con cláusulas de revisión salarial que permitían recuperar lo pactado en el caso de que la inflación hubiera sido superior.

Como recuerda Pepe en su escrito, Ernest Lluch, que fue quien propuso ese nuevo modelo en la negociación de los Pactos de la Moncloa, nos ilustró, a Pepe y a mí, en el hotel adjunto al Monasterio del Paular en Rascafría, por qué era importante ese cambio para afrontar la inflación y como debía funcionar.

De tal manera que el AMI, en su acuerdo sobre salarios, estableció ese modelo. Y también la negociación, durante su duración, en función de bandas salariales. En concreto, entre el 13% como mínimo y el 16% como máximo. Con ello se pretendían dos cosas: por una parte, reducir la inflación y, por otra, defender especialmente a los sectores con menor capacidad de negociación. Y el sistema funcionó en ambos sentidos.

Otro de los logros del AMI fue la reducción de la jornada laboral. Se acordó que entre 1980 y 1982, en tres años, pasara la jornada máxima legal de 2006 horas de trabajo, en cómputo anual, a 1880. Y se señalaba que en dicha jornada estaban comprendidos los tiempos de descanso (como el "bocadillo" u otras interrupciones pactadas o establecidas legalmente).

Fue, por lo tanto, el AMI el pionero en acordar la reducción de la jornada de trabajo y no fue, como a veces se ha dicho, el primer gobierno del PSOE quien tomó, con el impulso, entre otros,

de la UGT para que lo recogiera en su programa electoral, la iniciativa de establecer las 40 horas de trabajo semanales. Tras la llegada del PSOE al Gobierno, la ley de jornada se publicó en el BOE el 30 de junio de 1983.

Sucintamente, señalaré algunas otras conquistas del AMI. En primer lugar, el reconocimiento de la eficacia general de los convenios. Ello no era algo común, en aquellos años, en algunos países europeos, donde la eficacia se circunscribía a los afiliados de un sindicato. El hacer que todos los trabajadores se beneficiaran del convenio era muy importante, especialmente en un país como el nuestro en el que el nivel de afiliación no era muy elevado y no había una unidad sindical. En segundo lugar, se logró que, junto a los comités de empresa, se reconocieran las secciones sindicales en la empresa, lo que era fundamental para la representatividad y presencia sindical. En tercer lugar, en el AMI se introdujo el tema de la productividad y el absentismo, que hasta entonces se consideraba tabú, porque se planteaba exclusivamente en relación con el trabajador. Pero eran cuestiones fundamentales si se planteaban en términos de inversiones, condiciones, calidad y participación de los trabajadores en las empresas, nuevas tecnologías, adecuación de las organizaciones del trabajo. También lo eran respecto a factores vinculados a la compatibilización entre vida laboral y personal. Así mismo se introdujo la propuesta de crear comités paritarios de arbitraje y conciliación.

Para finalizar este apartado, dos comentarios. Comparto con Pepe la conclusión que sacamos tras la reunión que mantuvimos con Felipe González, creo recordar que en la oficina que tenía en la calle Jacometrezo, cercana a la plaza de Callao de Madrid, en la que quería saber que pretendíamos con las

negociaciones con la patronal. Seguramente porque en la Ejecutiva del partido habría algunos que pensaban que ello favorecería a la derecha. Y, efectivamente, como Pepe, creo también que Felipe salió satisfecho de nuestros argumentos.

Volviendo al AMI, la estrategia negociadora de la UGT y el error que cometió CCOO no firmándolo y, especialmente, no firmando los convenios vinculados al mismo, supuso que en las elecciones sindicales de 1982 la UGT pasara a ser el sindicato más representativo. Y que, por primera vez en el sur de Europa, donde el sindicato mayoritario era el comunista (era el caso de Francia, Italia, en Grecia, y Portugal), en España lo fuera el socialista.

6. El Congreso Confederal de 1980

Como recuerda Pepe, el Congreso de la UGT de 1980 fue el peor momento que vivió durante los años que pasó en la Comisión Ejecutiva Confederal. También el mío. De improviso, se plantearon tres mociones de censura contra mí, contra Pepe Romero y contra Elena Vázquez. Sin ningún fundamento, de forma incongruente y sectaria, se quiso dar un "voto de castigo" (así lo tituló un editorial de *El País*) a quienes habíamos conducido las negociaciones del ABI y del AMI. En mi caso, un destacado miembro de la Comisión Ejecutiva fue contando los votos para que no sacara menos del 50% y no superara el 51%. Eso, después de que se hubiera votado muy mayoritariamente la gestión y, por lo tanto, los acuerdos del ABI y del AMI. Nos castigaron injustamente.

Como Pepe, yo también tuve que decidir qué hacer, si irme o quedarme a pesar de todo. Decidí quedarme por dos motivos:

porque irme suponía anular el paso, apoyado por la mayoría de los órganos de la USO, que se había dado en el fortalecimiento sindical con la unidad del sindicalismo de orientación socialista, y porque seguía creyendo que era necesario desarrollar la estrategia sindical que habíamos ejercido en los dos últimos años.

Para seguir, le puse a Nicolás la condición de cambios, con nombres concretos, en la futura Comisión Ejecutiva. Se aceptaron dichas condiciones y, como expresión de nuestro profundo desagrado, Fernando Méndez y yo, los dos provenientes de la USO que íbamos a seguir en la Ejecutiva, no asistimos a la clausura del Congreso y, al día siguiente, llamé a Nicolás para decirle que formaríamos parte de la Comisión Ejecutiva.

Seguí como responsable de Relaciones Sindicales hasta el congreso de 1983, donde pasé a ser Secretario de Acción Institucional, y en el de 1986 pasé a crear y dirigir el Instituto Sindical de Estudios y, desde la entrada de España en la UE, fui Secretario Confederal, adjunto a Nicolás, particularmente para los temas europeos. Permanecí en la Comisión Ejecutiva hasta el Congreso de 1994, en el que, al mismo tiempo que Nicolás, dejé mi cargo, como casi todos los demás compañeros de la Ejecutiva.

Durante bastante tiempo después de ese Congreso del voto de castigo, me estuve preguntando si había hecho bien quedándome y llegué a la conclusión de que mi decisión había sigo correcta y beneficiosa para la UGT y el sindicalismo. Y, en esa nueva y larga etapa, como me pasó con Pepe en la primera, también tuve la suerte de encontrar muchos y muy buenos amigos en la UGT. Entre ellos, Manolo Bonmati y Juan Mendoza,

que también provenían de esa renacida UGT sevillana gestada, en gran medida, por Pepe Romero.

Tras salir de la Ejecutiva Confederal, Pepe, desde el ejercicio de la cultura y tareas sindicales y políticas, ha sabido guardar la coherencia ideológica y política en las distintas etapas en las que asumió responsabilidades institucionales. Así, ejerció como concejal socialista en el Ayuntamiento de Sevilla, impulsando las políticas municipales, y como senador del PSOE en el ámbito nacional. Mención especial merece su labor como Consejero de Trabajo en el gobierno andaluz del presidente Rodríguez de la Borbolla.

Me parece también conveniente destacar que Pepe, desde el desarrollo de competencias, programas y del diálogo social e institucional, dentro de las competencias que facultan tanto la Constitución como el Estatuto de Andalucía, y de sus valores y experiencias sindicales, siempre defendió la necesidad de preservar la unidad del mercado de trabajo, evitando los marcos autónomos de relaciones laborales. También, fui testigo de que, desde su comunidad autónoma, defendió la preservación de la caja única de la Seguridad Social o la negociación colectiva estatal articulada.

Sirvan estos comentarios para reforzar y secundar las memorias que he compartido con Pepe y para unirme al homenaje de la UGT de Sevilla nombrándole Presidente de Honor, o de la Diputación de Sevilla otorgándole la medalla de oro de la provincia.

Pepe es un gran amigo y un compañero que ha honrado a la democracia, al sindicalismo y al socialismo. Y una gran persona.

RAÍCES

1936–1948

"Entonces
Os he visto,
Y mis ojos están ahora llenos de orgullo
Porque os vi a través de la mañana de niebla llegar a la frente pura de Castilla
Silenciosos y firmes
Como campanas antes del alba,
Llenos de solemnidad y de ojos azules venir de lejos y lejos,
Venir de vuestros rincones, de vuestras patrias perdidas, de vuestros sueños
Llenos de dulzura quemada y de fusiles
A defender la ciudad española en que la libertad acorralada
Pudo caer y morir mordida por las bestias."

Pablo Neruda a las Brigadas Internacionales

Las calles que confluyen hacia la Gran Vía eran una auténtica marea humana. Por la calle de Alcalá bajaba una columna de miles de jóvenes, hombres y mujeres que se iban sumando desde Ventas hasta El Retiro, entonando cánticos revolucionarios y, sobre todo, repitiendo una y otra vez el "no pasarán", que tan popular se había hecho en el Madrid de aquel verano del 36.

—José, no te pierdas. No nos separemos.

Santiago, un joven andaluz, se desgañitaba para no distanciarse de su inseparable amigo José. Los dos habían llegado a Madrid desde su pueblo y enseguida se alistaron en el batallón de milicias que las Juventudes Socialistas estaban organizando para defender la capital.

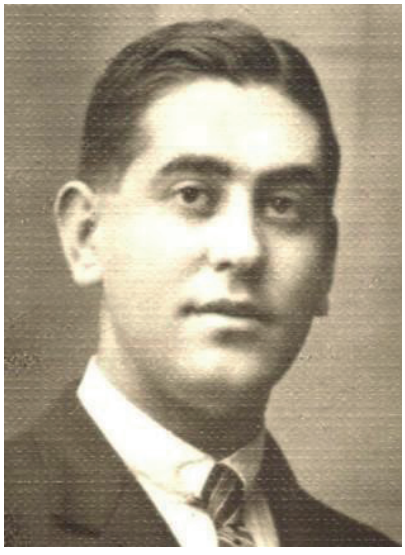
Aquel domingo, 8 de noviembre de 1936, miles de muchachos venidos de toda Europa y jóvenes españoles; madrileños, andaluces, extremeños, venidos de pueblos y ciudades,

se encontraron en Madrid para defender a la República del fascismo.

Hacía ya más de tres meses que Guadalcanal había resistido a la sublevación.

El 19 de julio, se sucedieron una serie de incidentes provocados por falangistas que culminaron con el asesinato de dos jornaleros a los que se les disparó desde la casa de uno de los terratenientes del pueblo, y el posterior asalto y el asesinato del propietario de la casa y de uno de sus criados.

El levantamiento, "Alzamiento Nacional" le llamaban los rebeldes, no había triunfado.



Andrés Calderón Blández
(Archivo fotográfico FPI)

El alcalde, Andrés Calderón Blández, miembro de la UGT y afiliado a la Agrupación Socialista de Guadalcanal, se encontraba en Sevilla realizando unas gestiones cuando fue detenido. El 1 de agosto fue fusilado.

Ante la ausencia del alcalde, los representantes de los partidos que integraban el Frente Popular y los dirigentes de los sindicatos constituyeron un Comité de Defensa de la República.

Como secretario y enlace con la población, designaron a Santiago "*el Ciclista*", el joven secretario de la Juventud Socialista local.

A medida que los sublevados iban avanzando desde el sur, las gentes del pueblo huían hacia el norte para integrarse en las columnas de refugiados que trataban de ponerse a salvo: ellos y las pocas pertenencias que podían llevar consigo.

—Ten mucho cuidado hijo. Vente con nosotros.

La madre de Santiago, mi abuela Amadora, lloraba al despedirse de su hijo antes de iniciar, con su marido y sus otros dos hijos, una joven adolescente y un niño de apenas doce años, un éxodo que presentía que sería largo.

Santiago y su inseparable amigo José se quedaron en el pueblo hasta que el estruendo de la artillería enemiga se oyó ya muy cerca. Casi podían escuchar la algarabía, los gritos ininteligibles de las tropas de choque integradas por mercenarios, aquellos a los que el general Mizzian había prometido "botín y mujeres blancas".

—José, tenemos que irnos. No podemos aguantar más tiempo. Estarán aquí en menos de dos horas. Nos iremos a Madrid, seremos útiles a la República, venceremos al fascismo y algún día volveremos al pueblo.

Sólo quedaban ellos dos, los más jóvenes del Comité. Sentados junto a la tapia de la casilla de peones camineros, que estos días les había servido de polvorín, miraban con tristeza las blancas casas de su pueblo.

Ahora, caminando hacia la Gran Vía, habían dejado atrás aquel sentimiento de profunda soledad que los embargaba el día que abandonaron Guadalcanal.

El frente se había estabilizado en la Ciudad Universitaria y el jefe de su unidad les había dado unas horas de permiso. Por fin llegaron a la Gran Vía. "Agrupémonos todos en la lucha final…", la Internacional sonaba fuerte, rotunda, en los altavoces y en las miles de gargantas que la cantaban. Y Santiago los vio, desfilaban en ordenada formación. Relucientes uniformes y fusil en bandolera. Las Brigadas Internacionales estaban en Madrid.

—José, no podemos perder la guerra. Lo mejor de Europa y de América está con nosotros.

Y con los ojos humedecidos por lágrimas de emoción y agradecimiento, se abrazó a su amigo.

Santiago, mi padre, era por aquel entonces un joven alto para la época. Alto y desgarbado.

Zapatero, oficio que había aprendido de su padre, su carácter reflexivo le ayudó en la soledad de la "banquilla" a pensar y a rebelarse contra las injusticias. Al término de su trabajo en la zapatería de mi abuelo, no dejaba de visitar la Casa del Pueblo. Allí aprendió el profundo significado de los sentimientos de Libertad y Solidaridad que le llevaron al Socialismo.

Integrado en la Juventud Socialista, fue elegido por sus compañeros Secretario de la Agrupación Local.

Había nacido en junio de 1915 en Guadalcanal, un bello pueblo de la Sierra Norte de Sevilla. Casas blancas que formaban un ordenado entramado urbano donde la presencia árabe había quedado patente. En agosto de 1936, con 21 años recién cumplidos, llegó a Madrid para integrarse enseguida en las unidades de milicias que las Juventudes Socialistas organizaban en defensa de la República.

Santiago Romero
(Familia Romero Calero)

Las unidades de milicias estaban formadas por militantes de los partidos políticos y de los sindicatos que se oponían al fascismo que encarnaba la alianza de falangistas, monárquicos y fanáticos del nacionalcatolicismo. Las milicias necesitaban liderazgo político que facilitara su relación con las unidades del ejército profesional que se mantenía fiel a la República, además de mantener la obligada disciplina que se demanda a las unidades militares en tiempo de guerra. Los Comisarios Políticos asumían, o debían asumir, esta función. Mi padre así lo entendió y, sin dejar en ningún momento su militancia socialista, realizó el correspondiente curso y fue nombrado Comisario de Compañía en la 110 Brigada Mixta.

Sabido es el control que el Partido Comunista de España y el Komintern ejercían sobre el Comisariado. De hecho, a mi padre le ofrecieron diversos ascensos si se pasaba al Partido Comunista, él siempre los rechazó y militó en el socialismo hasta su muerte.

Mi padre, de pie segundo por la izquierda, miliciano en la defensa de Madrid
(Familia Romero Calero)

La defensa de Madrid, la batalla de Pozoblanco, el Mulhacén, fueron testigos de los sufrimientos y del entusiasmo antifascista de aquel joven socialista, hasta que una bala enemiga le destrozó el codo izquierdo. Como consecuencia de esta herida de guerra fue declarado no apto para el combate.

—Ana, la guerra ha terminado, volvemos al pueblo.

Los ojos azules del abuelo José María se nublaban con unas lágrimas que él se esforzaba en disimular. La abuela Ana no lloraba; era una mujer menuda pero fuerte y abnegada. Había parido nueve hijos de los que sobrevivían cinco: Natividad, Antonio, José María, Ana y Juan. Ramón, que había nacido ya en aquellos años de plomo, no pudo sobrevivir a tanto sufrimiento, al hambre de mi abuela, que ni siquiera tenía leche en los pechos para alimentarlo, y se quedó enterrado en el cementerio de Cabeza del Buey.

Mi abuelo José María, militante anarcosindicalista y dirigente de la CNT, fue desplazándose durante toda la guerra desde Guadalcanal, manteniendo a su familia en zona republicana.

Los abuelos maternos Ana y José María (Familia Romero Calero)

—Nati, padre dice que nos volvemos al pueblo. Hay que preparar unos hatillos con lo poco que tenemos.

Nati, mi madre, era la mayor. Había nacido en octubre de 1920 y ahora, en este aciago abril de 1939, cuando aún no había cumplido los 19 años, y a pesar de las miserias de la guerra, era una muchacha guapa, muy guapa; alta, rubia y con unos preciosos ojos azules.

Natividad Calero
(Familia Romero Calero)

En realidad, había poco que preparar, casi nada. Una olla en la que se hacía algo de comida -cuando había-, el cazo de la leche, un par de toallas, los pantaloncillos mil veces remendados de mis tíos, un vestidito de mi tía Anita que mi madre le había arreglado de uno suyo. Lo más trascendente para esta familia que, como otras miles a lo largo y ancho

de España, se disponían a enfrentarse a la durísima posguerra de los vencidos, era qué hacer con la cabra.

Un par de meses atrás, un cabrero conmovido por la forma en que mi tío Juan miraba la leche que ordeñaba, les había regalado una cabra que ellos cuidaban como oro en paño para, al menos, tener asegurado un vaso de leche.

Mi tío Antonio, el mayor de los varones, preparó un humilde hatillo. Poco más que un poco de pan negro y un trozo de tocino y calzando unas alpargatas, en las que casi no le cabían los pies, emprendió camino con la cabra para volver a casa. Ni cuando despidió a su hijo, apenas un muchacho que se enfrentaba a la aventura de recorrer a pie los cientos de kilómetros que le separaban de casa, o lo que quedara de ella, ni entonces lloró la abuela Ana. El abuelo José María sí. Él sí lloraba. No sabía si volvería a ver vivo a su querido hijo Antonio que se enfrentaría solo a los peligros que, sin duda, le deparaba cruzar media España recién terminada la guerra. Pero había que llevar la cabra a Guadalcanal.

Mi padre fue hecho prisionero al término de la Guerra Civil mientras convalecía en Murcia de la herida del brazo. Internado en la prisión de Sanlúcar la Mayor fue posteriormente trasladado a la cárcel de Sevilla.

Mi abuelo José María, que ni tan siquiera había estado en el frente, ni había disparado un solo tiro, en cuanto llegó a Guadalcanal fue hecho preso por la Guardia Civil y trasladado a la cárcel de Sevilla. Había nacido en 1895 y estaba próximo a cumplir los 45 años.

Mi abuelo Santiago, mi abuela Amadora y mis tíos Amadora y José volvieron a Guadalcanal desde Murcia donde habían pasado los años de guerra alojados como refugiados con una familia huertana. El abuelo reabrió su humilde zapatería y toda la familia se centró en auxiliar al hijo y hermano preso del franquismo.

En la cárcel miles de hombres se hacinaban en patios y galerías y aquellos, a los que su familia no podía enviar un canasto de comida de vez en cuando, no sobrevivían al hambre. Era el caso de mi abuela Ana, mi madre y mis tíos que a duras penas podían ir malviviendo en Guadalcanal y que, desgraciadamente, no podían socorrer a su marido y padre. Mi madre se vino a Sevilla a buscar una casa para servir y poder llevar a mi abuelo el tan ansiado canasto de comida, aunque quitándoselo de la suya propia.

María, una de las cientos de mujeres de Guadalcanal que se habían desplazado a Sevilla para estar cerca de sus padres, maridos e hijos presos, había acogido a mi madre, con el permiso de la señora de la casa, mientras encontraba una casa para servir.

—Nati, en casa de una familia de los Hotelitos están buscando una cocinera.

En su vida no había cocinado más que el puchero cuasi cotidiano, el gazpacho con el que se aprovechaba el pan asentado del día anterior, migas en los fríos días de invierno y poco más. No solo no era cocinera; en su vida como hija de un jornalero anarcosindicalista represaliado por los caciques del pueblo,

apenas había comido algún pescado que no fuera el que sus hermanos traían del Rivera, y no digamos carne.

A pesar de todo, aquella mañana se levantó temprano y se fue andando hasta Heliópolis, no tenía dinero para el tranvía. Los Hotelitos era una barriada construida con ocasión de la Exposición del 29 donde vivían familias de clase media. Miró otra vez el papel que le había dado María con la dirección escrita y con el corazón latiéndole con fuerza, llamó a la puerta.

—Buenos días señora, soy Nati y me manda María para lo de cocinera.

La señora la miró de arriba abajo. "Tiene buena pinta esta muchacha", pensó. "Al menos parece limpia y educada".

—Pasa, pasa, siéntate.

La señora interrogó a mi madre acerca de sus circunstancias personales y familiares. Le dijo que, aunque ella quería una cocinera, en realidad tendría que hacer de todo porque sería la única criada de la casa.

—Sí señora. Cocinaré, lavaré, haré la limpieza y la plancha, lo único que le pido es tener la mañana de los jueves libres para ir a la cárcel a ver a mi padre.

—De acuerdo Nati. Te pagaremos treinta y cuatro pesetas al mes y tendrás derecho a tres comidas diarias y a descansar la mañana de los jueves. Empiezas mañana.

Mi madre salió contenta de aquella casa. La señora parecía buena persona y lo más importante: a lo largo de la semana iría preparando un canasto de comida para mi abuelo y, además, de las 34 pesetas le mandaría algo a mi abuela.

Aquella tarde le contó a María lo bien que le había ido, y emocionada y agradecida por cómo se había portado con ella, se le abrazó y se despidieron hasta el jueves en que se verían en la puerta de la cárcel.

Al día siguiente se levantó muy temprano, antes de las nueve de la mañana ya estaba llamando a la puerta de la que sería "su casa".

—Pasa, Nati, pasa.

La señora la llevó hasta una pequeña habitación que tenía un catre adosado a la pared, una silla que cumplía una doble función: asiento y mesilla de noche, y un viejo armario repintado.

—Este es tu dormitorio, deja aquí el bolso. Vamos a la cocina, toma este delantal y ahí, junto al fregadero, he dejado unos calamares para que los prepares en su tinta.

¡Cuántas veces nos contaría mi madre aquel asunto de los calamares! Ella no había visto jamás bichos semejantes. No tenía la más remota idea de qué era aquello y, por supuesto, lo de la tinta le sonaba a chino. Limpió los calamares; las bolsas de la tinta las confundió con tripas y fueron a la basura y, cuando la señora fue a la cocina a ver cómo le iba, enseguida se dio cuenta de que mi madre no era cocinera.

La reprimenda de la señora se fue suavizando a medida que, entre sollozos, mi madre le decía que lo sentía, que no había visto nunca unos calamares y le suplicaba que la dejara seguir trabajando en la casa. Sea porque aquella señora se compadeciera de ella, o porque pensara que parecía una muchacha espabilada que podría ir aprendiendo en poco tiempo, tomó la decisión de darle una oportunidad y tomarse algún tiempo para ver cómo iba desenvolviéndose.

Así fue como aquella joven alta, rubia, de bellísimos ojos azules que en aquellos terribles años de la guerra se había convertido en toda una mujer, empezó su andadura lejos de su familia, en una ciudad que no conocía, trabajando como sirvienta en una casa donde hacía de todo desde la mañana hasta la noche.

La cárcel de Sevilla había sido construida para albergar a poco más de ochocientos presos. A lo largo del verano de 1939 llegaron a ser más de cinco mil. Durante el día, los patios, principalmente el 2, por el que se accedía a las letrinas, y el 4, donde unos árboles proporcionaban algo de sombra que mitigaba el insoportable calor, se llenaban de hombres que formaban pequeños corros. Los paisanos se daban cuenta unos a otros de los nuevos que iban llegando y de los que, desgraciadamente, no sobrevivían al hambre y a las enfermedades, y cuyos cuerpos eran retirados en un camión para enterrarlos en la fosa común del cementerio.

En esa cárcel estaba mi abuelo José María.

Los días pasaban con monotonía. Las tareas de la casa absorbían a mi madre. A medida que pasaban las semanas, la señora

de la casa la iba conociendo y ya le encargaba que saliera a hacer pequeñas compras en las tiendas de la vecindad. Breves salidas en las que, a veces, se encontraba con alguna paisana que, como ella, trabajaba por poco más que por la comida, con tal de estar cerca de los que ni tan siquiera tenían que comer.

La primera semana fue andando desde Heliópolis a Ranilla. La puerta de la cárcel era un hervidero. Cientos de mujeres se agolpaban con sus humildes canastos de comida para entregarlos a un funcionario que, con gesto mecánico e impersonal, los recogía y les fijaba una etiqueta con el nombre y la ubicación del preso.

—José María Calero Vizcaya, tercera galería.

Casi no le salía la voz del cuerpo y el funcionario, un hombre bajo y delgado con el típico bigote que distinguía a los adeptos al nuevo Régimen, tuvo que decirle con malos modos que le repitiera el nombre.

Después de entregar el canasto se puso en la cola de "comunicación" a esperar a que la llamaran para ver a su padre. Los presos podían "comunicar" una vez al mes con un familiar. El ritual se iniciaba con la lectura por un funcionario de los nombres de los familiares, casi todas mujeres, que iban a "comunicar". Una vez agrupados en la entrada, se les conducía hasta una estancia donde estaba la jaula a la que llegaban los presos. Mi madre, cuando vio aquello, se sobrecogió. Se trataba exactamente de eso: de una jaula de barrotes, cubiertos además por una malla de hierro, separados por un pasillo de otros barrotes, de manera que a los presos los situaban dentro de la

jaula interior a la que se accedía por un pasillo desde dentro de la prisión, y los familiares se colocaban por fuera de los barrotes exteriores.

Se había propuesto no llorar cuando viera a mi abuelo. Hacía más de dos meses que se habían despedido para ir a presentarse al cuartel de la Guardia Civil del pueblo. Ya no volvió. Ahora, mientras esperaba que lo trajeran entre aquellos siniestros barrotes, pensaba en su madre y sus hermanos. En cómo la guerra había destrozado aquella familia como tantas otras. Su padre preso, su madre y sus hermanos malviviendo en el pueblo donde no era raro el día en que se acostaban sin haber comido más que un mendrugo de pan y ella "sirviendo" en Sevilla con el único objetivo de que mi abuelo saliera vivo de aquella terrible sinrazón.

La fila de presos entró por el pasillo hasta la jaula, y a ella le costó reconocer a mi abuelo. Aquellos hombres que habían defendido con orgullo la República eran ahora poco más que guiñapos. Delgados, casi famélicos, con los ojos hundidos y la mirada triste. Su padre, que aún no había cumplido los cincuenta años, le pareció un anciano de ochenta. Se mordió los labios, apretó los puños con fuerza y no lloró.

El espacio que separaba presos de familiares y la cantidad de personas que abarrotaban la estancia, a uno y otro lado de los barrotes y que "comunicaban" a la vez, obligaba a que el tono de las conversaciones fuera muy elevado y que no se pudiera mantener la más mínima intimidad.

Viéndolo allí, desvalido y triste, tomó una firme determinación: su padre no moriría de hambre en prisión.

Los días transcurrían lentamente. El verano dejó paso al otoño y "las calores" fueron haciéndose más llevaderas. Las largas caminatas desde Heliópolis a Ranilla se fueron aliviando con un trayecto en tranvía hasta la calle Oriente.

Mi madre celebraba aquellas mañanas de los jueves en que veía a mi abuelo y, mientras esperaba su turno, hablaba con paisanas y conocidas.

—Nati, me han dicho que un muchacho preso del pueblo, Santiago el zapatero, está muy triste porque le ha dejado la novia. Escríbele para que se anime.

Mi madre y Santiago, ni siquiera se conocían. Aunque los dos habían nacido en Guadalcanal, procedían de entornos sociales muy diferentes. Mi abuelo José María, jornalero y sindicalista, apenas si conseguía mantener a su familia. Mi abuelo Santiago, propietario de una zapatería que proporcionaba ingresos a su familia para vivir dignamente, era además el maestro de música del pueblo. Esta afición se la transmitiría a su hijo que tocaba con soltura el saxofón y el clarinete.

Mi madre, en la soledad de su pequeño cuarto, pensaba qué ponerle a Santiago en la que sería su primera carta. Desde muy niña había dejado la escuela para servir en casas de "señoritos" del pueblo; en una de estas casas, cuando apenas tenía doce años, tuvo que lavar la ropa, personal y de cama, de una parturienta. ¡Cuánta sangre empapaba aquellas prendas que las pequeñas manos de una niña tenían que lavar! Casi no le pagaban nada, una miseria, pero al menos era una boca menos que alimentar en casa de sus padres.

Le había enseñado a escribir su padre y con mano temblorosa empezó una carta que sería el inicio de toda una vida juntos.

En la cárcel, los socialistas liderados por Alfonso Fernández Torres, dirigente del Partido Socialista Obrero Español y que había sido Presidente de la Diputación de Jaén, se organizaban para mantener la moral en circunstancias tan duras. Un "boletín", poco más que una hoja manuscrita, pasaba de mano en mano en patios y galerías, y mantenía el sentimiento de grupo entre aquellos hombres, que a duras penas conseguían sobrevivir al hambre y a las miserias.

Mi padre empezó a pensar que su vida de zapatero en Guadalcanal no tendría futuro y se inscribió en un curso de contabilidad por correspondencia que mi abuelo Santiago pagaba puntualmente a una academia de Madrid. Así, entre conversaciones con compañeros, lecturas del "boletín" y estudios que le iban familiarizando con conceptos como "activo y pasivo", "debe y haber", "balances", etc., iban pasando los terribles días en prisión.

Habían pasado ya casi tres años desde que mi abuelo José María ingresara en la cárcel, cuando un día le llaman al despacho del Director.

—¿Da usted su permiso?

—Pasa. ¿José María Calero Vizcaya?

—Sí, señor, para servirle a Dios y a usted.

—Estás libre. Aquí tienes el salvoconducto y el billete del tren a Guadalcanal. Buenos días.

Así fue como mi abuelo fue puesto en libertad. Un mero trámite administrativo. Nunca fue juzgado, jamás lo acusaron de nada. El Nuevo Régimen era dueño de vidas y haciendas, y lo demostraba a diario. Si no hubiera sido por la determinación de mi madre que se vino a servir a Sevilla para poder socorrerlo, habría muerto en prisión.

Mi madre, una vez que mi abuelo ya no estaba preso, quiso también volver al pueblo. La familia volvía a estar junta. Apenas tenían para comer, pero al menos dormían todos bajo el mismo techo.

Eran tiempos difíciles. Tiempos de miseria y enfermedades. Mi tío Juan, el más pequeño de los hermanos de mi madre, estaba enfermo, sobre todo estaba extremadamente débil, y mi madre que era ya una mujer decidida, fue a Fuente del Arco a comprar pan blanco para darle. En el tren de vuelta, de pronto se formó un gran revuelo. Decenas de mujeres que, como mi madre, habían ido a buscar algo con lo que ayudar a sobrevivir a sus familias, empezaron a arrojar bultos por la ventanilla. La Guardia Civil, que no perseguía a los estraperlistas que hacían verdaderas fortunas con el racionamiento, sí lo hacía con estas mujeres que apenas traían algo de pan o azúcar con que mitigar sus miserias.

—¡Nati, tira el pan! ¡Te van a coger presa!

—Yo no tiro el pan, es para que coma mi Juan.

La cogieron presa. Le pusieron una multa de mil pesetas o, como pena alternativa, tres meses de cárcel. ¡De dónde iban a sacar ellos mil pesetas!

Aquella joven guapa y trabajadora que se había entregado en cuerpo y alma a que mi abuelo no muriera de hambre en prisión, se encontraba ahora, una vez más, a las puertas de la cárcel de Sevilla.

Esta vez no había llegado caminando desde la parada del tranvía de la calle Oriente, ni esperaba encontrarse con su amiga María para charlar mientras esperaban su turno para "comunicar". Ella, que tantas veces había reunido fuerzas para no llorar viendo a su padre preso, ahora sí lloraba. Lloraba sentada en el asiento del furgoncillo de la guardia civil y, después, cuando el rastrillo se cerró detrás de ella y escuchó el chirrido de los pesados cerrojos, un nudo en la garganta casi le impedía respirar.

Paisanas del pueblo que sufrían la represión del Nacionalcatolicismo la acogieron y fueron para ella una segunda familia.

Desde el día en que María le dijo que le escribiera a aquel muchacho del pueblo, que estaba triste porque lo había dejado la novia, la correspondencia entre ellos fue regular. Se escribían todas las semanas y mi padre esperaba con ilusión las cartas de aquella muchacha a la que no conocía. Cuando supo que ella también ingresaría en prisión se entristeció, pero poco después tuvo ocasión de sacar algo bueno de la circunstancia de que los dos estuvieran presos.

Con ocasión de la Virgen de la Merced, patrona de las cárceles, la prisión había organizado una exposición de trabajos manuales hechos por los presos varones. Habilitaron una parte de una de las galerías para poner unas mesas sobre las que exponer los trabajos de los presos. Detrás de unas rejas, a unos ocho metros de las mesas, con advertencia de que guardaran el más absoluto silencio, los hombres que tenían allí algún trabajo, entre ellos mi padre, observaban la fila de presas que pasaban delante de las mesas. Se buscaron con la mirada. Y se encontraron en silencio, sólo con una mirada cómplice. Así se conocieron mi padre y mi madre, presos en la cárcel de Sevilla. Cárcel de la que hacía apenas unos meses que había salido mi abuelo y en la que yo también estaría preso durante el Estado de Excepción de 1969, cuando el Régimen seguía reprimiendo a los luchadores por la Libertad.

Tres generaciones de luchadores antifascistas (Familia Romero Calero)

Estos años fueron especialmente duros para mi padre. En la cárcel, las horas se hacían interminables; sólo las cartas de mi madre, sus estudios de contabilidad y la convivencia con correligionarios y amigos hacían llevaderos los días privado de libertad. Él, como otros muchos, vivía la incertidumbre de no saber qué le ocurriría finalmente ni cuánto duraría aquello.

Las circunstancias que libraron a mi padre de ser asesinado por un pelotón de fusilamiento, en ejecución de la pena de muerte, me fueron contadas por él mismo cuando yo apenas tenía doce años y ya mostraba deseos de conocer los detalles de las vivencias de mi familia en aquellos difíciles años.

Según él me contó, el fiscal militar solicitaba en el sumario que daría lugar al correspondiente consejo de guerra, la pena de muerte. Como es sabido estos consejos de guerra eran juicios sumarísimos sin las más mínimas garantías jurídicas y en los que la principal acusación era la de rebelión militar. ¡Qué paradoja, que los rebeldes acusaran de rebelión a los que se mantuvieron fieles a la legalidad republicana! Con el paso de los años, tuve acceso al sumario que estaba depositado en el archivo militar y pude leer el informe del fiscal y los "documentos" en que basaba sus conclusiones. "Documentos" que no eran más que alegatos y denuncias falsas de fascistas de Guadalcanal.

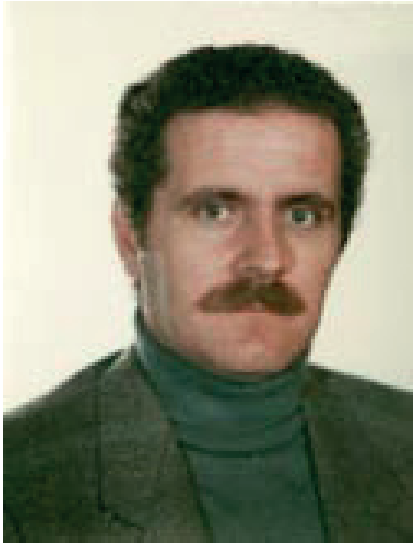
En fin, mi abuela Amadora en su desesperación por salvar la vida de su hijo, fue a ver a Angelita García Palacio, que estaba casada con Don Luis Yáñez-Barnuevo, en mi casa siempre conocido por D. Luis, el médico de Coria. Angelita y ella eran parientes, el segundo apellido de mi abuela también era Palacio. Por los azares que a veces nos depara la vida, un hermano de D.

Luis conocía a un suboficial destinado en el Gobierno Militar que le debía algún favor. Este hombre puso el sumario de mi padre en el fondo de un cajón de tal suerte, que cuando fue sometido al consejo de guerra, ya no asesinaban a tantos y fue condenado a cadena perpetua; posteriormente, se le conmutó por una pena de 12 años y, finalmente, fue puesto en libertad de la prisión en 1944 y enviado a un campo de trabajo al Campo de Gibraltar.

En los años sesenta, cuando yo ya militaba en la organización clandestina de la Juventud Socialista de Sevilla, tuve la fortuna de conocer a Luis Yáñez-Barnuevo, entrañable compañero, militante también en el socialismo clandestino e hijo de D. Luis y de Angelita.

Mis padres se casaron en octubre de 1944 y se quedaron a vivir en Guadalcanal donde mi padre se ganaba la vida en la zapatería de mi abuelo.

La vida en el pueblo era dura. Los vencedores de la Guerra impusieron una posguerra de represión y miseria. La intensa actividad cultural, social y política de los años de la República, se tornaron en días grises, tristes y monótonos.



Luis Yáñez-Barnuevo
(Congreso de los Diputados)

Además, la humilde zapatería de mi abuelo apenas alcanzaba para mantener a duras penas lo que ahora eran ya dos familias.

En julio de 1945, nació mi hermano Santiago y mi padre seguía "atado" a la banquilla de la zapatería durante todo el día.

El oficio de zapatero da mucho tiempo para pensar. El uso, muchas veces mecánico y repetitivo, de la chaveta, la lezna y los cabos encerados, mientras el zapato se sujeta firmemente en la precisa o necesaria, permite a la mente volar hacia otros lugares, hacia otras vidas. Mi padre, que había vivido las terribles experiencias de la Guerra y de la cárcel, veía ahora a mi hermano Santi, que empezaba a gatear ajeno a las miserias que le habían tocado vivir, y se interrogaba a sí mismo sobre cuál sería el futuro de aquel niño rubio que había heredado los preciosos ojos azules de su madre. Cada vez tenía más claro que el futuro de su familia estaría lejos de Guadalcanal.

Era un excelente zapatero que había aprendido el oficio de su padre, pero también había estudiado contabilidad en los largos días de la prisión, y estaba decidido a poner en práctica esos conocimientos.

En febrero de 1947, mi tía Amadora, que había vivido su adolescencia como refugiada y que en aquellos años había rechazado las insistentes propuestas de matrimonio de uno de los hijos de la familia murciana que los acogió, se casó con Ignacio, su novio de toda la vida. Los recién casados no se quedaron a vivir en Guadalcanal; al día siguiente de la boda se fueron a vivir a Sevilla, concretamente a la calle Piscina del Cerro del Águila, donde habían alquilado una habitación.

En Sevilla, José Muñoz, amigo de mi padre y dirigente socialista, había salido de prisión y empezó a trabajar en la

distribuidora de películas que D. José María Ortiz tenía en la calle Julio César. Muñoz fue acogiendo a correligionarios socialistas a medida que iban quedando en libertad y mi padre le escribió por si podía él también venir a trabajar a esta casa, que, además de las películas, tenía también la exclusiva para Andalucía de la distribución del NO-DO.

Así fue como mi padre dejó su pueblo y su oficio para empezar una nueva vida. Se instaló con su hermana y su cuñado en el Cerro del Águila y enviaba lo que podía de su sueldo para mantener a su familia, que había quedado en Guadalcanal.

En la primavera de 1948, mi madre estaba otra vez embarazada. Mi hermano Santi empezó a guardar cachivaches para "su Nati". Llegó el mes de noviembre y, la que él quería que fuera "su Nati" fue su hermano Pepe. Nací yo y me pusieron de nombre José María por mi abuelo materno, al que tanto quise y tanto admiré.

GUADALCANAL
Y
EL BARRIO DE LA SALUD
1948–1963

"Siembra en los niños ideas buenas aunque no las entiendan.
Los años se encargarán de descifrarlas en su entendimiento
y de hacerlas florecer en su corazón"

María Montessori

Viví la infancia y los albores de la adolescencia en Bellavista entre "Hombres de Ideas". Desde niño, yo de mayor quería ser como ellos.

De mi padre aprendí una forma de "estar en la vida". Es cierto que durante aquellos años de durísima posguerra, de hambre, miseria y represión, muchos hombres y mujeres que se habían enfrentado con las armas en la mano al totalitarismo fascista, se mantenían ahora alejados de las relaciones orgánicas con los partidos y sindicatos en los que habían militado. La cárcel, los campos de concentración, el sentirse permanentemente vigilados, no habían quebrado su firme convicción antifascista, pero el miedo y la necesidad de sacar adelante a sus familias les hacían hablar entre ellos en voz baja, mantener sus ideas en silencio o, a lo más, en conversaciones muy limitadas. Yo tuve la inmensa suerte de que mis padres nunca me ocultaron que se habían enfrentado al golpe de Estado. Nunca me ocultaron que habían sufrido prisión e, incluso desde muy pequeño, yo sabía cómo era la vida cotidiana en la cárcel para los hombres y mujeres antifranquistas.

Se puede decir que desde niño yo era "terreno abonado" para que prendieran en mí las ideas del socialismo y el compromiso de la militancia.

En Bellavista, mis amistades de la infancia eran sobre todo amigos de juegos compartidos, aunque desde muy niño con el que era mi mejor amigo, Antonio Delgado, "el Quiqui", nos enfrascábamos en conversaciones que eran, en cierta manera, "políticas". Antonio, que se hizo carpintero y desde muy joven entraría a trabajar en la fábrica Uralita, ingresaría en el Partido Comunista y, posteriormente, ya con la democracia, junto con otros militantes comunistas que se mantuvieron leales a Santiago Carrillo, pasó a militar en el PSOE y volví a tener una cierta relación con él en Dos Hermanas, donde fue concejal socialista.

En los primeros años de la década de los 50, Bellavista era un conjunto de casas, casi todas de autoconstrucción, que empezaban a conformar una barriada. Los terrenos, procedentes de una finca a la que sus propietarios le habían puesto el nombre de Bellavista, en recuerdo a una ciudad argentina donde habían vivido, se dividieron en pequeñas parcelas estructuradas siguiendo un patrón que sólo obedecía a un criterio de máximos beneficios para los propietarios del suelo. Los terrenos no habían sido urbanizados, ni contaban con las mínimas condiciones para que las personas que habitaban aquellas humildes viviendas pudieran vivir decentemente.

No existía una red de alcantarillado y, por consiguiente, todas las aguas residuales de las viviendas eran vertidas, bien directamente a la calle -las provenientes de fregaderos, limpieza y aseo personal- o a un pozo negro las de los retretes. Así, en cada calle los vecinos habían construido una pequeña zanja donde se vertían estas aguas. Ni que decir tiene que allí quedaban estancadas, con lo que esto comportaba. Por otro lado, en cada

casa se había construido un pozo negro al que iban a parar los residuos de los retretes.

No existía tampoco una red de distribución de agua potable. Para suplirla, las viviendas contaban con un pozo del que se extraía el agua. La consecuencia era que, en la práctica, existían los pozos negros y los de agua potable, a poca distancia unos de otros, lo que implicaba un riesgo cierto de contaminación del agua potable y sus efectos sobre la salud. Mi madre y yo sufrimos, como consecuencia de ello, unas fiebres tifoideas que, en mi caso, estuvieron a punto de ocasionarme la muerte.

Por otra parte, las calles no estaban asfaltadas. En verano, el viento levantaba nubes de polvo que lo cubrían todo en el interior de las casas y en invierno, todo se convertía en un barrizal. Además, no existía un servicio de recogida de basuras, estas eran depositadas en parcelas que aún no habían sido vendidas.

Era frecuente que los niños jugáramos en estas parcelas, en contacto con las basuras.

Ni qué decir tiene que se carecía de suministro eléctrico, tanto para el alumbrado público como para el uso doméstico.

Es fácil imaginar cómo se vivía en aquellas condiciones. Yo no tengo que imaginarlo, yo vivía allí.

Mi padre, que ya en aquel tiempo trabajaba en la distribuidora de películas de D. José María Ortiz, en la calle Julio César, iba y venía al trabajo en una bicicleta BH negra hasta que,

endeudándose con un préstamo, pudo comprar un ciclomotor marca Mosquito.

Mi hermano Santiago, algo más de tres años mayor que yo, empezó a ir al colegio de D. Salvador; mi hermano Antonio y yo íbamos al colegio de las monjas que, si bien era para niñas, admitían a niños mientras eran pequeños. A partir de los 8 años y hasta que tuve 10 e ingresé en el Instituto Laboral del Cuarto para estudiar el bachillerato, yo también fui al colegio de D. Salvador.

Aprendí a leer pronto y enseguida me distraía con los tebeos de la época; *El Capitán Trueno, Roberto y Pedrín, El Guerrero del Antifaz*, etc.

Siempre he recordado que el primer libro que leí, siendo muy niño, fue *Los Náufragos del Liguria*, de Emilio Salgari.

La vida en la España de los años 50 era muy dura, especialmente para las miles de familias de los vencidos en la guerra.

La casa en la que vivíamos, ubicada en la esquina de la calle Almenas y la calle Enamorados y que yo recuerdo siempre en obras, tenía dos habitaciones, la cocina y un pequeño cuarto en el patio que servía de aseo, con un lavabo y un retrete. Una de las habitaciones se usaba de comedor y tenía una ventana que mi madre había querido que estuviera lo suficientemente baja para ver la calle cuando se sentaba a coser. La otra habitación era el dormitorio donde, en tres camas, dormíamos toda la familia: mis padres, mi hermano Santiago, mi hermano Antonio

y yo juntos. En el patio, se había construido el pozo que nos abastecía de agua potable y el pozo negro.

En la cocina, con el suelo terrizo durante años hasta que mis padres pudieron comprar una solería, había un "poyo" donde mi madre ponía un pequeño baño de zinc para fregar y una hornilla de petróleo. El petróleo estaba racionado y, cuando de tarde en tarde venía el suministro a la carbonería, mi madre nos enviaba a la correspondiente cola.

Nos alumbrábamos con un quinqué y algunos candiles y, como no teníamos luz, la hora de acostarse eran las 8 en invierno y las 9 en verano.

Los juegos de los niños se ajustaban a los diferentes "tiempos" que estaban ligados a las condiciones atmosféricas, aunque, bien es verdad que había algunos de estos juegos que eran atemporales, fundamentalmente la pelota.

En invierno, cuando la lluvia reblandecía el suelo terrizo de las calles, jugábamos a la lima. En el suelo, se señalaba un rectángulo que se dividía en dos, una especie de "rayuela"; a la parte más alejada de donde se iniciaba el juego se le asignaba el número cuatro, la otra mitad se dividía a su vez en seis cuadrículas a las que se les asignaba los números uno, dos, tres, cinco seis y siete. El juego consistía en ir arrojando una lima que carecía de mango de madera y que, por lo tanto, si se lanzaba con habilidad, se clavaba en el suelo en alguna de las cuadrículas que aportaba al jugador el número de puntos que tuviera asignado. En no pocas ocasiones la lima no se clavaba y salía

rebotada. Una de estas veces fue a dar en mi pierna derecha y me hizo una considerable herida a la altura de la rodilla.

Otros juegos eran: la piola, el trompo, las bolas (canicas). Pero, sin duda, el juego estrella era la pelota, el fútbol. Todos los niños teníamos una pelota de goma. En mi caso, todos los años por Reyes me regalaban una. Siempre, daba igual lo que yo pusiera en la carta que le escribía a Baltasar; mis reyes eran una pelota de goma, siempre blanca excepto un año en que la pelota era roja y azul. Todos los días, en un llano que se formaba entre lo que sería con el tiempo los números pares de la calle Enamorados y la calle Almena, poníamos unas porterías en el suelo y, formando dos equipos, jugábamos un partido.

En tiempos de lluvia, cuando las calles se convertían en un barrizal, se nos hacía más complicado jugar en la calle y dedicábamos el tiempo, después de hacer los deberes, a leer tebeos y a juegos de mesa: oca, parchís, ajedrez. En casa había un tablero y mi padre nos había enseñado a mover las fichas. Por cierto, mi Rey Mago era Baltasar; en ajedrez jugaba con las negras y en el parchís con las rojas. A mi hermano Antonio, algo más de tres años más pequeño que yo, le gustaba jugar con unos pequeños muñequitos de goma, indios y vaqueros, y en estos juegos los míos eran los indios. Recuerdo al jefe indio al que yo llamaba Yuqui el Temerario.

Bellavista, el barrio de La Salud, tenía identidad propia; era como un pueblo. Un barrio formado por esas viviendas de autoconstrucción que albergaban a no pocas familias que habían ido transformando las iniciales, casi chabolas, con las que estaban más cerca de sus hijos, padres o esposos presos en la Colonia

de los Merinales. También albergaba trabajadores de la cercana fábrica Uralita, que por aquellos años daba trabajo a algunos cientos de hombres y mujeres, y trabajadores de la construcción.

Desde la Venta de la Salud hasta la calle Palomas, un conjunto de calles y plazas formaban el barrio. La calle Almirante Argandoña, la que todos conocíamos como la calle Principal, era en la que se ubicaba el consultorio médico, la farmacia y un salón donde dos mesas de billar y unos futbolines nos proporcionaban distracción los domingos por la tarde.

Paralela a la calle Principal, estaba la calle Roque Barcia, conocida por todos como la "calle de la Fundición" porque allí estaba la fundición La Prida. Recuerdo que en invierno, cuando las lluvias hacían intransitables muchas de las calles convertidas en barrizales, era esta calle de la Fundición, no sé por qué razón algo menos encharcada, la que utilizábamos cuando teníamos que ir hasta la parada del autobús.

Mi hermano Antonio era un bebé que había nacido en febrero de 1952 en la habitación en la que vivíamos en el Cerro del Águila. Mis padres, en cierta manera, se sentían felices por haber cambiado la habitación con derecho a cocina, donde mal vivíamos en aquella casa de vecinos de la calle Afán de Ribera, por esta casa que estaban construyendo.

El primer año del que tengo un cierto recuerdo es 1956. También creo recordar vagamente la nevada de febrero de 1954. Los niños no fuimos al colegio y lo que empezó siendo un divertido juego arrojando bolas y construyendo muñecos de nieve, al cabo de dos horas se fue convirtiendo en un barrizal.

Con 10 años hice el examen de ingreso en el Instituto y comencé a estudiar el primer curso de Bachillerato el mismo año que mi hermano Santiago iniciaba cuarto curso.

En verano, cuando nos daban vacaciones en el colegio, nos íbamos a Guadalcanal. El inicio de las vacaciones y la marcha al pueblo era todo un acontecimiento para nosotros. Venía a recogernos mi abuelo Santiago y la noche antes de la partida nos acostábamos temprano, al día siguiente había que madrugar. A esa hora tan temprana de la mañana, los autobuses de Los Amarillos, que cubrían la ruta Bellavista-Sevilla, aún no prestaban servicio y había que esperar, al borde de la carretera, al que venía de Dos Hermanas. Allí estábamos mis primas Dori y Emi, mis hermanos y yo nerviosos e ilusionados, dispuestos a iniciar nuestra aventura de verano.

En la estación de Córdoba, junto al tren correo con máquina de vapor que nos llevaría a Guadalcanal, nos despedíamos de nuestros padres.

El abuelo Santiago era un hombre extremadamente metódico y, hasta que no llegábamos a la estación de Los Rosales, donde el tren hacía un corto recorrido en sentido hacia Sevilla para hacer un cambio de vías, no nos autorizaba a abrir las bolsas donde nuestras madres nos habían puesto algo de comida.

Tras casi cinco horas de viaje, el tren se detenía en la estación de Alanís, donde bajaba mi prima Emi que pasaría allí el verano en casa de una hermana de su padre, mi tío Ignacio. La siguiente estación era Guadalcanal.

En el andén, esperándonos, estaban mi tío José, hermano de mi padre, con quien se irían mi hermano Santiago y mi prima Dori, que pasarían el verano en casa de mis abuelos paternos, y mi abuelo José María junto a su burro y la Linda, una perrita que no dejaba de corretear de un lado para otro y que parecía como si nos reconociera de un año para otro y se alegrara de vernos. El Pardo, así se llamaba el animal, era un burro grande y fuerte. Sobre su lomo, un serón en el que el abuelo colocaba las maletas de cartón-madera que guardaban la ropilla que mi madre nos había puesto y donde le hacía también un hueco a mi hermano Antonio. Yo me ponía a su lado, él cogía al burro del cabestro y caminábamos desde la estación hasta el pueblo.

Mi abuelo era un hombre ni alto ni bajo, con la nariz aguileña y unos ojos azules que nunca expresaban tristeza. Su cara, reflejo de toda una vida trabajando en el campo, se iluminaba cuando nos veía bajar del tren. Yo a su lado era el niño más feliz del mundo.

Al cabo de un rato llegábamos a la casa de mis abuelos. A mí me parecía entonces una casa enorme, en realidad no lo era tanto, pero tenía un corral donde una parra y dos higueras serían testigos de mis andanzas durante las próximas semanas.

Mi abuela Ana, tan menudita y tan fuerte, mis tíos Juan y Anita, hermanos solteros de mi madre, y mi tío Juan "El Viejo", hermano de mi abuela completaban los habitantes de la casa.

La cuadra estaba en el corral y para sacar el burro a la calle había que pasar por delante de la habitación donde yo dormía. Mi abuelo siempre se las apañaba para hacer bastante ruido con

la intención de que yo me despertara. Recuerdo los enfados de mi tía Anita que quería que durmiera hasta más tarde.

Recién despertado, comiendo un trozo de pan con chorizo o con queso que mi tía me daba a regañadientes, me iba al campo con mi abuelo.

El camino de ida lo hacíamos los dos subidos en el burro, yo delante y él detrás, y empezaba a contarme cosas. Sabía muchos refranes, para todo tenía un refrán: "Si el liso viera y la víbora oyera, no habría hombre que al campo saliera". A mí me parecía un hombre sabio.

Me hablaba de cuando empezó a trabajar de porquerillo, ayudando a guardar una piara de cerdos cuando tenía recién cumplidos los ocho años. De lo dura que había sido su vida, siempre trabajando de sol a sol. Siendo muy joven se afilió a la CNT. Tenía dos hermanos que se habían afiliado a la UGT, y me contaba cómo sufría la discriminación de los caciques del pueblo, que lo consideraban un cabecilla de las protestas de los jornaleros. A mí me impresionaban, sobre todo, los relatos que me hacía de las huelgas en época de siega.

La siega era la posibilidad para los jornaleros de tener trabajo y ganar algún dinero que les permitiera tener para comer en los días de invierno en que no se podía trabajar. El trigo y la cebada había que segarlos en un periodo de tiempo relativamente corto y los jornaleros se negaban a ir al campo si no se les pagaba una determinada cantidad. Al cabo de dos o tres semanas, los propietarios de las tierras habían subido algo la paga, y aunque no llegaba a lo que los jornaleros demandaban, estos no tenían

más remedio que empezar la siega. Entonces, los terratenientes discriminaban a los que consideraban "cabecillas" y les negaban el trabajo. En fin, más sufrimientos para estos hombres y sus familias.

Me contaba cómo esto empezó a cambiar algo con la República y me hablaba de un hombre que se llamaba Largo Caballero, que, según me decía, no era anarquista, era socialista, pero él le tenía mucho respeto.

Llegábamos al campo donde íbamos, un olivar en el que mi abuelo había llegado a un acuerdo con el propietario para eliminar los chupones de los olivos. Por este trabajo él no percibía paga alguna, se le compensaba llevándose los chupones que mi abuelo llevaba al horno, donde los cambiaba por vales para pan. Pura economía de trueque.

Yo era muy pequeño, 10 u 11 años, y no entendía muy bien todo lo que él me contaba. A la sombra de un olivo, tendido sobre el aparejo del burro, a ratos dormitando, pensaba que había dos clases de hombres: unos buenos y otros malos. Para mí, mi abuelo era el mejor de los buenos.

A la hora de comer, mi abuelo sacaba de una alforja un cuerno con aceite y vinagre, un trozo de pan asentado del día anterior y una cantimplora con agua. Invariablemente, siempre, la comida era el gazpacho que él preparaba y un trozo de pan con tocino.

Por la tarde, con los chupones que había estado arrancando durante todo el día, hacía tres haces que colocaba sobre el burro y hacíamos el camino de vuelta, ahora andando.

Cuando ya fui un poco mayor, un día empezó a contarme cosas de la guerra, de cómo se habían tenido que ir del pueblo, de los sufrimientos de la familia huyendo del franquismo, sin poder trabajar muchos días, del hambre y de las miserias, de su hijo Ramón que murió siendo un bebé. Me hablaba de la guerra y de la cárcel.

Me contaba con detalle cómo era la cárcel y cómo era la vida en prisión; cómo para dormir en el suelo de la galería, cada preso tenía un espacio de poco más de dos losetas; las comidas eran yerbas segadas del campo que cocían con agua y, al comerla, a los presos se les formaba una bola que les producía un severo estreñimiento: y cuántos hombres morían de hambre y de miseria, cadáveres que todos los días recogía un camión para llevarlos a la fosa común del cementerio. Y me hablaba del canasto que le llevaba su hija Nati. Era muy sentimental, lloraba por cualquier cosa, y al recordar a su Nati llevando el canasto a la cárcel, se le veían brillar los ojos.

Entre Guadalcanal y Bellavista pasaron los años de mi infancia.

Con 14 años había terminado cuarto curso del bachillerato y llegaba el momento de empezar a trabajar.

EL COMPROMISO DE LA ACCIÓN 1963–1980

Manolo Barco "In Memoriam"

A Manolo Barco lo quise como Anselmo Lorenzo quiso a Fernando Tarrida: "Mi amigo, mi hermano, al que admiro por la extensión de su inteligencia y la sencillez de sus sentimientos…".

Ayer sus hijos me comunicaron la triste noticia de su muerte, no por esperada menos dolorosa. Esta mañana, cuando me siento delante del ordenador para escribir unas líneas en su memoria, los recuerdos se me agolpan.

Manolo Barco fue, desde muy joven, un luchador antifranquista que enseguida abrazó las ideas del socialismo. Su compromiso con la acción le llevó a sufrir detenciones, largos interrogatorios de la temida Brigada Político-Social, *"prefiero seis meses en la cárcel a tres días en la Gavidia"*, y las condenas que le llevaron a prisión en Sevilla y en Carabanchel.

Hoy, en este día triste, quiero recordarlo luchando. Los dos juntos, codo con codo, abrazados en aquel 1º de Mayo de 1967 en que, cuando aún no habíamos cumplido 19 años, gritamos "Libertad" por las calles de Sevilla.

Aquella noche había dormido a ratos, la excitación que me producía la jornada que viviría al día siguiente me generaba continuos sobresaltos. Apenas había amanecido cuando me levanté y, teniendo cuidado para no despertar a mis padres y hermanos, bajé las cuatro plantas del bloque de pisos donde vivíamos y salí a la calle. Era una preciosa mañana de la primavera sevillana.

El nacionalcatolicismo festejaba San José Artesano, ni siquiera San José Obrero. Hasta como apellido del padre putativo de Jesucristo les resultaba subversivo lo de "obrero". Para millones de trabajadores de todo el mundo era el 1º de Mayo, el día que la Internacional, en el Congreso de París de 1889, había instaurado para honrar a los Mártires de Chicago. La fiesta del Trabajo. El día en que Antonio Machado escuchó por vez primera "la voz inconfundible de la verdad humana", la voz de Pablo Iglesias.

Era temprano, no había gente por la calle y era muy escaso el tráfico por López de Gómara. Caminando hacia la plaza de San Martín de Porres mis pasos resonaban sobre el acerado y a veces casi me detenía para mirar con disimulo hacia atrás por si alguien me seguía. En la plaza donde unos meses antes había conocido a mi querida Pilar, mi novia de entonces y mi mujer de siempre, estaba ya esperándome mi inseparable Manolo.

—Date prisa Pepe, no debemos retrasarnos.

Desde el Altozano, antesala del mítico Puente, "*qué bonita está Triana cuando le ponen al puente banderas republicanas*" hasta el Tardón, la calle San Jacinto fue, en otra época, el eje que dividía el arrabal trianero en dos: a la izquierda, según caminábamos nosotros hacia el puente, la Cava de los Civiles, a la derecha, la Cava de los Gitanos. Andábamos ni muy despacio ni muy deprisa, no queríamos llamar la atención. Dejamos atrás el pequeño hospital de la Cruz Roja y, en la acera de enfrente, el colegio del Protectorado, donde unos meses antes habíamos conocido a Felipe González y a Luis Tejeiro. Pasamos frente a la Hispano y, en Pagés del Corro, doblamos a la derecha en la iglesia de San Jacinto. Enseguida el colegio Reina Victoria, de paredes blancas encaladas, que en no pocas ocasiones nos servirían de soporte para recoger nuestras ansias de libertad en formas de pintadas.

Casi no hablábamos, tal era la excitación que nos embargaba. Por primera vez íbamos a participar en una acción contra la dictadura. Ya no se trataba de discutir sobre *"democracia interna versus centralismo democrático"* ni sobre la importancia de la *"acción política en la lucha de clases"*, etc., etc. Ahora íbamos a salir a la calle, a gritar a todos que estábamos contra la dictadura y por la Libertad y que si esa lucha nos acarreaba sufrimientos, estábamos dispuestos a afrontarlos porque la lucha por la Libertad es siempre la lucha más hermosa para el ser humano. "… por la libertad, así como por la honra se puede y debe aventurar la vida…", dice Don Quijote a Sancho.

—¿Tienes miedo Pepe?

—Sí Manolo, tengo miedo.

A ratos, la boca seca que dificultaba tragar. No podía dejar de pensar en mis padres que tanto habían sufrido durante la Guerra Civil y la posguerra, y el dolor que les produciría el que a mí me detuvieran.

—Disimula Manolo, por la otra acera va Antonio con otro chaval.

Antonio Benítez era un militante de las Juventudes Comunistas y de las CCOO Juveniles con el que teníamos alguna relación en esta etapa de nuestras vidas en la que estábamos despertando a la lucha antifranquista. Cruzamos el Guadalquivir por el puente de San Telmo y la fresca brisa me hizo sentir bien.

—Estoy contento Manolo.

La alegría superaba al miedo. La cara de Manolo, detrás de sus gafas de miope, reflejaba serenidad y la dicha que le producía el compromiso de la acción.

—Pepe, en ese hotel trabaja Manolo Bonmati.

El hotel Cristina era uno de los grandes hoteles de Sevilla, ocupaba una manzana en la Puerta de Jerez, y allí trabajaba Manolo Bonmati, un joven de Triana que habíamos conocido no hacía mucho tiempo y con el que empezábamos a compartir inquietudes políticas. Con el tiempo, Manolo Bonmati sería un extraordinario dirigente de la UGT y uno de nuestros mejores amigos.

Caminábamos por la que hoy es la Avenida de la Constitución. El tímido olor a azahar que nos acompañaba en esta temprana

hora de la mañana, se hizo aquí, junto al Archivo de Indias, algo más intenso. El corazón nos latía con fuerza, llegamos a la plaza Virgen de los Reyes; a nuestra izquierda la Catedral y enfrente el Palacio Arzobispal y la puerta por la que veíamos que iban entrando algunas personas.

La convocatoria se había hecho de "boca a oído" entre los ambientes antifranquistas, obreros y estudiantiles de Sevilla. Había que llegar al Palacio Arzobispal de uno en uno o, a lo sumo, en grupos de dos. Esa primera parte fue un éxito, ni la brigada político-social, ni la brigadilla de información de la guardia civil, se percataron aquella mañana de que un par de centenares de hombres y mujeres, en su mayoría jóvenes, nos disponíamos a perturbar "su paz" conmemorando el Día del Trabajo por las calles de Sevilla.

Se celebró el acto en el salón Santo Tomás; allí tomaron la palabra varios oradores. Se recordaron los nombres de dirigentes obreros que sufrían prisión por su oposición al Régimen. Los gruesos cristales de las gafas de Manolo disimulaban unos ojos brillantes; por mi parte, que siempre he sido de llanto fácil, no pude reprimir unas lágrimas. Nos abrazamos emocionados y formando un grupo compacto dentro del Palacio Arzobispal, quisimos salir a la calle en manifestación. Ni que decir tiene que la policía, de paisano y de uniforme, reprimió duramente la manifestación desde la misma Plaza Virgen de los Reyes. Habíamos salido juntos, brazos entrelazados entre nosotros dos y con otros hombres y mujeres a los que no conocíamos pero que ahora ya eran nuestros compañeros de lucha. En nuestros corazones formábamos una barrera invencible, la barrera con la que hombres y mujeres de todo el mundo se enfrentaban a la

explotación, a los abusos. Hombres y mujeres que conquistaban la Libertad para ellos y para sus hijos y nietos. Manolo y yo salimos juntos, pero pronto fuimos separados por las cargas policiales. Nuestro afán era llegar a la Plaza del Duque, y el de la policía que no lo hiciéramos. Se produjeron varias detenciones, hubo bastantes contusionados por los golpes de la represión; fuimos pocos los que, en pequeños grupos, logramos llegar al final y, todavía hoy, se me humedecen los ojos al recordarnos a Manolo y a mí mismo gritando "libertad" por las calles de Sevilla. Era nuestro homenaje a todos los que habían sufrido la cárcel, los campos de trabajo, el exilio dentro y fuera de España.

Para Manolo y para mí aquella tarde fue especialmente festiva, celebrando con Pilar y otros compañeros nuestro primer 1° de Mayo en la calle.

Así es como hoy quiero recordar a Manolo Barco, formando parte de aquella juventud alegre y combativa que se enfrentó a la dictadura.

Siempre estarás con nosotros Manolo. Siempre serás un Joven Socialista del 68.

Pepe Romero
Presidente de Honor de la UGT de Sevilla

(*) Obituario que escribí en julio de 2022 en memoria de mi querido amigo y compañero Manolo Barco Solleiro.

El compromiso de la acción había empezado a fraguarse unos años antes.

UNA JUVENTUD ALEGRE Y COMBATIVA

Pilar Gordón, Pepe Romero, Manolo Barco, un amigo de Pepe y José María García Orti
(Familia Romero Gordón)

En marzo de 1963, mi familia se traslada a vivir desde Bellavista a Sevilla capital, entre el barrio Voluntad, arrabal construido con ocasión de la exposición del 29 y lo que luego sería la prolongación de la calle López de Gómara. Tenía yo 14 años y hacía pocos meses que había empezado a trabajar en una tienda de tejidos de la calle Castilla, Tejidos Alés.

Allí mismo, en la calle San Jorge, trabajaba también en otra tienda un joven alto, delgado, casi flaco y desgarbado con el que pronto trabé una profunda amistad. José María García Ortiz era una persona sensible, lector empedernido e incipiente poeta. Él me acercó entonces a Tagore y a León Felipe, a García Lorca, a Miguel Hernández y a Antonio Machado. Desgraciadamente para él y para todos los que fuimos sus amigos y le quisimos, murió muy joven cuando apenas tenía 20 años.

Entre los amigos de José María, había un joven que enseguida llamó mi atención, vecino también de la calle López de Gómara, Manolo Barco. Los tres, que por aquel tiempo pasábamos mucho tiempo juntos, nos enredamos en discusiones eternas en las que José María aportaba sensibilidad, Manolo sentido común y yo inquietud política, y los tres un afán de rebelarnos contra la injusticia y la opresión.

En Triana, y siendo ya un joven con catorce años que empezaba a asomarse a la vida con inquietudes y curiosidad, la amistad que empezó a prender entre Manolo Barco, José María García y yo marcaría de manera profunda mi personalidad. Ninguno de los tres éramos ya estudiantes; en nuestras familias se necesitaban los escasos ingresos que aportábamos con nuestro trabajo. En mi caso, ganaba 750 ptas. al mes trabajando como aprendiz en la tienda de tejidos. No éramos estudiantes, no íbamos a la Universidad, pero teníamos un inmenso afán por saber, lo que nos convertía en lectores insaciables. Nos imponíamos una disciplina de lecturas: poesía, teatro, los pequeños libritos de la editorial ZYX… Lecturas, conversaciones y discusiones interminables.

Nuestros encuentros se convirtieron casi en un ritual: Manolo y yo nos despedíamos de José María en la puerta de su casa, y Manolo me acompañaba hasta mi casa en el otro extremo de López de Gómara. Al llegar al portal nos volvíamos y ahora era yo el que le acompañaba a él hasta su casa en el otro extremo de la calle. En su portal, vuelta a empezar, y así se nos pasaba el tiempo una y otra noche.

Por esos años, comienza a producirse en una parte de la Iglesia Católica, un fenómeno de distanciamiento de la Dictadura.

Algunos curas empiezan a enfrentarse a la jerarquía del nacionalcatolicismo y a acercarse a sectores sociales que se oponían al franquismo. En Triana, dos de estos curas, Jesús Ruiz Carnal y Enrique Robles, fundan con un grupo de jóvenes del barrio, un club juvenil. De este club, donde se desarrollaban actividades culturales, lúdicas y deportivas, formaron parte desde el principio Paco Barco, hermano mayor de Manolo y mi hermano Santiago. De nosotros tres, sólo José María era creyente, aunque muy crítico con la "Iglesia oficial". Yo por mi parte, que desde niño me eduqué bajo la influencia de mi padre, socialista, ateo y profundamente anticlerical, me había mantenido siempre alejado de la Iglesia. De hecho, desde que hice la primera comunión, con apenas ocho años, no volví a una iglesia hasta mi boda en 1971, y eso fue por no darle un disgusto a mis suegros y porque el matrimonio civil, en aquella época, era extremadamente complicado. Los tres, José María García Ortiz, Manolo Barco y yo mismo, decidimos integrarnos en el club, en el que quiero recordar que éramos los más jóvenes.

Nuestra participación fue desde el principio muy activa. Charlas sobre cine, recuerdo especialmente un ciclo dedicado al Neorrealismo Italiano que me interesó y que me familiarizó con Antonioni, Fellini y De Sica. Teatro leído y recitales de poesía: Machado, Federico, Miguel Hernández. Con qué atención, casi con devoción, escuchábamos entre las paredes de aquella pequeña sala los *Vientos del Pueblo*, etc. En verano eran frecuentes nuestras excursiones a la ribera de Guillena, a veces caminando desde Sevilla. En el autobús de vuelta, en voz baja, casi para nosotros solos, cantábamos *"… gallo negro, gallo negro, gallo negro te lo advierto, no se rinde a un gallo rojo más que cuando ya está muerto…"* o también *"…un día pregunté yo, abuelo, ¿qué sabes de Dios…?"*, etc.

En este tiempo mi vida transcurría entre el trabajo y las interminables charlas con Manolo Barco y José María, y los "pick up" de los domingos por la tarde.

En febrero de 1967, se produce un acontecimiento en mi vida personal que sería ciertamente decisivo: me hice novio de Pilar, una muchacha del barrio a la que había conocido en el otoño de 1966 y que, desde el primer momento, no solo se mostró receptiva a mis inquietudes políticas, sino que muy pronto se integró en nuestro grupo.

JUVENTUDES SOCIALISTAS

En la primavera, en el colegio del Protectorado de la calle San Jacinto, organizaron un ciclo de conferencias sobre los Derechos Humanos al que asistimos Manolo Barco, Pilar y yo. En este ciclo participaron, como conferenciantes, dos jóvenes que nos atrajeron singularmente: uno de ellos, Felipe González, sería con el tiempo Secretario General del PSOE y Presidente del Gobierno; el otro, Luis Tejeiro, me acercaría a su padre, Celestino Tejeiro, veterano socialista y ugetista que influiría de manera importante en mi inminente militancia socialista.

En esos tiempos, comenzamos Manolo y yo a tener contactos con jóvenes de otros clubes juveniles con los que compartíamos inquietudes y esperanzas. Así conocimos a Curro Rodríguez, a la sazón compañero de trabajo de José Navarro Tornay, "Pepito Navarro". Pepe Navarro, hijo de Vicente Navarro, veterano socialista de Bellavista, había tenido contacto, a través de su padre, con Felipe González y Alfonso Guerra. Así fue como Curro, Manolo Barco y yo mismo asistimos a algunas reuniones con Guillermo

Galeote que, junto con Felipe González, Alfonso Guerra, Luis Yáñez y Alfonso Fernández Malo, formaban parte del grupo que en Sevilla estaba reconstruyendo las Juventudes Socialistas, sobre todo en el ámbito estudiantil. Recuerdo que de todos ellos, el que más me impresionó fue Guillermo Galeote, quien por entonces acababa de terminar sus estudios en la Facultad de Medicina. Me pareció más cercano, más conectado con la realidad de lo que los jóvenes que nos rebelábamos contra la dictadura sentíamos.

Para cuando conocimos a Curro Rodríguez, Manolo y yo ya habíamos decidido que ingresaríamos en la Juventud Socialista.

A principios del verano de ese año, 1967, las Juventudes Socialistas de Sevilla celebraron una asamblea en la iglesia de Santiago de Alcalá de Guadaíra. Éramos diecinueve personas, entre los que se encontraban: Manolo Álvarez Ossorio, Damián Roldán, Alfonso Sevillano, Javier Romero, Rosa Gamero, Curro Rodríguez, Pepe Navarro, Manolo Barco, Pepe Romero…

Aquella asamblea fue el inicio formal de mi militancia socialista. Éramos un pequeño grupo de adolescentes con un entusiasmo infinito y una firme decisión de luchar por la Libertad.

La organización de la Juventud Socialista en Sevilla se basaba en "células": pequeños grupos de militantes que tenían muy restringido el contacto entre unos y otros en aras a la seguridad. Nuestra tarea fundamental en ese tiempo era la formación y atraer a otros jóvenes a nuestras filas.

Manolo Barco y yo constituimos la célula de Triana y enseguida nos aplicamos a desarrollar una tarea de proselitismo

entre nuestro más cercano núcleo de amigos: Pilar Gordón, Rafael Agudo, Amador López, Juan Luis Rojas, Manolo Bonmati, Manolo M. Arroyo, Charo Montenegro, Antonio Carballo, Tere Rodríguez Mora, y las hermanas Pili e Inma Rodríguez. Formamos un grupo compacto y solidario. Nos reuníamos en casa de Manolo Arroyo, que vivía en la calle Betis. Pronto se unirían a este grupo Pepe "David" Albarrán, Adolfo Gutiérrez de Agüera, Manolo "Andrés" Peñalosa, Encarna Quintero, Marina Sanz…

Nos habíamos integrado en la Juventud Socialista, pero no creo que con rigor se pudiera decir que ya entonces éramos socialistas, al menos no lo éramos en el sentido que señala Pablo Iglesias en su "A los Trabajadores de la Casa del Pueblo". Sí estoy seguro de que éramos profundamente antifranquistas y de que no éramos comunistas.

Éramos antifranquistas y no éramos comunistas porque amábamos la Libertad como solo en la adolescencia se puede amar.

En el mítico 1968, en el que los jóvenes franceses reivindicaban la utopía, en Triana, un grupo de jóvenes había recogido el testigo de veteranos socialistas y ugetistas que pagaron con cárcel y exilio su lucha antifranquista. Enseguida sentimos que ahí estaba nuestra gente.

Juntos vivimos la tristeza y el dolor de que se nos fuera nuestro querido José María cuando todavía no teníamos edad para aceptar la muerte con la resignación que nos dan los años. Todos juntos vivimos la solidaridad y el sufrimiento de las detenciones y los encarcelamientos de 1969. En aquellos años

de lucha, aprendimos el profundo significado de las palabras: solidaridad, libertad, socialismo…

Nuestra militancia era intensa; se puede decir que no pensábamos en otra cosa que no fuera la lucha antifranquista. Esa era "mi forma de estar en la vida".

Cierto es que teníamos una relación con Felipe González, Alfonso Guerra y el grupo de universitarios que se estaban haciendo cargo del PSOE en Sevilla, pero ya entonces nos resultaba mucho más grato, y estimulaba más nuestra militancia antifranquista, relacionarnos con compañeros veteranos: Agustín Carmona en Bellavista; Francisco Cintora, "Paco el Malagueño", en Dos Hermanas; Clemente, que tenía una lechería en la Avenida de Miraflores y, muy especialmente, Celestino Tejeiro, que vivía en Ciudad Jardín, en una casa en la que teníamos múltiples reuniones.

Celestino Tejeiro Jiménez
(Archivo fotográfico FPI)

INFORME CONFIDENCIAL SOBRE ANDALUCÍA
Y ESPECIALMENTE DE SEVILLA

Con motivo del congreso departamental de la U.G.T. celebrado en Carcassonne, el 29 de mayo de 1960, asistió al mismo el compañero Juan Hurtado Ojeda, llegado clandestinamente a Francia el día 5 de noviembre de 1958.

El compañero Hurtado vino avalado por nuestra organización clandestina de Sevilla.

…/…

8º – Hay asimismo un excelente compañero, muy hermanado con Villa, llamado Celestino el cual se encuentra muy perseguido por los falangistas que le han dado palizas, se encuentra muy mal de salud a consecuencia de la última paliza del pasado año. Hurtado considera que se le debe ayudar económicamente.

…/…

Hay otro excelente compañero en Sevilla, amigo y compañero de Villa que ha estado 11 años en Santoña, el cual vive en Sevilla pero es de Santander y se llama Clemente.

…/…

(Fundación Francisco Largo Caballero)

Siendo alcalde de Sevilla el querido compañero Alfredo Sánchez Monteseirín, le propusimos que la calle donde había vivido Celestino se rotulara con su nombre. Con este motivo, le hicimos un sencillo y emotivo homenaje al que asistimos jóvenes de aquella época que aparecemos en la fotografía.

Asistentes al homenaje a Celestino Tejeiro (Familia Romero Gordón)

En realidad, viéndolo ahora con la perspectiva que da el paso del tiempo, creo que ni Felipe ni Alfonso nos consideraban unos de los suyos. Al fin y al cabo, no éramos nada más que un grupo de jóvenes iletrados.

En esa época, cuando iniciábamos una militancia muy activa en las Juventudes Socialistas, se produjo un hecho que refleja de manera clara cuál era nuestra relación con estos compañeros.

Manolo Barco, Pilar Gordón y yo habíamos pensado poner en práctica una iniciativa que nos sirviera para desarrollar tareas de proselitismo socialista, a la vez que dotábamos a un barrio obrero de una herramienta de difusión cultural. En Bellavista no había ninguna librería y nosotros nos propusimos abrir una. La Plaza de las Cadenas fue el emplazamiento elegido; allí alquilamos un local y nos pusimos manos a la obra para

prepararlo. Pilar era ya empleada de Sevillana de Electricidad y pidió un préstamo de 30.000 ptas. a la empresa.

Nuestra relación con los libros, ya se puede adivinar, no pasaba de ser la de voraces lectores. Cuando estábamos preparando materializar la puesta en marcha de la librería, Pilar fue a ver a Alfonso Guerra, ya por entonces copropietario de la librería Antonio Machado de Sevilla, con la pretensión de que la orientara acerca de editoriales, distribuidores, etc. A lo largo de la conversación y cuando ella le estaba explicando pormenores de nuestra iniciativa, Alfonso Guerra, en un tono entre indiferente y despectivo, le dijo: "Pero chica, ¿tú qué quieres, poner una librería o una verdulería?"

Pilar se sintió humillada, enmudeció y se fue muy triste de aquella entrevista. Para nosotros, para ella, Alfonso Guerra era un referente político e intelectual que descalificaba con esa expresión la iniciativa de unos jóvenes socialistas a los que se suponía que debía acoger y estimular en su militancia.

Desde que iniciamos nuestra militancia en la Juventud Socialista, nos consideramos también militantes de la Unión General de Trabajadores. Era, como le gustaba decir a Manolo Barco, la "Familia Socialista".

COMITÉS DE BARRIO

Las reuniones en nuestro grupo de Juventudes Socialistas giraban en torno a la necesidad que sentíamos de formarnos una sólida base ideológica. Leíamos todo lo que caía en nuestras manos y discutíamos ampliamente sobre lo que leíamos. Textos

de Marx, con los que empezábamos a entender conceptos que nos ayudaban a comprender hasta qué punto la economía estaba en la base de las relaciones sociales: *Trabajo, Salario y Capital*, *El 18 Brumario*, *La Crítica al Programa de Gotha*, *El Manifiesto Comunista*, y más tarde *El Capital*, fueron lecturas que nos impusimos. Rosa Luxemburgo y su *Reforma o Revolución* nos sirvió para entender que el "leninismo" no era la única forma de entender el marxismo. Junto a libros que nos servían en nuestro afán de ir formando una base teórica, recuerdo cómo nos impresionó la lectura de la biografía de Pablo Iglesias que escribió Juan José Morato; *Pablo Iglesias, Educador de Muchedumbres*. *Asturias y sus Hombres*, de Saborit, engrandeció el mito que teníamos sobre el socialismo asturiano y la *Carta a un Obrero* de Largo Caballero nos acercó a la figura del líder de la UGT.

Comenzábamos también a hacer lo que llamábamos "acciones". Al principio, y a falta de medios que nos permitieran imprimir octavillas, realizábamos pintadas. Como no teníamos dinero para comprar botes de spray de pintura, utilizábamos Kanfort, y aunque procurábamos elegir paredes lo más lisas posible, lo cierto es que al poco rato las esponjas que aplicaban el betún se gastaban y nuestra tarea se complicaba en extremo. La primera de estas pintadas se plasmó en la palabra ¡LIBERTAD!, y la firmamos UGT y JJSS.

Con el ánimo de extender la conciencia antifranquista entre los jóvenes, creamos los Comités de Barrio. No se puede decir que fuera una organización; más bien se trataba de grupos que se reunían alrededor de inquietudes concretas e inmediatas, fácilmente identificables, que en la mayoría de las ocasiones estaban ligadas a las condiciones de vida.

En Triana se daba la circunstancia de que era el barrio con más corrales de vecinos que había en Sevilla: San Jacinto, Pagés del Corro, Pureza, Betis, Santa Ana… La especulación del desarrollismo de los sesenta se había ensañado con miles de familias que malvivían hacinadas en corrales de vecinos, donde compartían sus miserias.

En la célula de Juventudes acordamos proponer al Comité de Barrio que hiciéramos un estudio sobre las condiciones de vida que se daban en estos corrales. El objetivo era doble: por un lado, nos permitiría conocer de manera precisa la realidad; por otro, nos daría a conocer entre las familias que habitaban estas viviendas en condiciones infrahumanas.

Una vez elaborado el cuestionario que queríamos cumplimentar, divididos en parejas, fuimos visitando uno por uno todos los corrales del barrio.

El resultado fue un estudio en el que, en alrededor de doscientos folios, se documentaba de manera precisa y rigurosa cómo, en una sola habitación, dormían, en no pocas ocasiones, familias compuestas por más de diez personas: hijos, padres y abuelos. Cocinas y aseos que compartían varias familias, etc.

Un extracto de este estudio fue publicado por la revista de una universidad holandesa. Desgraciadamente, como consecuencia de una redada de la Brigada Político-Social, este documento se perdió.

Otro Comité de Barrio se formó en la zona de Ciudad Jardín, y allí militaron, entre otros, los compañeros Luis, Maribel y

Fernando Tejeiro, hijos de Celestino, Alberto Marina y Manolo Guardia. Este último sería, con el tiempo, un extraordinario militante sindical, dirigente de UGT.

DETENCIÓN, PRISIÓN MILITAR Y CÁRCEL

En septiembre de 1967, me incorporé al Servicio Militar Obligatorio como "voluntario" en la Compañía de Transporte de la Agrupación Logística nº 2. Seguía los pasos de mi hermano Santiago, que había recorrido ese mismo camino un par de años antes.

Con 18 años, (no cumpliría 19 hasta noviembre), subí a un tren en la estación de Córdoba, en Sevilla, junto con varios centenares de jóvenes que íbamos a la "mili". Allí me despidieron mi madre y Pilar. En Córdoba bajamos del tren y subimos a unos camiones del ejército que nos llevarían al campamento de Cerro Muriano, donde estaba el Centro de Instrucción de Reclutas nº 5. Salvo para ir a Guadalcanal cuando me iba con mis abuelos, no había salido nunca de casa.

Me destinaron **a** la 7ª compañía del Segundo Batallón. Allí, a las órdenes del teniente Cala, del alférez Correa y del primero Molina, me instruyeron en el manejo del Mauser. Creo que fui de los últimos reclutas que hicimos la mili con este fusil alemán. En la 14ª Compañía del Cuarto Batallón estaba haciendo el campamento Manolo Martín Arroyo, compañero de la Juventud Socialista de Triana. Manolo era unos años mayor que yo, pero se había incorporado a filas con dos o tres años de retraso como consecuencia de las prórrogas que había venido disfrutando por su condición de seminarista.

En diciembre, juramos bandera y me incorporé al cuartel de Sevilla. Al poco tiempo, en febrero, me destinaron al Gobierno Militar. Allí, en la Segunda Sección de Personal, me las prometía hacer una mili relativamente cómoda. Aún manteniendo la militancia antifranquista, habíamos tomado algunas medidas adicionales de seguridad para evitar ser detenido mientras hacía el servicio militar.

El día 24 de enero de 1969, el ministro de Información Fraga Iribarne anunció la implantación del Estado de Excepción en todo el territorio nacional. La Juventud Socialista de Sevilla escribimos unas octavillas denunciándolo: "El pasado día 24 el ministro Fraga, portavoz de la oligarquía, anunciaba la implantación del estado de excepción en todo el territorio nacional…". Como consecuencia de ello, se produjeron varias detenciones.

Aquellos primeros días de marzo de 1969 estaban resultando desapacibles. En la madrugada del día 28 de febrero, un terremoto nos sacó de la cama a las familias de Sevilla. En la calle, junto a mis padres y hermanos, dándonos ánimos los vecinos unos a otros para superar el miedo, no dejaba de acordarme de mi compañero de la Juventud Socialista Curro Rodríguez; me preguntaba cómo estaría afrontando aquella noche en la soledad del calabozo de la Gavidia, donde lo tenía detenido la brigada político-social.

Aún no se habían ido los fríos de febrero. En Sevilla siempre hace frío en febrero, y en las dependencias del Gobierno Militar en la Plaza de España, donde yo prestaba el servicio militar, los altos techos favorecían la sensación de frío. Levanté la vista de la máquina de escribir y los vi. A uno de ellos le conocía: era

un hombre alto y corpulento, con la cara cuadrada y anchas espaldas; al otro no recordaba haberlo visto nunca.

—Vaya usted al despacho del coronel.

La voz del teniente Lasheras, un oficial de oficinas militares que mandaba la sección, me resultó extraña.

—¿Da usía su permiso, mi coronel?

El coronel, sentado tras su mesa de despacho, y de pie los dos policías de la brigada político-social que había visto entrar poco antes, y un sargento de la policía militar. El coronel me dedicó una mirada entre agresiva y despectiva:

—Te vas con estos señores.

Allí mismo me esposaron. Las esposas me apretaban las muñecas y le pedí al sargento que las aflojara un poco.

—No te quejes, habértelo pensado antes.

Salí a la calle esposado. El fresco de la mañana me dio en la cara y recuerdo que pensé cuándo volvería a ser un hombre libre. El coche de la policía militar, seguido del de la brigada social, me llevó a la comisaría de la Gavidia, sede de la Brigada Político-Social. Recordé las palabras de mi muy querido amigo y compañero Manolo Barco, quien también había sufrido prisión en Sevilla y en Carabanchel, y que siempre decía que prefería seis meses en la cárcel a tres días en la Gavidia. A mí me tuvieron más de tres días; estábamos en estado de excepción.

De la Gavidia a prisión militar. Según me dijeron, por mi pertenencia al ejército deberían someterme a un consejo de guerra, pero, dada mi condición de "voluntario", también cabía la posibilidad de que me expulsaran del ejército.

Aquel tiempo fue duro. Muchos días solo e incomunicado en una celda, otros no, dependiendo del oficial de guardia. Leyendo únicamente aquellos libros que pasaban una arbitraria censura y no pudiendo apenas ver ni hablar con mis padres ni con Pilar, que por entonces aún éramos novios. Especialmente grata me resultó una de aquellas tardes en que vino a verme mi querido Manolo Bonmati y tuvimos la suerte de que le permitieran estar un rato conmigo.

Manolo Bonmati, muchos años después ya jubilado, junto a Manolo Guardia en una manifestación (Jóvenes Socialistas del 68)

Los días pasaban lentamente, muy lentamente. Una tarde, en la que el oficial de guardia había permitido a mi madre que

entrara a visitarme, estábamos sentados en un banco en el patio y mi madre me cogía las manos mientras hablábamos. Un coronel de caballería, que contemplaba la escena, vino hacia nosotros vociferando y con un rictus de ira en el rostro. Expulsó a mi madre, que lloraba desconsoladamente; a mí me devolvieron inmediatamente a la celda, y supongo que el oficial de guardia se llevaría un buen rapapolvo.

El 1º de mayo lo pasé solo en la celda. ¡Qué distinto de aquel otro 1º de Mayo del 67, en el que Manolo Barco y yo acudimos a la manifestación por las calles de Sevilla y que fue duramente reprimida por el Régimen!

La pesada puerta de madera de la celda solo tenía un pequeño orificio a la altura de los ojos, hecho de forma que desde fuera se pudiera observar el interior. Sin embargo, desde dentro apenas si podía ver un poco de luz. Aquella mañana escuché un sonido inusual en el pasillo. Se abrió la puerta y entró el oficial de guardia junto a un sargento y cuatro soldados.

—¡Vamos!

Abría la marcha el teniente, detrás los cuatro soldados que me habían situado a mí entre ellos, y la cerraba el sargento.

La sala a la que me llevaron debía de ser una dependencia de oficiales y, según pude observar, estaba reservada para actos de cierta solemnidad.

Situado en el centro de la sala, en posición de firme, miraba delante de mí al coronel, al que flanqueaban dos oficiales. Uno

de ellos se puso de pie; tenía un folio escrito a máquina en las manos.

—Con la venia, mi coronel.

"El soldado voluntario José María Romero Calero no es digno de llevar el uniforme del glorioso ejército español…". A continuación, se enumeraban una serie de hechos que justificaban esa indignidad, todos ellos relacionados con mi condición de socialista, para concluir con la frase "Por todo ello, en el día de hoy queda expulsado del ejército".

He de confesar que aquello me sonó a música celestial. ¡No me harían consejo de guerra! Me tratarían como a un civil y me trasladarían a la cárcel. ¡Qué paradoja sentir alegría por ir a la cárcel!

Habían pasado ya dos días desde que entregara el uniforme que no era digno de llevar, y un sargento de la policía militar vino a buscarme. Otra vez esposado, ahora para llevarme a los juzgados. Allí, un juez me leyó un oficio por el que se me comunicaba que estaba a disposición del Tribunal de Orden Público.

Del juzgado a la cárcel. Según se iba acercando el coche a la prisión, el corazón me latía con más fuerza. Los policías militares que me trasladaban me llevaron a una dependencia donde un funcionario rellenó un formulario y entregó una copia al sargento. Me quitaron las esposas y otro funcionario me llevó hasta el interior de la cárcel.

Ahora era yo el que oía cómo el rastrillo se cerraba tras de mí. Es difícil explicar lo que sentía: angustia, tristeza, cierto sosiego

porque dejaba atrás la soledad de la prisión militar y pronto me encontraría con queridos compañeros de lucha antifranquista.

Los compañeros hablaron con el jefe de servicio para que me redujeran el "periodo" y, a los dos días de ingresar, un funcionario me llevó de la enfermería al patio cuatro. El patio cuatro estaba reservado a los presos políticos y, en cuanto llegué, los compañeros me rodearon abrazándome y, sabedores de mi situación, me daban la enhorabuena por haberme librado del consejo de guerra. Especialmente emotivo fue el reencuentro con Curro Rodríguez, compañero con el que había ingresado en la Juventud Socialista de Sevilla.

Desde que ingresé en la cárcel, tenía la sensación de que me resultaba extrañamente familiar: el rastrillo, el celular, el patio… Era como si ya hubiera estado allí antes. Lo que mi abuelo y mi padre tantas veces me habían contado tomaba forma, se materializaba ante mis ojos.

La vida diaria de los presos políticos había venido estando organizada en la cárcel en una comuna. A mí se me encargó administrar el tabaco. Paco Velasco era responsable de la comida que nos traían familiares y amigos, con la que complementábamos, y no pocas veces sustituíamos, el rancho carcelario. La administración de la prisión nos tenía a todos asignada una tarea, casi siempre trabajos de limpieza que nos ocupaban un par de horas diarias. El resto del día lo distribuíamos entre tiempos dedicados a la lectura, el debate, el ejercicio físico y los paseos por el patio.

A las dos semanas de estar preso, pude "comunicar". ¡Cuántas veces mis padres y mi abuelo me habían descrito la jaula de

comunicación! En mi cabeza aparecía nítidamente el pasillo por el que accedíamos los presos, la jaula interior, el espacio cerrado por barrotes que separaban a presos y familiares y por el que un funcionario, con aire distraído pero atento a lo que hablábamos, paseaba de un lado a otro. Ahora era yo el que, formando parte de la fila de presos que se adentraba en la jaula, hacía el mismo recorrido que veinticinco años antes habían hecho ellos.

Desde dentro de la "jaula" de comunicaciones contemplaba a Pilar, que al otro lado de la doble fila de barrotes me miraba con ojos de joven enamorada. Y veía a mi madre, que se mordía los labios para disimular su llanto y me daba ánimos en el mismo lugar donde antes lo había hecho con su marido y con su padre, y también a mi padre, en cuya mirada creía percibir un doble sentimiento: preocupación y tristeza, pero también orgullo. Orgulloso de la militancia socialista de su hijo.

El día de la Merced los hijos pequeños de los presos podían visitar a sus padres en el interior de la prisión. Todos hicimos piña con Paco Velasco, que recibía a sus hijos Juan Francisco y Carmen Mari. Fuimos testigos de sus ojos empañados y de sus esfuerzos por parecer alegre delante de ellos. Para todos nosotros fue una auténtica fiesta alterar la rutina carcelaria con la convivencia con los niños.

Después vendrían otros sufrimientos, otras luchas, otras detenciones, pero a lo largo de mi vida, nunca he dejado de identificarme plenamente con Jorge Semprún cuando hace suyas las palabras que le dijo un antiguo conocido: "Valió la pena, esas batallas había que darlas, tuvieron ustedes razón al hacerlas".

Nuestra relación con el exterior eran las comunicaciones y las cartas.

Las comunicaciones, diez minutos en la "jaula", apenas daban para ver a quienes venían y, sobre todo, servían para que nos vieran a nosotros.

Las cartas, sin embargo, al menos para mí, resultaban muy reconfortantes. Privado de libertad, la imaginación juega un papel muy importante. Se construye mentalmente un modo de vida. En el largo plazo, uno imagina cómo será la vida cuando el pueblo español recobre las libertades. En el corto, en lo inmediato, cómo será nuestra vida cuando salgamos de prisión. Es en este aspecto donde las cartas son esenciales. Obviamente, los sobres eran abiertos por un funcionario que leía aquellas cartas y las censuraba sin contemplaciones. A un compañero le retuvieron una porque su mujer la había encabezado con un "Querido mío"; probablemente a él nunca se le habían dirigido con esta expresión.

La censura obligaba a que el contenido de las cartas fuera estrictamente familiar y personal. Yo esperaba con ilusión las cartas de mi familia: la inconfundible letra de mi padre en el sobre que guardaba los sentimientos de mi madre y el ánimo y la solidaridad de padre y hermanos.

Y el sobre, siempre color sepia, de la carta de Pilar. Recogía el sobre y, sin abrirlo, caminaba despacio hasta mi celda o a una esquina del patio. Tumbado en la litera o sentado sobre un bordillo, la leía una, dos, diez veces. Imaginaba a Pilar escribiéndome, la recordaba en el autobús cuando coincidíamos

por la mañana, en los paseos por Triana… Y me imaginaba a mí mismo abrazándola, sentados en uno de aquellos bancos de la Plaza de España con los que Aníbal González rindió tributo a las tierras de España. Nuestro preferido era "Zaragoza", en homenaje a su abuelo Gregorio, ferroviario y militante de la UGT, que vino con su familia desde Zaragoza a Sevilla a trabajar en la RENFE, al socaire de la Exposición del 29.

Yo sabía, sabíamos los presos, que aquello no podía durar mucho, que quizás pronto nos concederían la libertad provisional. Pero, ¿cuándo? Mientras tanto, aquellas cartas me daban vida.

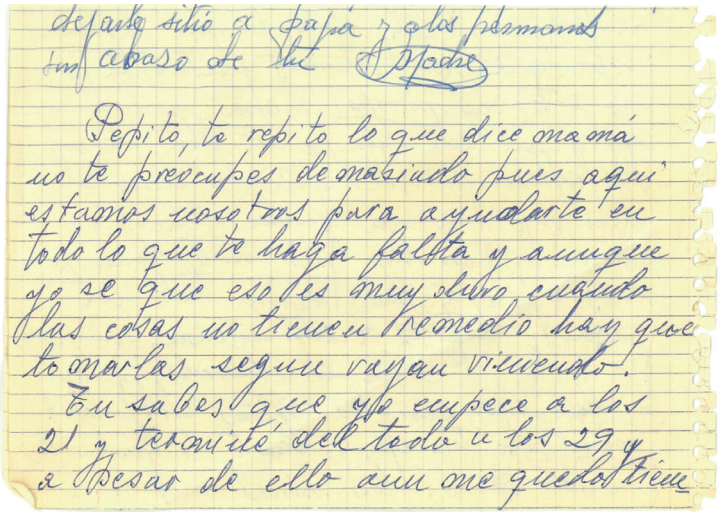
Sobres de cartas de Pilar y de mi padre (Familia Romero Gordón)

Cuando nací, mis padres me pusieron de nombre José María por mi abuelo materno. Seguramente porque José María les

parecía un nombre largo y serio para un niño pequeño, en casa empezaron a llamarme Pepito.

Cuando ingresé en prisión hacía ya más de diez años que nadie me llamaba Pepito. De hecho, cuando comencé a trabajar con catorce años, todos me conocían por José María y en casa habían sustituido el Pepito por Pepe.

Un día de aquel aciago verano del 69, recibí una carta de mi padre en la que me vuelve a llamar Pepito, hacía más de diez años que no lo hacía.


dejando sitio a papá y a los hermanos
un abrazo de tu Madre

Pepito, te repito lo que dice mamá
no te preocupes de nada pues aquí
estamos nosotros para ayudarte en
todo lo que te haga falta y aunque
yo se que eso es muy duro, cuando
las cosas no tienen remedio hay que
tomarlas según vayan viniendo.
Tu sabes que yo empecé a los
21 y terminé del todo a los 29 y
a pesar de ello aun me queda tiem

Carta de mi padre (Familia Romero Calero)

En un primer momento me chocó, incluso me disgustó. Enseguida me pregunté qué le habría llevado a mi padre a volver al "Pepito". Era sin duda una inequívoca muestra de cariño, de amor paterno. Él sabía bien lo que era la cárcel, la privación de libertad. Seguramente cuando venía a comunicar me veía extremadamente vulnerable dentro de aquellas rejas que él

también había sufrido y para él volvía a ser su Pepito. No pude reprimir alguna lágrima imaginándomelo.

Habían pasado ya los calores del verano y los días, más cortos y grises, empezaban a anunciarnos el otoño. Los jóvenes socialistas de Sevilla que estábamos presos seguíamos en las celdas del Celular. La vida en prisión continuaba con su rutina: recuento matinal, desayuno, tareas asignadas por la administración, salida al patio, ejercicios físicos, comida… Para mí, y creo que para todos, el atardecer era lo más triste. Como escribió Albert Camus en *El Extranjero* "El día se acababa y era la hora de la que no quiero hablar, la hora sin nombre… Nadie puede imaginar lo que las tardes son en las prisiones". Una noche más la soledad de la celda, sin más compañía que los recuerdos.

Un día, a primeros de octubre, nos llaman a comunicar a "jueces" y Rafael Escuredo nos anuncia que nos conceden la libertad provisional previo pago de una fianza de 25.000 ptas. Los compañeros de Sevilla reunieron el dinero necesario y al día siguiente salimos en libertad.

Los días y las noches en prisión me habían hecho madurar. Ya había dejado atrás a aquel joven que soñaba con la Libertad, ahora sabía que ese sueño nos acarrearía no pocos sufrimientos y que la lucha que estaba afrontando requería entrega, sin duda, pero sobre todo exigía organización. Me propuse entonces desarrollar mi militancia fundamentalmente, en la Unión General de Trabajadores. Había que reconstruir el sindicato.

Las Juventudes Socialistas suecas, organización a la que pertenecía Aquee Wideenn, joven sueco que había estado en el origen

de nuestras detenciones al incautarle la Brigada Político-Social en Madrid una agenda con algunos de nuestros nombres, nos enviaron el dinero de la fianza para salir de prisión. Como la fianza ya la habíamos pagado con el dinero que recogieron los compañeros en Sevilla, dedicamos esos fondos para abrir una academia donde pudiéramos ayudar a jóvenes del barrio a obtener el Certificado de Estudios Primarios. Con este objeto alquilamos un piso en la calle Rodrigo de Triana y, a modo de aulas, amueblamos un par de habitaciones con unos pupitres y pizarras. Alguna de aquellas alumnas se incorporó a nuestro grupo de Juventudes.

Aquel piso nos sirvió también para ubicar nuestra primera multicopista, una "vietnamita" que yo había construido.

La "vietnamita" era un artilugio que se construía haciendo un cajón de madera que pudiera contener un taco de folios, en la parte de arriba se acoplaba un marco bastidor que se fijaba al cajón con unas bisagras. En este bastidor se fijaba una tela de seda que debía quedar bastante tirante, tela en la que se ponía un cliché en el que se había escrito un texto habiendo quitado la cinta a la máquina de escribir y que, por tanto, aparecía perforado por los tipos de las letras. Sobre la tela se extendía la tinta y una vez que el bastidor se bajaba sobre el cajón de folios, se pasaba un rodillo y quedaba impreso el folio de arriba. Subir y bajar el bastidor se repetía una y otra vez, y se iban retirando los folios impresos.

Como se puede adivinar, este rudimentario sistema nos permitía hacer solo pequeñas tiradas hasta que el cliché se rompía. ¡Lo poníamos todo perdido de tinta!

Nuestra primera multicopista, una "vietnamita" (Julià Badosa Plana)

Durante algún tiempo utilizamos la "vietnamita" hasta que yo fui a Barcelona y los compañeros Parra y Valentín Antón me dieron, en nombre de la UGT de Barcelona, una multicopista con bombo de tinta líquida que me traje a Sevilla y enseguida comenzamos a utilizar para imprimir nuestras octavillas.

Algún tiempo después, Pilar Gordón simulando ser la maestra de un colegio privado encargada de esas tareas, compró una máquina Rex Rotary a un hermano de Manolo Espina que era comercial de esa marca.

La multicopista, el aparato de propaganda, era nuestro bien más preciado. Junto con los botes de kanfort primero y después los botes de spray de pintura, eran nuestras herramientas para difundir nuestro ideario. La brigada social, cuando conseguía desmantelar una multicopista, infligía un severo daño a la organización. Las medidas de seguridad en torno a la multicopista eran extremas. En nuestro caso, la tuvimos en casa de Adolfo Gutiérrez de Agüera, un compañero de la célula de Triana de la Juventud Socialista al que yo le pedí que abandonara la organización para dedicarse plenamente a su custodia. Por cierto, como Adolfo nos 'abandonó' sin explicación alguna, Manolo

Pepe Romero utilizando la multicopista (UGT Sevilla)

Barco, que era el que lo había captado, se disgustó enormemente. Adolfo fue siempre un militante de mi más absoluta confianza, hombre de una sangre fría extraordinaria, me ayudó en algunas tareas delicadas.

Por razones de seguridad, cuando considerábamos que el sitio donde teníamos la multicopista podría estar 'quemado' la trasladábamos a otro sitio. Así pasó por las manos de Pili Rodríguez, de Encarna Quintero y de Josele Amores, que dedicó una habitación de su casa al aparato de propaganda.

Cuando ya Adolfo se había reintegrado a la organización, me acompañó alguna vez a Portugalete a recoger de manos de Lalo propaganda y boletines de la UGT. En uno de esos viajes,

viniendo de vuelta por carreteras secundarias, con el coche cargado de cajas, una pareja de la guardia civil que caminaba por el borde de la carretera, nos hizo señas para que paráramos:

—Buenos días. ¿Dónde van ustedes?

Como el habla nos delataría inmediatamente, dijimos la verdad.

—Vamos a Sevilla. Llevamos productos de perfumería que vendemos por los pueblos.

—¿Harían el favor de llevarnos hasta el próximo pueblo?

—Sí claro, encantados.

Los guardias subieron al coche y viajaron unos kilómetros "custodiando" propaganda de UGT.

En 1970, el grueso de la actividad antifranquista del grupo de jóvenes trabajadores que nos habíamos incorporado a las Juventudes Socialistas en los años anteriores, se centraba en la reconstrucción de la UGT.

Expulsado del ejército, procesado por el Tribunal de Orden Público y en libertad provisional pendiente de juicio, me era extremadamente difícil encontrar trabajo.

Trabajos eventuales en la campaña del algodón de Hytasa, donde por cierto coincidí con Juan Bosco, sacerdote jesuita comprometido con el antifranquismo, en la construcción; en el campo recogiendo naranjas…, en fin, en lo que me iba saliendo.

La Universidad Laboral de Sevilla organizaba unos cursos nocturnos para formar a trabajadores en diferentes oficios. Yo me inscribí en unos sobre electricidad, así comencé a familiarizarme con conceptos básicos en el ámbito teórico y con el manejo de alicates, polímetros, etc., en el terreno de la práctica. Según Largo Caballero, "para ser un buen sindicalista hay que ser un buen profesional". Siempre, desde niño, me había gustado trabajar con las manos. Aquel trabajo en la tienda de tejidos no me había gustado nada. Puse todo mi empeño en formarme como electricista. Primero con cursos elementales de electricidad, y cuando ya dominaba la teoría y la práctica básica, me inscribí en unos cursos de automatismo industrial, rama en la que me especialicé y cuyos conocimientos me fueron muy útiles.

HUELGA DE SIDERÚRGICA SEVILLANA

En febrero de 1970, se declaró una huelga en la fábrica que Siderúrgica Sevillana tenía en Alcalá de Guadaíra. El grupo dirigente de la huelga estaba formado por Miguel Guillén Márquez, Manuel Burgos Millán, José Galán Merino, Antonio Herrera y Antonio Guerrero, todos ellos enlaces sindicales del sindicato vertical.

Miguel Guillén era un líder sindical extraordinario. Excelente profesional, electricista de oficio, había trabajado en Cobián y en Construcciones Aeronáuticas y era un asiduo participante en las reuniones que enlaces sindicales y miembros de los jurados de empresa del sindicato vertical celebraban en la sede del sindicato del metal, en la calle Morería.

Miguel Guillén Márquez, Manuel Burgos Millán y José Galán Merino, dirigentes de la huelga que en febrero de 1970 se declaró en la fábrica Siderúrgica Sevillana de Alcalá de Guadaíra (UGT Sevilla)

Miguel había tenido un desencuentro con dirigentes de CCOO como consecuencia de los criterios de reparto de los fondos de solidaridad que se recogían en las empresas para atender a las familias de los presos políticos. Además, estos dirigentes eran destacados militantes del Partido Comunista y Miguel no era comunista.

La asesoría jurídica de la negociación del convenio colectivo que dio origen a la huelga estaba siendo gestionada desde el despacho de abogados laboralistas que lideraba Felipe González, en la calle Capitán Vigueras, donde algunos de nosotros íbamos para contactar con trabajadores de empresas en conflicto. Allí conocí a Miguel y al grupo de dirigentes de la huelga.

Miguel era el líder indiscutible de aquel grupo. De una vehemente oratoria y razonamientos profundos y, a la vez, sencillos de comprender, tenía una extraordinaria capacidad de convicción.

Merino transmitía honestidad. Extremeño de Higuera de la Serena, su cara y sus manos eran la expresión de un hombre

bueno. Merino era todo corazón, casi 20 años mayor que yo. Cuando le miraba a los ojos veía a uno de aquellos "hombres de ideas" de mi infancia. Manolo Burgos era, sobre todo, un compañero leal. Trabajador incansable, nunca era partidario de dejar algo para mañana.

Enseguida se incorporaron a la UGT.

Los trabajadores de Siderúrgica se mantuvieron casi dos meses en huelga, desde el 24 de febrero hasta la tercera semana de abril. Durante aquellos días, pusimos todo nuestro empeño en apoyar la huelga. Las tiradas de octavillas, pintadas e impresión manual de pegatinas, siempre firmadas por UGT, daban a conocer al pueblo de Sevilla lo que estaba ocurriendo.

Para nosotros, era lo que para los compañeros de Euskadi había sido la huelga de Laminadora de Bandas en Frío, de Echevarri.

Terminaba el mes de abril y los trabajadores daban fin a la huelga. El grupo de jóvenes, que en Sevilla estábamos reconstruyendo la UGT, enseguida entendimos que, para el sindicalismo socialista en nuestra ciudad, había un antes y un después de la huelga de Siderúrgica Sevillana. Y esto, no solo por lo que había supuesto nuestra implicación como organización, sino, sobre todo, por la incorporación a nuestras filas de dirigentes sindicales del prestigio y la experiencia de los compañeros que habían dirigido la huelga.

A partir de entonces, las visitas a casa de Miguel, en la calle Greco; a Manolo Burgos en la barriada del Instituto de Alcalá

de Guadaíra; y a casa de Merino, en San Jerónimo, se fueron haciendo habituales. Antonio Herrera, el entrañable "Peluca", fue uno de nuestros más destacados militantes en el barrio de la Macarena, y Antonio Guerrero, que empezó a trabajar en Dragados y Construcciones cuando fue despedido de Siderúrgica, propagó las ideas del sindicalismo socialista en Alcalá de los Gazules, donde la empresa le había enviado para hacer la instalación eléctrica de un bloque de pisos.

LA SEGUNDA MILI

En febrero de 1970, en un tiempo en el que estaba plenamente implicado apoyando la huelga de Siderúrgica Sevillana, recibí un oficio del ejército comunicándome el llamamiento a filas para cumplir el Servicio Militar con mi reemplazo. Aunque sabía que eso podía ocurrir, pensar que tendría que hacer una segunda mili me afectó profundamente. Yo ya sabía lo que era aquello, además habiendo sido expulsado del ejército, padecido prisión militar y cárcel, y estando en libertad condicional condenado por el Tribunal de Orden Público, presentía que, otra vez, me enfrentaba a tiempos difíciles.

Felipe González me acompañó a la Caja de Reclutas. Un sargento que se ocupaba de ordenar las colas que formábamos los que, por una u otra razón, estábamos allí, me señaló la mesa de un teniente.

—¡A sus órdenes mi teniente!

—Buenos días.

Le alargué el oficio en que me comunicaban el llamamiento a filas.

—¿Qué quieres? ¡Preséntate dónde y cuándo se te dice aquí!

—Verá usted, mi teniente. Es que yo ya he hecho la mili. Bueno, he servido diecinueve meses como voluntario.

—¿Cómo?

Felipe comenzó a explicarle a aquel oficial mi circunstancia. Enseguida el teniente le interrumpió.

—¿Usted quién es?

—Mi nombre es Felipe González y soy el abogado de la familia.

—Él no necesita abogado. Que se incorpore tal como se le dice y, estando ya prestando servicio, que solicite lo que considere.

Felipe González (Getty. Gianni Ferrari)

Dos meses después otra vez en la estación de ferrocarril para subir a un tren que me llevaría a Córdoba, y desde allí en camiones militares, a Cerro Muriano.

Destinado ahora en la 14 compañía, triste, pensando en lo que serían los próximos meses, mirando una y otra vez la fotografía de Pilar que me había enviado a la cárcel, solo la fuerza que me daba su amor profundo y el recuerdo de mis compañeros y compañeras de lucha antifranquista, me daban ánimo para enfrentarme a ese futuro que presentía duro.

Para los compañeros de reemplazo con quienes convivía, todo era novedoso: la agitación tras el toque de diana, la formación de la mañana, el desayuno, la instrucción —ahora, por cierto, con fusiles CETME; el ejército había abandonado los viejos Mauser con los que hice mi primera mili—, el campo de tiro… Para mí, por el contrario, todo se repetía. Aquello me resultaba insoportable.

Me enteré de que el Capitán Administrador del Batallón era D. Enrique Gasset Lázaro, sobrino nieto de D. José Ortega y Gasset, y pensé que el sobrino de quien había escrito con tanto sentimiento sobre Pablo Iglesias, "los cuarenta mil votos que han elevado a Pablo Iglesias hasta la representación nacional significan cuarenta mil actos de virtud…" (José Ortega y Gasset en *El Imparcial*, mayo de 1910), quizás fuera comprensivo con este joven socialista. Pedí verle y me recibió en su despacho:

—¿Da usted su permiso, mi capitán?

Detrás de su mesa, sentado, se adivinaba un hombre alto, de unos 40 años. Su mirada me inspiró confianza y enseguida le expliqué

mi situación. Expulsado del ejército, la cárcel, condenado por el TOP por pertenecer a la Juventud Socialista, etc. Me miró con atención, y mientras me escuchaba, noté en su cara una expresión que luego quise interpretar como una cierta comprensión.

—Puedes retirarte.

Los días pasaban desde que fui a ver al capitán Gasset y la rutina de la vida militar se me hacía monótona y tediosa.

Había pasado una semana desde aquella entrevista y el cabo primero de la compañía me dijo que fuera al despacho del capitán administrador del batallón.

Presentía que algo bueno me iba a decir el capitán; si no fuera así simplemente no me hubiera llamado.

Pedí permiso para entrar en su despacho y observé cómo el capitán pasaba las páginas de un voluminoso expediente que estaba sobre su mesa.

Con una voz serena, casi cálida, el capitán D. Enrique Gasset dijo:

—Romero, como tú ya hiciste durante la prestación del servicio como voluntario el periodo de instrucción, te vas a venir conmigo a esta oficina hasta que te den el destino forzoso. Mañana, después del desayuno, te vienes para acá, ya lo sabe el capitán de tu compañía. Hoy, a la una de la tarde, preséntate al comandante auditor del batallón que te va a orientar de cómo solicitar que el tiempo que serviste te sea de abono en el servicio militar obligatorio.

Salí de aquel despacho haciéndome la reflexión de que en el ejército había hombres a los que se podía mirar a los ojos y ver en ellos algún atisbo de comprensión con el sufrimiento ajeno.

Tal como me había indicado el capitán Gasset, fui a ver al comandante auditor que me había preparado el borrador de una instancia dirigida al Ministro del Ejército solicitando, al amparo del art. 52 de la Ley General del Servicio Militar, que el tiempo que serví como voluntario se me tuviera en cuenta para el servicio de reemplazo.

Durante los tres meses del periodo de instrucción, estuve en la oficina del batallón, pero al final de este periodo, una vez que se juraba bandera —por cierto, yo juré bandera dos veces—, se sorteaba a los reclutas para asignarles el destino definitivo. Mi destino fue el Grupo de Artillería Antiaérea Ligera 40/70, unidad de la que estaba al mando el Teniente Coronel D. Antonio Chaves Plá, padre de Manolo Chaves. Me alegró enterarme del destino porque me hice a la idea de que si Manolo le explicaba mi situación a su padre, este podría ayudarme de alguna forma al igual que lo había hecho el capitán Gasset, al que, por cierto, yo no conocía de nada y al que estuve eternamente agradecido. Manolo no quiso o no pudo, o quizás consideró que no serviría de nada hablar con su padre, y los meses que estuve en este destino fueron especialmente duros, en cierto sentido más duros que la privación de libertad.

En vísperas de la Navidad de 1970, el capitán Martín, que mandaba la batería donde yo estaba destinado en mi segunda mili, me llamó a su despacho:

—¿Da usted su permiso, mi capitán?

—Pasa.

Pasé aquella puerta y entré en el mismo despacho donde en otras ocasiones se me había amenazado con duras represalias si en el cuartel los mandos percibían los más mínimos comentarios relacionados con alguna actividad antifranquista. El capitán sentado tras su mesa, y yo en posición de firmes.

—Se te ha concedido lo que solicitaste para que el tiempo que estuviste prestando servicio como voluntario te sea tenido en cuenta en el Servicio Militar Obligatorio, Art. 52 de la Ley General del Servicio Militar.

El corazón aceleró mis pulsaciones. ¡Cuántas veces, a lo largo de aquellos meses, había soñado con aquella escena!

Hasta mi expulsión del ejército, mi Servicio Militar como voluntario había durado 19 meses. Ahora llevaba casi un año en la mili obligatoria. La suma de todo este tiempo sobrepasaba ampliamente la duración del Servicio Militar Obligatorio y, por lo tanto, debería ser licenciado, dando por concluida mi permanencia en el ejército.

—Mi capitán, a lo largo de todo el tiempo que he permanecido en el cuartel, nunca he tenido ni un solo día de permiso, ¿sería posible que, mientras llega la documentación oficial, me concediera usted unos días de permiso para poder pasar la Navidad en casa?

El capitán Martín me miró y asintió con la cabeza.

—Sí, te irás de permiso mientras llega tu cartilla militar.

Salí de aquel despacho feliz, el corazón me estallaba en el pecho y la cabeza me daba vueltas intentando asimilar lo que me acababa de ocurrir. Casi cuatro años desde que empezara el Servicio Militar, ahora ya todo había acabado. Atrás quedaba la Comisaría de la Gavidia, la detención por la Brigada Político-Social, los interrogatorios, la prisión militar, la cárcel, la segunda mili.

Llegué a mi casa y le di la sorpresa a mi madre; no se lo podía creer. Hecha un mar de lágrimas se me abrazó, casi no podía articular palabra. Me senté un rato con ella y, dejándola ya más tranquila, me fui a ver a Pilar, mi querida Pilar, que salía de trabajar a las dos de la tarde de la oficina de Sevillana de Electricidad en la Avenida de la Borbolla. A un lado de la puerta por la que se sale del patio interior a la calle, conteniendo la emoción y repitiéndome a mí mismo las palabras que le diría, la vi salir del edificio y caminar hacia la calle. Venía hablando con compañeras de trabajo y al llegar a donde yo estaba:

—Chiqui, me han licenciado.

Se me abrazó con todas sus fuerzas y nuestros labios se unieron en un beso interminable.

—Bueno, no me han licenciado aún, pero me han dado permiso hasta que llegue la cartilla verde.

Algunas de sus compañeras que presenciaban la escena la felicitaron efusivamente.

Una nueva vida comenzaba para nosotros. Queríamos casarnos pronto. Es cierto que éramos muy jóvenes, 22 años; Pilar no cumpliría 23 hasta marzo y yo hasta noviembre.

A primeros de enero llegó la tan ansiada cartilla verde; el capitán Martín me la entregó en su despacho. ¡Ahora sí, estaba licenciado del ejército!

Enseguida me puse a buscar trabajo.

Nos casamos el 28 de febrero y nos fuimos a vivir a un piso que habíamos alquilado en Bellavista.

Miguel Guillén habló con unos antiguos compañeros suyos de Siderúrgica que tenían un taller eléctrico en el Porvenir y me dieron trabajo.

Relato ahora un episodio que aconteció en Bellavista, con una de las muchas tiradas que hacíamos en aquella época, porque como se verá, tuvo una cierta incidencia en algo que ocurrió posteriormente.

El 14 de abril, en la UGT decidimos hacer una tirada de propaganda. En Bellavista la acción la haríamos Pilar, Manolo Martínez Ocón y yo. Manolo cenó en casa con nosotros y, tras una larga sobremesa, a las dos de la madrugada salimos a "sembrar" el barrio de octavillas. Nos organizamos de forma que Manolo y Pilar cubrirían una zona y yo otra. Salimos del bloque de pisos donde vivíamos y, apenas habían pasado dos minutos cuando vi, a unos 200 metros, a la pareja de la Guardia Civil. La visión resultaba casi siniestra: en la oscuridad de la noche, la

silueta de los dos guardias cubiertos con una capa, el tricornio y el "naranjero" al hombro. Enseguida me di cuenta que ellos también me habían visto a mí, yo estaba a unos cincuenta metros de una farmacia que había frente a la iglesia. Manteniendo la calma, fui hacia la farmacia para ver cuál de ellas estaba de guardia. Vi que era la de la calle Palomas, en el otro extremo del barrio.

Crucé la calle y, bordeando la iglesia, me dirigí hacia la calle Guadalajara. Entonces los oí: pasos que resonaban en el silencio de la noche y que yo sabía que serían ellos.

En una bocacalle los vi a mi izquierda, se pararon a mi altura. La noche era fría, yo llevaba una especie de cazadora larga y ancha que me permitía disimular, en torno al cuerpo, los paquetes de octavillas.

—Buenas noches. ¿Dónde se va a estas horas? ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives?

Yo sabía que me habían visto cuando miraba en la farmacia. Sin sacar las manos de los bolsillos de la cazadora, si las sacaba se caería algún paquete de octavillas, les dije mi nombre y dónde vivía.

—Voy a la farmacia de guardia a comprar un calmante para mi mujer, que tiene un fuerte dolor de muelas.

Los dos guardias se miraron y con la cabeza hicieron un gesto para que me fuera.

Caminando hacia la calle Palomas, en la Plaza de las Cadenas, arrojé las octavillas que llevaba debajo de los coches que

estaban allí aparcados. Llegué a la farmacia y compré el calmante que les había dicho a los guardias.

Volví hacia mi casa con la esperanza de que ojalá a Manolo y a Pilar no los hubieran visto. Llegué al portal del bloque y allí estaban los guardias. Les enseñé el calmante y se fueron. Subí las escaleras, abrí la puerta y allí estaban Pilar y Manolo. Ellos habían visto a los guardias cuando estos iban a mi encuentro, pero pudieron volver a casa sin ser vistos.

Para el 1º de Mayo, decidimos que en la UGT de Sevilla lo celebraríamos repartiendo en mano octavillas con un texto que exaltaba el Día Internacional del Trabajo. Los compañeros que, según ellos, constituían el Comité se opusieron, decían que era muy peligroso. Nosotros sabíamos que era peligroso, pero queríamos que la UGT estuviera ese día en la calle. Como alternativa nos propusieron que hiciéramos una "siembra" de octavillas la noche anterior debajo de los coches aparcados, es decir que repitiéramos lo que yo había hecho en Bellavista dos semanas antes, obligado por aquel encuentro con la Guardia Civil. Les dijimos que no y, llegado el día, un grupo de doce o catorce ugetistas, entre los cuales no se encontraba ninguno de los miembros del "Comité", al grito de ¡Viva el Primero de Mayo! ¡Viva la UGT!, en la calle San Luis, del barrio de la Macarena, iniciamos el reparto de las octavillas.

De una pequeña taberna salieron un grupo de cuatro o cinco hombres que, en lugar de coger los papeles que les alargamos, cogieron a algunos de nosotros por el brazo, eran guardias civiles de la brigadilla de información. Se formó una cierta refriega, pero no pudimos evitar que se produjeran algunas detenciones

y, como consecuencia de todo ello, la Brigada Político-Social fue a detenernos a algunos de nosotros.

A Miguel Guillén, José María García Márquez y a mí, la Organización nos encontró refugio en el convento de El Tempul, en Jerez de la Frontera.

Como la policía no me encontraba, fueron a buscar a Pilar a su centro de trabajo. Afortunadamente, una compañera de trabajo le avisó de que había dos policías que preguntaban por ella y pudo salir de la oficina antes de que la detuvieran. En un primer momento, contó con la inestimable ayuda de una buena amiga y compañera de trabajo que la alojó en su casa. A los dos días, a Pilar también la llevaron a El Tempul. Las monjas prepararon una "habitación de matrimonio", y allí pasamos una segunda luna de miel Pilar y yo.

La Brigada Social no se daba por vencida y seguía buscándome intensamente. No habían podido detener a mi mujer, así que fueron a casa de sus padres. Querían que ellos les dijeran dónde estábamos. Para presionar a Pilar madre, la metieron en un coche camuflado de la policía y, mientras circulaban y hacían paradas de vez en cuando, Pilar tuvo que escuchar el relato despectivo que sobre mí le hacía un policía de la Social, del que no sabíamos su nombre pero que conocíamos por el "rubio de los ojos saltones". Pilar aguantó todo aquello hasta que, al cabo de dos horas, volvieron a llevarla a su casa.

Con cuánto orgullo nos contaría después este episodio:

—Pasé mucho miedo, pero no lloré.

Casi terminaba ya el mes de mayo y Pilar, aún a riesgo de ser detenida, tuvo que dar por concluidas las vacaciones que había pedido para atender un asunto familiar. Ella volvió a Sevilla y a José María, a Miguel y a mí nos llevaron a la casa que un compañero tenía en la sierra de Huelva y en la que estaban ya los hermanos Luis y Fernando Tejeiro, y Alberto Marina.

AÑOS DECISIVOS PARA LA IMPLANTACIÓN DE LA UGT EN SEVILLA

La huelga de Siderúrgica Sevillana supuso, sin duda, un antes y un después para la UGT de Sevilla.

La incorporación de Miguel Guillén y los compañeros de Siderúrgica fue solo el inicio de una importante expansión en la afiliación. En esta época, se empezaron a unir a nuestras filas dirigentes de los trabajadores de grandes empresas de Sevilla.

Pilar Gordón dirigiéndose a una Asamblea de trabajadores de Sevillana de Electricidad
(UGT Sevilla)

En la Compañía Sevillana de Electricidad, Pilar Gordón, militante del grupo de Juventudes de Triana, había sido la única ugetista hasta que se le unió otra compañera de Triana, Tere Rodríguez Mora, que fue despedida por su actividad sindical. Se unieron también a UGT Faustino Díaz, Paco Peñalver, Javier Soto y un grupo de dirigentes que ellos lideraban. La sección sindical que se formó fue el embrión de la que sería la importante Federación Estatal de la Energía, federación que lideraría Paco Peñalver, que fue su primer Secretario General.

Faustino Díaz, que enseguida se convirtió en uno de los pilares de la organización en Sevilla, sería elegido el primer Secretario General de la UGT de Andalucía cuando esta se constituyó, y Javier Soto sería, por su parte, elegido Secretario General de UGT Sevilla.

En Fasa Renault, Ramón Rueda y José Antonio García; en Construcciones Aeronáuticas, Manolo Martín Tenorio y Rafael Blanco; en Astilleros, Lele Pineda; en Hytasa, Joaquín Portillo; en banca, la inicial presencia de Manolo Peñalosa "Andrés" y Encarna Quintero se fue ampliando con la incorporación de compañeros del Banco Central, el Andalucía, el Hispano Americano y las Cajas de Ahorro. Especial relevancia tuvo la incorporación de Sebastián Galera, dirigente de los trabajadores del Banco Hispano Americano, que años más tarde, ya en la legalidad democrática, sería Secretario General de la UGT de Sevilla. Sebastián Galera es, sin duda, una de las personas con mayor calidad humana que he conocido a lo largo de mi vida.

Enrique Martínez Lagares, líder indiscutible de los trabajadores de Uralita, se unió a nuestras filas junto a los entrañables Torcuato y Manolín Castro.

Chari Montenegro, militante desde los primeros tiempos del grupo de Juventudes Socialistas de Triana, se consolidó como una excelente dirigente sindical y fue implantando el sindicato entre las trabajadoras de la limpieza.

En la huelga de la construcción, Manolo Barco había conocido a un joven oficial, extraordinario profesional a pesar de su juventud, que enseguida fue receptivo a los planteamientos de Manolo. Pepe Martín Albarrán se incorporó a las Juventudes Socialistas y a la UGT, como "David", con lo que llamábamos entonces el "nombre de guerra", y fue un magnífico dirigente en el sector de la construcción.

La mayoría de estos compañeros tenían en común que eran enlaces o jurados de empresa del sindicato vertical y, como es sobradamente conocido, la UGT mantenía una estrategia de boicot activo al sindicato del régimen que se concretaba en la no participación en las elecciones sindicales. Ahora bien, en los compañeros que siendo enlaces o jurados se incorporaban a la UGT, se daba la circunstancia de que cuando participaron en las elecciones no eran militantes de UGT.

En esta época conocí a Pepe Rodríguez de la Borbolla. Militaba él entonces en el Partido Socialista Popular, partido que lideraba D. Enrique Tierno Galván. Coincidimos en una reunión celebrada en los Salesianos de la Trinidad, donde yo representaba

a UGT, Eduardo Saborido a CC.OO., y Pepe a Comisiones Obreras Democráticas. Más tarde se incorporaría a UGT y fue un destacado militante de la FETE.

DESENCUENTRO ENTRE LOS JÓVENES TRABAJADORES QUE NOS INCORPORAMOS AL SOCIALISMO EN SEVILLA Y LA DIRECCIÓN DEL PSOE

Felipe González y Alfonso Guerra lideraban el grupo que en Sevilla estaba reconstruyendo el PSOE. Enseguida ese liderazgo empezó a hacerse patente en todo el Partido y ellos pensaban que el núcleo de Sevilla tenía que ser una piña.

Todo el grupo inicial eran universitarios, sus relaciones no eran solo orgánicas o políticas, eran amigos. Nosotros éramos unos extraños para ellos, jóvenes trabajadores, prácticamente sin formación académica y con un afán de enfrentarnos a la dictadura, aun a costa de asumir riesgos para nosotros y nuestras familias. Tanto Felipe como Alfonso consideraban que nuestra incorporación a las filas socialistas podría acarrearles algún tipo de problema en su grupo de Sevilla. Además, desde el punto de vista político, aunque no lo manifestaran de forma abierta, tenían una cierta concepción "leninista" de las relaciones partido-sindicato. Aunque no creo que llegaran a considerar que, tal como lo había formulado Lenin, el sindicato debía reconocer el liderazgo espiritual del partido, sí estoy seguro de que pensaban que la UGT debía estar, al menos, tutelada por el PSOE.

Nosotros, por el contrario, sin renunciar al socialismo, éramos firmes defensores de la autonomía sindical, tanto en lo orgánico como en lo estratégico.

Defendemos la autonomía del sindicato en relación con el partido desde una doble perspectiva; de un lado, la práctica de la lucha diaria. Es cierto que esos años se caracterizaban porque toda la acción, tanto política como sindical, estaba imbuida por la lucha contra el franquismo y por las libertades. Sin embargo, en Europa esto no ocurría. En Francia, en Alemania, en Escandinavia, los sindicatos eran los sindicatos y los partidos eran los partidos. Sabíamos que la Dictadura acabaría más pronto que tarde y que los partidos políticos, singularmente el PSOE, estarían llamados a jugar un papel en la sociedad española que no siempre coincidiría con el de los sindicatos.

Frente a esta concepción de las relaciones partido-sindicato, nosotros compartíamos la tesis de André Gorz:

> *"La lucha sindical reviste inevitablemente un contenido político, pues es evidente el lazo entre la situación de los trabajadores en los lugares de trabajo y la organización de la sociedad, entre las exigencias específicas de los trabajadores y las condiciones económicas, políticas, sociales para satisfacerlas. Por eso, hay que rechazar con intransigencia toda tentativa de subordinar el sindicato a los partidos, de limitar o disciplinar su autonomía reivindicativa, de someter su acción a criterios objetivos como la coyuntura económica, la evolución de la productividad, de la producción o de las ganancias… Y esta defensa intransigente de la autonomía reivindicativa debe ser incondicional y permanente, cualquiera que sea el color político del gobierno, cualesquiera que sean el tipo y los objetivos de la planificación económica."* (André Gorz. *Estrategia Obrera y Neocapitalismo*).

Esta defensa a ultranza de la autonomía sindical nos llevó, como explicaré más adelante, a plantear propuestas de resoluciones en el XXX Congreso de la UGT que nos acarrearon un profundo desencuentro con la dirección del sindicato.

Todo esto generó una honda desconfianza hacia nosotros, que les llevó incluso a no reconocer la dirección que los compañeros de UGT Sevilla habían elegido y reducirla a lo que ellos llamaban "grupo de trabajo". La dirección del PSOE se arrogaba también la dirección de la UGT y monopolizaba todas las relaciones con la Dirección Nacional.

A pesar de desarrollar nuestra tarea en un contexto orgánico muy difícil, los jóvenes que cuatro o cinco años antes nos habíamos incorporado a la "familia Socialista" y que habíamos constituido dos grupos, uno en Triana y otro en Ciudad Jardín, estábamos consiguiendo estructurar una organización que retomara los valores del sindicalismo socialista entre el movimiento obrero sevillano. Cierto es que no éramos los únicos socialistas que acometíamos esta tarea, había una importante presencia de los compañeros vinculados a la dirección del PSOE, sobre todo en la FETE, pero la iniciativa interna y externa la teníamos nosotros.

Como una imagen vale más que mil palabras, traigo aquí a colación la muy conocida "foto de la tortilla" en la que, como es sabido, aparecen algunos de los dirigentes del PSOE de Sevilla, entre ellos Felipe González.

La foto es ampliamente conocida y ha aparecido, en no pocas ocasiones, como imagen de la reconstrucción del socialismo sevillano. Lo que no es conocido es que los compañeros y compañeras

que aparecen se fueron a esos pinares a una comida campestre para "consolarse" del resultado de una asamblea de la UGT de Sevilla que habíamos celebrado en una nave que tenía Paco Palomino, cuñado de Felipe, en un polígono industrial. Asamblea en la que habían perdido, frente a nosotros, todas las votaciones.

La UGT de Sevilla empezaba a ser una organización con una cierta relevancia, tanto a nivel interno como externo.

Foto de la tortilla. 1974 (Fundación Felipe González)

LA CASA DE LA ALAMEDA DE HÉRCULES

En este contexto de crecimiento de la UGT nos planteamos la necesidad de dotarnos de una "sede" que nos permitiera desarrollar una actividad que ya no se limitaba a reuniones clandestinas de un grupo de jóvenes que nos empeñábamos en subvertir el orden. Cada vez eran más frecuentes los encuentros con trabajadores que planteaban cuestiones relacionadas con sus convenios o condiciones de trabajo.

Obviamente, no podíamos alquilar un local directamente como UGT, estábamos todavía en plena clandestinidad, de hecho Manolo Guardia y Alberto Marina, dos de nuestros militantes más activos, fueron detenidos y Alberto brutalmente torturado en 1975. Necesitábamos enmascarar nuestra actividad con alguna cobertura legal.

Con objeto de que la continua entrada y salida de trabajadores pudiera percibirse como algo que no llamara la atención, le pedimos a José Cabrera Bazán, catedrático de Derecho del Trabajo de la Universidad de Sevilla y un socialista cabal, que alquilara a su nombre una casa que habíamos encontrado en la Alameda de Hércules para establecer en ella un despacho laboralista. Pepe Cabrera accedió a ello y así fue como la UGT volvió a tener una sede en Sevilla en el mismo barrio donde la tuvo durante la República.

Pepe Romero con Miguel Guillén en la primera "Casa del Pueblo" en la Alameda de Hércules (UGT Sevilla)

Para nosotros esto tenía un significado especial. De alguna forma recogíamos el testigo de Alberto Fernández Ballesteros, de Ángel Carrasco Norlasco y de tantos otros que hicieron de esta Casa en la calle Santa Ana 11, un lugar de encuentro entre socialistas que trascendía al carácter de sede de los sindicatos adheridos a la UGT.

XV CONGRESO DE JUVENTUDES SOCIALISTAS

Las Juventudes Socialistas celebraban su XV Congreso Ordinario en París y los compañeros y compañeras de Sevilla me eligieron para que los representara.

Obviamente, tenía que viajar a París y con mis antecedentes (cárcel, prisión militar, expulsado del ejército, condenado por el TOP), el Régimen no me permitía salir al extranjero. Había que pasar la frontera de Francia de manera clandestina.

Salí de Sevilla y viajé a San Sebastián en tren; enseguida me dirigí a casa de Enrique Múgica. Toqué en la puerta y me abrió una mujer joven:

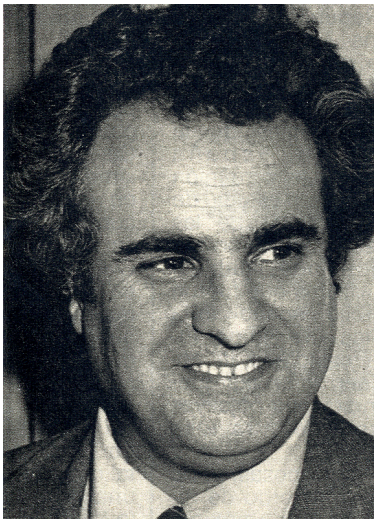
—Buenos días. Vengo a ver a Enrique Múgica.

—Me dices tu nombre.

—Soy Pepe Romero.

—Tu DNI, por favor.

—Gracias, soy Tina, la mujer de Enrique.



Enrique Múgica Herzog
(Archivo Fotográfico FPI)

Una vez comprobada mi identidad Tina me invitó a pasar y llamó a Enrique.

Enrique me saludó muy afablemente, pasamos a su despacho y me impresionaron sobremanera las estanterías repletas de libros. Se sentó y me invitó a que también me sentara al otro lado de la mesa:

—Para pasar a Francia hay dos formas, me dijo. Una con el correspondiente pasaporte, no es tu caso. Otra con un pase de 24 horas. Este pase es el sistema utilizado por las personas que pasan esporádicamente a Francia. Así cruzarás tú la frontera. Te voy a dar dos pases: el primero, con fecha de mañana, lo presentarás en la aduana de Irún y te servirá para salir. Ese mismo pase tendrías que presentarlo pasado mañana para volver a entrar en España dentro de las 24 horas. Tú te lo guardas por si te lo piden en el tren a París la policía francesa. Te voy a dar también un segundo pase sellado con fecha de salida de España para dentro de seis días. Este es el que te servirá para volver a entrar en España por la frontera de Irún dentro de siete días. Cuando lo presentes en la frontera, para los gendarmes franceses y para la policía española habrás salido el día anterior.

Es muy importante que no te pongas nervioso, son muchas las personas que utilizan este sistema de pase de 24 horas y para

los funcionarios españoles y franceses tú serás solamente una más de esas personas.

—Otra cosa, cuando llegues a la estación de Hendaya, va a estar allí un muchacho al que identificarás porque lleva una revista Cambio 16 en la mano izquierda, es un compañero de las Juventudes de aquí que va a viajar contigo hasta París.

Múgica, me acompañó hasta la puerta y me despidió con un abrazo.

Aquella noche me costó algo dormir. Tumbado en la cama del hostal, pensaba en lo que viviría al día siguiente. Aunque Enrique me había transmitido mucha confianza en cómo pasaría la frontera, no podía evitar que se me hiciera un nudo en el estómago.

Por la mañana, tras haber dormido cuatro o cinco horas, desayuné y enseguida subí a un autobús que me llevaría hasta Irún. En la aduana, tal como me había explicado Enrique, unas decenas de personas hacían cola para ir presentando sus pases de 24 horas. Cuando me llegó el turno, presenté mi pase y el funcionario ni siquiera levantó la vista para mirarme. Cien metros más adelante ya estaba en Francia.

Entré en la estación de Hendaya y busqué con la mirada. Efectivamente, allí estaba un joven que respondía a la descripción que me había hecho Enrique y que tenía bajo su brazo izquierdo una revista *Cambio 16*.

—Hola, soy Pepe Romero.

José María Benegas Haddad. Txiqui
(Real Academia de la Historia)

—Hola, soy Txiqui Benegas.

Viajé con Txiqui hasta París, me presenté ante la Comisión de Credenciales y me incorporé a las tareas del Congreso.

Por primera vez participaba en el congreso de una organización socialista. Todo era nuevo para mí. Los compañeros del exilio se manejaban con soltura, pero a mí las intervenciones que más me impactaron fueron las de dos compañeros del interior: José Ángel Lozoya, un compañero de Valencia que fue elegido Presidente del Congreso, y Enrique Moral Sandoval, de la delegación de Madrid que hizo un extraordinario análisis de la situación política de España. Entre los invitados internacionales que dirigieron un saludo al Congreso, pude escuchar al líder de los socialistas portugueses, Mario Soares.

XII CONGRESO DE LA UGT

En agosto de 1973, se celebraba en Toulouse el que a la postre sería el último congreso de la UGT en el exilio, el XII Congreso. Los compañeros de la UGT de Sevilla me eligieron para que los representara en el Congreso. Cuál no sería mi sorpresa cuando al presentarme ante la Comisión de Credenciales me dicen que ya se ha acreditado un compañero que ostentaba esta representación. Pregunté de quién se trataba, por el nombre no lo

conocía. Voy a verlo y me resultó absolutamente desconocido, no lo había visto en mi vida. Le pregunté que quién era, cómo es que decía representar a la UGT de Sevilla si allí no lo conocíamos y me dijo que lo había enviado al Congreso Alfonso Guerra. Indignado fui a ver a Nicolás Redondo Urbieta. Nico, después de escuchar mis argumentos, me avaló personalmente ante la Comisión de Credenciales y pude incorporarme a las tareas del Congreso y ser uno de los delegados que tuvo el honor de elegir a Nicolás Redondo como líder de la Unión General de Trabajadores.

La muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975, nos sorprendió cuando, en Cebesa, estábamos en plena negociación del convenio colectivo. En el comité de empresa decidimos que seguiríamos adelante con la negociación del convenio y seguiríamos convocando movilizaciones que presionaran a la dirección de la empresa y a la Delegación de Trabajo. Una mañana, cuando los más de 600 trabajadores que integrábamos la plantilla, acompañados además por compañeros y compañeras de otras empresas que se solidarizaban con nosotros, nos dirigimos en manifestación hacia la Plaza de España, donde estaba la Delegación de Trabajo, la policía nos cortó el paso y un compañero vino a avisarme de que había oído cómo, desde la radio de uno de los coches policiales, se daban instrucciones a los agentes para que detuvieran a José María Romero. Todo fue muy rápido; los policías de la Social que de paisano vigilaban la manifestación me tenían perfectamente localizado. Inmediatamente dos de ellos se dirigieron hacia mí y me detuvieron.

Otra vez esposado, otra vez a la Gavidia. Los interrogatorios en esta ocasión fueron de puro trámite. En realidad, el único

interés que tenían los represores, era que se desconvocara la huelga y que, en la mesa negociadora del convenio, aceptáramos las propuestas de la empresa.

Los compañeros mantuvieron la huelga y añadieron a las reivindicaciones del convenio la exigencia de mi puesta en libertad.

Me mantuvieron en los calabozos de la Gavidia tres días y tres noches hasta que me llevaron ante el juez de guardia que decretó mi libertad. Especialmente emotivo fue el reencuentro con los compañeros, acompañado de Pilar, quien a la sazón estaba embarazada de nuestro tercer hijo, en una asamblea improvisada a las puertas de la fábrica.

XXX CONGRESO DE LA UNIÓN GENERAL DE TRABAJADORES

Los días 20 y 21 de diciembre de 1975, la Comisión Ejecutiva de la UGT celebró una reunión en Bayona (Francia). El punto séptimo del orden del día se refería a la convocatoria del XIII Congreso. La Comisión Ejecutiva acordó su celebración los días 16, 17 y 18 de abril de 1976 en Bruselas.

A finales de año, los organismos de la UGT y los miembros del Comité Nacional recibimos la Circular nº 24 de la Comisión Ejecutiva, en la que se nos comunica la convocatoria en Bruselas del XIII Congreso Ordinario de la UGT, de los celebrados fuera de España.

El día 21 de febrero, la Comisión Ejecutiva vuelve a reunirse en Bayona. Tras un amplio debate y tras escuchar la opinión

de Nicolás, que presidía la reunión, se acuerda proponer a los organismos y afiliados que el lugar de celebración del Congreso sea Madrid. El XIII Congreso en el Exilio se convertiría así en el XXX Congreso de la Unión General de Trabajadores de España.

En la UGT de Sevilla acogimos con entusiasmo la propuesta de la Comisión Ejecutiva. La UGT volvía a Madrid.

La Unión General de Trabajadores era un sindicato tradicional; la afiliación formal se producía previa solicitud expresa de la persona que mostraba su deseo de incorporarse a la organización. Formalmente, la UGT de Sevilla acreditaría para asistir al congreso una afiliación de algo más de 60 compañeros y compañeras. Sin embargo, su influencia, tanto interna como externa, superaba con creces este número. Ya he señalado anteriormente la expansión que se produjo tras la huelga de la Siderúrgica.

Las semanas previas al Congreso se produjo un amplio debate en el seno de la UGT de Sevilla.

Dos eran las cuestiones que queríamos llevar al Congreso:

– En el ámbito orgánico que los estatutos recogieran la "incompatibilidad de cargos" entre el sindicato y cualquier partido político.

Realmente, se trataba de una propuesta radical, así era como nosotros queríamos que el sindicato concretara la autonomía sindical. Contemplándola con la perspectiva de los años, seguramente no estaba planteada adecuadamente. Era evidente que

la autonomía sindical, tal como la había formulado André Gorz y que nosotros habíamos asumido, era un concepto bastante más profundo. Para entender la razón que nos llevó a materializar de forma tan rotunda una propuesta de esta naturaleza, hay que tener en cuenta que estábamos muy influidos por lo que, en la práctica cotidiana, nos había venido ocurriendo, enfrentándonos continuamente a un profundo desencuentro con la dirección del PSOE de Sevilla. Además, éramos testigos de la influencia de la dirección del Partido Comunista en CCOO, y aunque esto último se debiera a una concepción leninista de las relaciones partido-sindicato que no compartían los dirigentes socialistas, queríamos que quedara negro sobre blanco que el hecho de que la UGT fuera un sindicato socialista no significaba, en modo alguno, que tuviera que ser un reflejo del Partido en el seno del Movimiento Obrero.

– La segunda cuestión sobre la que queríamos que el Congreso se pronunciara era sobre "La Unidad de Acción".

Este era un asunto delicado; aunque la UGT, a medida que había ido creciendo en influencia en el interior de España, había ido desarrollando un cierto acercamiento a otras expresiones sindicales, todavía estaba muy influida por los compañeros del exilio que, por una parte, arrastraban una profunda desconfianza hacia todo lo que tuviera que ver con el Partido Comunista, y, por otra, no estaban en el día a día de la acción sindical en las empresas. Cierto es que en los últimos meses se había producido un importante giro en la política de alianzas del sindicato.

Las centrales sindicales históricas UGT y CNT habían constituido un Comité de Enlace en Toulouse, en 1944. Esta iniciativa

dio origen, en mayo de 1961, a que se creara también en la ciudad francesa del exilio español, la Alianza Sindical Española (ASE), que quedaría definitivamente formada por UGT, CNT y STV, el sindicato afín a los nacionalistas vascos.

En lo que concierne al Movimiento Obrero, los años 60 del siglo XX se van a caracterizar en España por la promulgación, en 1958, de la Ley de Convenios Colectivos, por el desarrollismo de los años sesenta y el traslado masivo de trabajadores desde el ámbito rural a las ciudades. Se empieza a producir un cambio en las relaciones de trabajo.

Para nosotros, en la realidad del día a día, de nuestra lucha antifranquista y por la mejora de las condiciones de trabajo, era bastante evidente que la tradicional política de alianzas de la UGT ya no servía.

En el colegio de Salesianos de Triana se celebró la asamblea que habría de elegir a los compañeros y compañeras que integrarían la delegación de la Unión Provincial de Sevilla al XXX Congreso de la UGT.

Sometida a votación la composición de la mesa que dirigiría la Asamblea, fue elegido Presidente Miguel Guillén.

Miguel se dirigió a los asistentes con su brillante oratoria habitual, poniendo de manifiesto la importancia del acto que íbamos a celebrar y la tarea histórica que abordaría la delegación elegida al participar en el primer congreso de una organización obrera que se celebraría en Madrid desde el derrocamiento de la II República.

Amador López, miembro también de la mesa, leyó el procedimiento que se seguiría, tanto para debatir y aprobar las ponencias, como para la elección de la delegación.

Las ponencias, tanto en materia organizativa como en política sindical, fueron aprobadas por una amplia mayoría.

Como el número de compañeros y compañeras que querían formar parte de la delegación superaba ampliamente los 22 que deberían formarla, la mesa decidió que se haría una votación secreta. Cada uno de los participantes en la asamblea pondría un máximo de 22 nombres en la papeleta de votación. Quien obtuviera el mayor número de votos encabezaría la delegación y a continuación se conformaría la lista de delegados y delegadas siguiendo el orden de votos obtenidos.

DELEGACIÓN DE LA UNIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
AL XXX CONGRESO DE UGT

NOMBRE	EDAD	PROFESIÓN
José María Romero Calero	27	Construcción
Manuel Burgos Millán	32	Construcción
Amador López Muñoz	25	Construcción
José Mª García Márquez	26	Sanidad
Faustino Díaz Fernández	29	Electricidad
Francisco Peñalver Rodríguez	29	Electricidad
Miguel Guillén Márquez	34	Metal
Manuel Guardia Delgado	26	Metal
Manuel García Bravo	28	Metal
Javier Soto Chazarri	29	Electricidad
José Martínez	30	Transporte
Manuel Espina	27	Construcción
Félix Montero	26	Derecho
Damián Roldán Arjona	27	Metal
Manuel Peñalosa	25	Banca
Encarna Quintero	23	Banca
Enrique Fernández	26	Metal
Mari Carmen Martínez Ocón	25	Sanidad
Rafael Muñoz "Tom"	29	Comercio
José Rodríguez de la Borbolla	29	Enseñanza
Carmina Fuertes	28	Enseñanza

Viajamos a Madrid con una ilusión inmensa; de toda la delegación era yo el único que había participado en anteriores congresos de la UGT celebrados en el exilio. Fuimos llegando a Madrid en coches, acompañados por compañeros y compañeras que, no queriendo estar ausentes del hito histórico que viviría la UGT y no pudiendo formar parte de la delegación por

la limitación de representantes que la integraban, asistieron al Congreso como invitados.

"Andrés", nuestro querido Manolo Peñalosa, que había mantenido el "nombre de guerra" de la clandestinidad y que se ocupaba de las tareas de administración de la Unión Provincial, fue el encargado de la interlocución con la organización a efectos logísticos.

Por fin, el día 15 de abril de 1976, en el restaurante Biarritz quedó constituido el XXX Congreso de la Unión General de Trabajadores de España.

La delegación de Sevilla estaba eufórica. El día anterior habíamos estado explicando a algunos compañeros de otras delegaciones, con los que manteníamos una cierta afinidad, nuestras posiciones: Jesús Prieto y Elena Vázquez, de Madrid, y Baldomero Lozano de León. Y ahora ya, sentados en nuestros asientos, mirándonos unos a otros, con el corazón latiendo fuerte en nuestros pechos y siendo testigos de la emoción de compañeros y compañeras del exilio que volvían a Madrid, comenzamos las tareas del Congreso.

Se eligió la mesa. El Congreso lo presidiría el compañero Ramón Rubial, qué inmenso honor para nosotros ser presidido por el compañero "Pablo". Como Vicepresidente fue elegido el compañero Luis Gómez Llorente.

Abierta la primera sesión, pedí a la mesa la palabra para presentar una "cuestión previa".

—Pepe, ¿cuál es la cuestión previa? Me pregunta Luis desde la mesa del Congreso.

Nervioso y emocionado por dirigirme a los compañeros y compañeras en nombre de la delegación de Sevilla, les anuncié nuestra intención de proponer al Pleno que, dado que el nuestro es el primer Congreso obrero que se celebra en España después de la Guerra Civil, se invite a otras organizaciones sindicales, concretamente CCOO, CNT y USO, a que trasladen un saludo al Congreso.

La mesa deliberó unos minutos:

—Siguiendo la práctica habitual de nuestros congresos, la Mesa ha decidido abrir un turno a favor y otro en contra de la propuesta de la delegación de Sevilla. En contra intervendrá, en nombre de la Comisión Ejecutiva, el compañero Pablo Castellano. A favor, en nombre de la delegación de Sevilla, el compañero Pepe Romero.

Así fue como intervine ante el Pleno del Congreso, haciendo un alegato en un doble sentido. En primer lugar, poniendo de manifiesto el carácter histórico del acontecimiento que estábamos viviendo y que sería de justicia compartirlo, de alguna manera, con compañeros y compañeras sindicalistas con los que teníamos claras diferencias, pero con los que nos había unido también la lucha por las libertades.

En segundo lugar, si queríamos crear en el inmediato futuro un clima de unidad de acción, sería bueno ir estableciendo algunas bases.

Pablo Castellano intervino en contra y, una vez concluido su discurso, Luis Gómez Llorente, que presidía la sesión, sometió a votación nuestra propuesta. El Congreso, por mayoría, la apoyó y, una vez cursadas las correspondientes invitaciones, Julián Ariza por CCOO, Mariano Espúñez por USO y José Fargas, de Solidaridad de Obreros Catalanes, dirigieron un saludo al Congreso.

Esa primera votación la ganamos, nos abrazamos emocionados. Una pequeña delegación, liderada por un grupo de jóvenes que apenas diez años antes se habían empeñado en reconstruir la UGT en Sevilla, habíamos conseguido que el Congreso hiciera suya nuestra propuesta.

Enseguida se iniciaron las tareas del Congreso. Nuestro interés se centraba en la ponencia de estatutos y en la de política sindical.

En la primera, la que se ocuparía de elaborar los estatutos que regirán el funcionamiento de nuestro sindicato, nuestro portavoz sería el compañero Faustino Díaz. En la segunda, la ponencia que abordaría la adecuación de las estrategias de la UGT en los cruciales años que se avecinaban para el movimiento obrero, el portavoz de la delegación sería el compañero José María García Márquez, "Serafín".

Faustino, en los trabajos de la ponencia, hizo una brillante defensa de la autonomía sindical y de la incompatibilidad de cargos entre las direcciones del sindicato y las de los partidos políticos.

Al término del Congreso, los textos que se aprobaron, recogían:

> Resolución Política, EL SINDICATO QUE PROPUGNAMOS. Punto 3, apartado c) "*la autonomía del sindicato en relación con la patronal, el Estado y los partidos políticos*".
>
> Resolución de Organización y Estatutos COMPATIBILIDAD DE CARGOS. Punto 4 "*El Congreso ha rechazado las proposiciones que pedían la incompatibilidad de cargos de la U.G.T con los de organizaciones políticas*".

Aunque la incompatibilidad de cargos fuera expresamente rechazada y no apareciera recogida en los estatutos, el tiempo y la práctica sindical pusieron de manifiesto la imposibilidad de asumir tareas de responsabilidad política y sindical al mismo tiempo. La dimisión, años después, como diputados socialistas de Nicolás Redondo y Antón Saracíbar, fue sin duda el acontecimiento más evidente en este sentido.

En la Ponencia Política, que tenía que abordar la estrategia del sindicato, José María García tuvo un papel muy destacado, que se vio reflejado en la Resolución Política que aprobó el Congreso. Particularmente en el punto 1) SITUACIÓN ACTUAL, donde se hacía un acertado análisis de la situación social, económica y política de España, y los puntos 4) UNIDAD SINDICAL y 5) ALIANZA CON OTRAS FUERZAS SINDICALES.

En definitiva, la participación de la delegación de Sevilla en el XXX Congreso fue muy relevante.

No quiero cerrar estas líneas dedicadas al XXX Congreso sin mencionar un hecho que se produjo cuando Faustino estaba defendiendo ante el pleno el voto particular en relación con la incompatibilidad de cargos. El compañero Arsenio Jimeno, dirigente histórico de la UGT y del PSOE, calificó la intervención de Faustino como la defensa de "tesis fascistas". Estas palabras produjeron en la delegación de Sevilla una fuerte indignación que se tradujo en una ruidosa protesta, ocasionando la suspensión momentánea de la sesión. Solo la mediación de Luis Gómez Llorente, que hizo subir a la tribuna a Arsenio Jimeno y a mí mismo, propició que, tras la petición de disculpas por su parte, Jimeno y yo nos diéramos un abrazo y el asunto quedó zanjado.

La delegación, los compañeros y compañeras que nos habían acompañado y asistieron al Congreso como invitados, volvimos a Sevilla eufóricos. La UGT de Sevilla era respetada por la organización del sindicato y, en cierta forma, tomada como referente en aspectos importantes del quehacer sindical.

Sin embargo, había algo que nos preocupaba, singularmente a la dirección provincial. El desencuentro que desde hacía tiempo se había venido produciendo entre nosotros y la Ejecutiva Nacional, ahora se había agravado. En modo alguno queríamos que se nos considerara una organización minoritaria en el seno de la UGT de España. Enseguida, en el Comité Provincial, nos pusimos a considerar como podíamos afrontar esta situación.

Por un lado, nos propusimos que compañeros de Sevilla, dirigentes destacados en el ámbito de sus respectivas federaciones de industria, fueran asumiendo tareas de dirección en estas federaciones. Así se fue concretando la asunción de secretarías

generales de importantes federaciones nacionales por compañeros de Sevilla. Paco Peñalver, en Energía; Rafael Muñoz "Tom", en Comercio; y Manolo Burgos, en Construcción. También jugaron un papel muy importante Miguel Guillén en Metal; José María García, en Sanidad; y Manolo Bonmati en Hostelería.

Por otro lado, queríamos tener un gesto que nos acercara a Nicolás. Desde que iniciamos nuestra militancia en UGT habíamos considerado a Nicolás Redondo como nuestro referente y siempre le apoyamos como Secretario General, en los congresos del exilio y ahora en el que acabábamos de celebrar. En España se vivía, en esta primavera de 1976, una etapa de tolerancia y el XXX Congreso nos había señalado el camino: había que ir conquistando espacios de libertad.

En mayo, en una reunión del Comité Provincial, propuse a los compañeros y compañeras que organizáramos un acto público en el que Nicolás Redondo se dirigiera a los trabajadores de Sevilla. Sería el primer acto público de Nicolás como Secretario General de la UGT de España. Una vez aprobada la propuesta, nos dirigimos a la Ejecutiva Federal, haciéndole saber nuestra intención de celebrar este acto, que se concretaría en Dos Hermanas, en las instalaciones de la Peña Bética.

Yo trabajaba entonces en Cerámica Bellavista (Cebesa), y decenas de compañeros y compañeras de la fábrica se consideraban ya ugetistas. Alguno de estos compañeros, en particular Pepe Guisado, era directivo de la Peña y trasladó nuestra propuesta a la Junta Directiva. Esta la aceptó y, el sábado 19 de junio, acogidos entre los muros solidarios de la sede bética, Nicolás

Redondo, acompañado de los compañeros de la Comisión Ejecutiva Antonio García Duarte, Manolo Chaves y Manolo Garnacho, se dirigió a los trabajadores y a las trabajadoras de Dos Hermanas y, a través de ellos de toda España, explicando el Pasado y el Futuro de la UGT.

Portada de la revista Unión dedicada a la visita de Nicolás Redondo a Dos Hermanas para hablar a los trabajadores del pasado, presente y futuro de la UGT.
Sevilla, julio de 1976

Pepe Romero, Manolo Garnacho y Nicolás Redondo en el acto en Dos Hermanas
(Revista Unión, julio de 1976)

La celebración del XXX Congreso en el interior había resultado un rotundo éxito. Cientos, miles de trabajadores de toda España se acercaban a nuestras filas. Para la UGT de Sevilla tuvo especial relevancia la incorporación de un grupo de compañeros que militaban políticamente en la Liga Comunista y que estaban liderados por Miguel Manaute Humanes, dirigente de Arahal y hombre de extraordinaria valía humana, política y sindical.

La Federación de Trabajadores de la Tierra (FTT) estaba dirigida, en nuestra provincia por Julián Chía, de La Rinconada, en el ámbito de los jornaleros, y Felipe García Chaparro, de Villaverde del Río, en el de los pequeños agricultores. La incorporación de Miguel Manaute supuso un hito importante para el crecimiento de la FTT, sobre todo en las comarcas de Osuna y la Sierra Sur. Los tres, Julián Chía, Felipe García Chaparro y Miguel Manaute, siguiendo la senda que marcara en la II República el dirigente de la FTT Alberto Fernández Ballesteros, asumirán posteriormente responsabilidades políticas en el Congreso de los Diputados, en la Junta de Andalucía y en el ámbito municipal.

Miguel Manaute dirigiéndose a los asistentes a un acto convocado bajo el lema "NO HAY LIBERTAD SINDICAL CON SINDICATO VERTICAL". Junto a él, de izquierda a derecha, Antonio García Duarte, José María García y Paco Vélez (UGT Sevilla)

LA COORDINADORA DE ORGANIZACIONES SINDICALES (COS)

A primeros de abril de 1976, en el Comité Nacional se nos había informado que la Comisión Ejecutiva mantendría una reunión con las direcciones de USO y CCOO para preparar la celebración del 1º de Mayo y explorar la posibilidad de crear una Coordinadora Sindical.

Fruto de estas conversaciones, a mediados de junio, las tres centrales firmaron un comunicado conjunto anunciando la creación de una Coordinadora de Fuerzas Sindicales.

El día 22 de julio, UGT, CCOO y USO deciden la constitución de la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS).

Este acuerdo fue saludado con entusiasmo por la UGT de Sevilla. Así se empezaba a hacer realidad nuestra idea sobre la unidad de acción.

El otoño se presentaba conflictivo. Apenas habían pasado diez años desde que comenzamos a reconstruir la UGT y ahora, aquel grupo de jóvenes que había madurado bajo la lucha antifranquista, que habíamos conocido la cárcel y las comisarías, que habíamos sufrido la represión y los despidos, ahora empezábamos a tomar decisiones que afectaban a miles de trabajadores y a sus familias. Sólo los que lo hemos vivido podemos comprender la ansiedad que provoca a un dirigente sindical la convocatoria de una huelga.

En este contexto de crecimiento del sindicalismo de clase, cuando ya había quedado claro que la Libertad Sindical no

era negociable y además cuando los trabajadores vivían una situación económica difícil, el gobierno adoptó unas decisiones en materia social y laboral que llevó a las centrales que integraban la COS, a convocar una jornada de paro general para el día 12 de noviembre.

En Sevilla enseguida nos pusimos manos a la obra. Teníamos la ventaja de mantener unas excelentes relaciones personales con los dirigentes de CCOO, de hecho, Paco Acosta, a la sazón Secretario General de CCOO de Sevilla, asistiría unos meses después a la inauguración de nuestra Casa del Pueblo de la calle Huelva.

Pepe Romero, UGT, Isidoro Gálvez y Elvira Falcón, USO, y Eduardo Saborido, CCOO, en la Casa del Pueblo de la Alameda de Hércules, preparando la huelga general convocada por la COS en noviembre de 1976 (UGT Sevilla)

CASA DEL PUEBLO DE LA CALLE HUELVA

Si, como he señalado anteriormente, la huelga de Siderúrgica Sevillana de 1970 ha de considerarse un antes y un después para la UGT de Sevilla, lo mismo se puede decir de la inauguración de la Casa del Pueblo de la calle Huelva.

En enero de 1977, un grupo de terroristas de extrema derecha asesinaron a cinco abogados en un despacho laboralista de CCOO en Madrid. Los sectores más ultras del Régimen no se resignaban a perder su feudo del nacional sindicalismo que representaba el Sindicato Vertical. La UGT mantenía con firmeza que no habría Libertad Sindical mientras no hubiera un reconocimiento y legalización del sindicalismo de clase.

Corría el mes de febrero de 1977, cuando hacía casi un año que habíamos celebrado el XXX Congreso y aún los sindicatos no habían sido legalizados; la UGT de Sevilla se había ido consolidando como una organización con una destacada presencia en el movimiento obrero sevillano.

La casa de la Alameda de Hércules, que nos había venido sirviendo como sede clandestina, se nos había quedado pequeña. Había llegado el momento de poner a disposición de los trabajadores y trabajadoras una auténtica Casa del Pueblo. Decidimos alquilar una casa en la calle Huelva, en pleno centro de Sevilla. La casa había estado dedicada a almacén de una tienda de tejidos que la había abandonado hacía ya algún tiempo y cuando nosotros la alquilamos era casi una casa abandonada. Cuántas horas y cuánto esfuerzo dedicamos a adecentar lo que pronto sería testigo de nuestro entusiasmo.

El 16 de febrero, con la casa abarrotada de trabajadores y trabajadoras, presididos por un retrato de Pablo Iglesias sobre una bandera republicana, inauguramos la Casa del Pueblo de Sevilla. Al acto asistió representando a la Comisión Ejecutiva Nacional, el compañero Antonio García Duarte.

La Comisión Ejecutiva Provincial de Sevilla en la inauguración de la sede en la calle Huelva, febrero de 1976. De izquierda a derecha, sentados; Manolo Peñalosa, "Andrés", Miguel Manaute, Pepe Romero, Rafael Blanco, Paco Peñalver y Enrique Martínez Lagares. Detrás: Paco Vélez, Manolo Guardia, Miguel Guillén, Manolo Burgos, José María García Márquez y Manolo García Bravo
(Archivo Histórico de UGT Andalucía. FUDEPA)

Empezaba ahora un periodo de crecimiento y de consolidación de la UGT de Sevilla. Cada día, decenas de trabajadores venían a afiliarse a sus respectivos sindicatos. El Sindicato de Sanidad creó un grupo de compañeras que reforzaba la estructura administrativa ante la demanda de afiliación que exigía la elaboración de los correspondientes carnets.

La casa de la calle Huelva era la sede del sindicato, pero estábamos empeñados en que fuera más que eso. Queríamos que fuera una auténtica Casa del Pueblo.

Paco Vélez, miembro de la Ejecutiva Provincial y dirigente del Sindicato de Hostelería, era un apasionado de la cultura, él se encargaría de desarrollar ambiciosos programas culturales que fueron dando otros contenidos a la Casa del Pueblo.

Encarna Quintero
(Familia Romero Gordón)

En estos días se produjo un hecho importante, por primera vez desde que iniciamos la reconstrucción del sindicato, se incorpora una mujer a la dirección provincial. La compañera Encarna Quintero, dirigente del Sindicato de Banca y que había formado parte de la delegación al XXX Congreso, será elegida miembro de la Comisión Ejecutiva Provincial.

En este tiempo ocurrió un hecho significativo y relevante. Dada la cantidad de trabajadores y trabajadoras que acudían a nosotros en demanda de asesoramiento legal, me reuní, mandatado por la Ejecutiva Provincial, con Felipe González para pedirle que nos ayudaran. Por entonces, Felipe lideraba el despacho laboralista más importante de Sevilla. Felipe me negó esa ayuda, ningún abogado del despacho de Capitán Vigueras iría un día a la semana a la Casa del Pueblo, tal como le pedíamos.

Para nosotros era importante, más que importante imprescindible, contar con un adecuado soporte legal y empezamos a configurar un gabinete propio de la UGT de Sevilla.

Inicialmente se incorporó a esta tarea Nicolás Domínguez, abogado y afiliado de la Sección Sindical de Sevillana de Electricidad, y se fueron incorporando Fernando Yélamo, abogado laboralista; Marisol Mateo, abogada y profunda conocedora de los asuntos de Seguridad Social; Federico González de la

Manolo Guardia, Amador López y Pepe Romero, con compañeros de Marchena el día que constituimos la Unión Local (UGT Sevilla)

Peña, economista, y Antonio Retamino, también economista y compañero del sindicato, que con el tiempo formaría parte de la Comisión Ejecutiva de la UGT de Andalucía que liderara Cándido Méndez, y posteriormente, en la Ejecutiva Confederal.

Siempre he considerado el despacho laboralista de la calle Capitán Vigueras como algo muy importante para el Movimiento Obrero sevillano; ahora bien, considerarlo como el embrión de la UGT de Sevilla no se ajusta en modo alguno a la realidad. Importante para los trabajadores y trabajadoras de Sevilla, rotundamente sí, sin la menor duda. Núcleo desde el que se reorganizó la UGT de Sevilla, no, con la misma rotundidad.

En abril de este año 1977, se legalizaron los sindicatos y la implantación de la UGT por toda la provincia de Sevilla comenzó a extenderse como una mancha de aceite. Manolo Guardia se ocupaba de la Secretaría de Uniones Locales y rara era la tarde que no había que ir a algún pueblo a constituir la unión local. Así fuimos testigos, en no pocas ocasiones, del emocionante

reencuentro de veteranos y veteranas con la organización en la que habían militado.

La militancia en aquel tiempo resultaba agotadora. Hay que tener en cuenta que todos nosotros compatibilizábamos nuestros trabajos, en mi caso el trabajo a turnos en Cebesa, con las tareas del sindicato.

En junio se convocaron elecciones generales; por primera vez desde la República se iban a elegir democráticamente a los diputados que constituirían las Cortes Constituyentes.

Para el pueblo español, y singularmente para la clase obrera y sus organizaciones que tanto habían luchado y tanto sufrimiento habían padecido para conquistar las libertades en España, se trataba de un acontecimiento de extraordinaria importancia. Encabezados por Nicolás Redondo, que sería elegido por la circunscripción electoral de Vizcaya, destacados dirigentes y militantes de la UGT formarían parte de las candidaturas socialistas. Enrique Martínez Lagares sería elegido por la circunscripción de Sevilla.

Desde que se convocaran las elecciones, y luego en la campaña electoral, los ugetistas sevillanos nos implicamos muy activamente, participando junto a compañeros del PSOE en mítines y actos electorales por toda la provincia y convocando asambleas de trabajadores en las empresas para trasladarles la importancia de acudir a las urnas y votar a las izquierdas.

Pocos días antes de las votaciones, mi querido y respetado Paco Moreno me comentó las dificultades que tenían en el PSOE para completar la presencia de interventores y apoderados en todas

las mesas electorales. Reuní a un numeroso grupo de compañeros de Cebesa y les pedí que fueran apoderados del PSOE. La mayoría asintieron y recogieron sus correspondientes actas para estar presentes en los colegios que les fueron asignados.

Pasó el verano y el otoño lo presentíamos intenso. En la Ejecutiva empezamos a considerar la necesidad de que algún compañero dejara su trabajo para dedicarse por entero al sindicato. Los compañeros consideraron que debía ser yo esa persona y, tras solicitar y serme concedida la correspondiente excedencia, el día 15 de octubre dejé mi trabajo como oficial electricista en la fábrica que había sido mi ocupación profesional durante los últimos años y donde tuve la enorme dicha de relacionarme con entrañables compañeros.

La UGT, hacia mediados de 1977, era mayoritaria o, al menos, tenía una presencia muy significativa en sectores como banca, hostelería, energía, trabajadores de la tierra, alimentación, construcción y en empresas como Uralita, Sevillana de Electricidad, Cebesa, Cruzcampo, Fasa Renault, Hytasa, CASA. La actividad en la Casa del Pueblo resultaba abrumadora. De hecho, tuvimos que alquilar un piso en la misma calle Huelva donde se pudiera reunir, con un cierto sosiego, la dirección del sindicato.

La Casa de la calle Huelva se nos quedó pronto pequeña. En la calle Pérez Galdós, junto a la plaza de la Alfalfa, había en venta un edificio de tres plantas que considerábamos que podría servirnos.

Se lo planteamos a la Comisión Ejecutiva Confederal y les invitamos a que vinieran a verlo. Vinieron Nico, Lalo y Manolo Chaves.

De izquierda a derecha: Miguel Guillen, Eduardo López Albizu, "Lalo", Manolo García Bravo, Manolo Bonmati, Pepe Romero, Manolo Chaves, Nicolás Redondo, Enrique Martínez Lagares y José María García Márquez (UGT Sevilla)

Al fondo de la fotografía puede verse la casa que les acabamos de enseñar y que, tras alcanzar un acuerdo con una entidad bancaria que nos concedió la correspondiente hipoteca, se convirtió en la Casa del Pueblo.

CONGRESO DE UNIFICACIÓN UGT–USO

Desde que la UGT tuvo que establecer su sede en Toulouse, las relaciones con el sindicalismo francés se habían circunscrito a la CGT Force Ouvrière. No fue hasta mayo de 1970 cuando la UGT aceptó la invitación de la dirección de la CFDT (Confederación Francesa Democrática del Trabajo) para enviar una delegación a su XXXV Congreso. Ramón Porqueras Fonfría fue el primer miembro de la Comisión Ejecutiva de la UGT en acudir a un congreso de la CFDT desde su creación. Se da la curiosa circunstancia de que Ramón Porqueras fue el anfitrión

Monográfico de la revista U.G.T. Boletín de la Unión General de Trabajadores sobre el Congreso de Unificación Sindical. Madrid, 18 de diciembre
(Biblioteca FPI)

que recibió a un grupo de jóvenes socialistas y ugetistas de Sevilla integrado por Pilar Gordón, Alberto Marina, Luis Tejeiro, Manolo Medina y Miguel Martos, que asistieron a un curso en París en la primavera de 1970.

Desde este primer encuentro en 1970, las relaciones entre UGT y CFDT se fueron acercando. La CFDT tenía tradicionalmente unas muy estrechas relaciones con USO y, no es que la central francesa fuera determinante en el proceso de unidad del

sindicalismo socialista en España, pero sin duda ayudó. Como también ayudaron otros organismos sindicales internacionales, creo que es de justicia citar en este sentido a Dan Gallin, que entonces era Secretario General de la Unión Internacional de Trabajadores de la Alimentación, (UITA).

En Sevilla, la presencia de USO era muy limitada. Manteníamos una relación de camaradería con Elvira Falcón, que era su secretaria general, y habíamos tenido contactos con dirigentes de USO en el Marco de Jerez, singularmente Esteban Caamaño e Isidoro Gálvez. Pero, aunque para nosotros, en nuestro ámbito más inmediato, las consecuencias de la unificación no serían relevantes, sí sabíamos que sería un importante impulso para el sindicalismo socialista.

Las conversaciones entre las direcciones nacionales de las dos centrales que habían comenzado unos meses antes, cristalizaron en diciembre en lo que sería el Congreso de Unificación de UGT y USO. Lamentablemente un sector de USO no asistió al congreso y siguieron manteniendo sus siglas. En Sevilla elegimos una delegación que nos representara, y una vez más los compañeros me eligieron para que yo la encabezara.

Llegados a Madrid, enseguida me llamó Nicolás a su despacho para comunicarme que la Comisión Ejecutiva me iba a proponer como presidente, en representación de UGT, del Congreso de Unificación. Para cualquier ugetista, presidir un congreso del sindicato supone un honor y una responsabilidad. Aquella breve conversación con Nicolás resultó para mí muy, muy grata. La UGT se abría a un futuro esperanzador y yo iba a estar en primera línea. Interpreté acertadamente que la

presidencia del Congreso acarrearía en el futuro un papel de cierta relevancia en las relaciones con los compañeros de USO. Además, con esta propuesta de la Ejecutiva, constatábamos que los desencuentros de episodios anteriores se iban superando y que Nicolás confiaba en mí.

Faustino Díaz, mi querido y admirado Faustino, me ayudó a preparar el discurso con el que, una vez elegido, me dirigiría al Congreso. Para copresidirlo en nombre de USO habían elegido a Eugenio Royo, un veterano y respetado dirigente.

Se dirigieron al pleno Nicolás Redondo y José María Zufiaur y, a continuación, abrimos desde la presidencia un turno de palabras.

Los compañeros Manolo Simón, Antón Saracíbar y Faustino Díaz fueron desgranando lo que para UGT suponía el acto que estábamos viviendo. De las intervenciones en nombre de USO, me llamó especialmente la atención la de Martínez Ovejero, compañero al que no conocía, que hizo un extraordinario alegato sobre lo que suponía el sindicalismo socialista para el movimiento obrero.

Isaías Herrero
(Archivo Fotográfico FPI)

Desde el XXX Congreso, yo había venido manteniendo una relación cada vez más estrecha con Isaías Herrero, un compañero de Burgos que formaba parte de la Comisión Ejecutiva Confederal.

Hacia mediodía ya se habían producido en el Congreso de Unificación las intervenciones más importantes y, desde la mesa, habíamos dejado para la tarde las cuestiones formales, votaciones etc., y, naturalmente, las intervenciones de clausura de Zufiaur y de Nicolás.

Isaías Herrero había previsto que comiéramos juntos José María Zufiaur, él y yo. En aquella comida, conocí personalmente a José María y enseguida me di cuenta que era, no sólo un extraordinario sindicalista que haría grandes aportaciones en los ámbitos teóricos y estratégicos, sino también una gran persona.

José María Zufiaur (Archivo Fotográfico FPI)

XXXI CONGRESO DE LA UGT

Cartel del XXXI Congreso Confederal, celebrado en 1978
(Archivo Histórico de UGT Andalucía. FUDEPA)

En mayo de 1978 se convocó el XXXI Congreso, que sería el segundo que se celebraría en España y el primero que se desarrollaría con normalidad democrática en nuestro país.

Si el XXX Congreso supuso un hito histórico para el movimiento obrero en España, el XXXI tendría para la UGT la enorme carga sentimental que suponía el que se celebrara en Barcelona, 90 años después de aquel 12 de agosto de 1888, en el que 32

delegados que representaban a 44 sociedades obreras fundaron la Unión General de Trabajadores de España.

Para presidir el Congreso fue elegido el compañero Paco Ramos, a la sazón Secretario General de la FETAP.

A lo largo de las sesiones del Congreso, como siempre ocurre en la UGT, se fue perfilando la composición de la Comisión Ejecutiva que se haría cargo de la dirección confederal. En nombre de la delegación de Sevilla, José María García Márquez participaba muy activamente en estas negociaciones, proponiéndome para formar parte de la Ejecutiva. Finalmente, y contando con el apoyo de otras delegaciones, para lo que sin duda tuvo una singular importancia el respaldo de Ramón Jáuregui de la delegación de Guipúzcoa, se me propuso como Secretario de Acción Reivindicativa.

La Comisión Ejecutiva que eligió el Congreso, fue:

Secretario General: Nicolás Redondo Urbieta
Secretario de Organización: Isaías Herrero Sanz
Secretario de Administración: Jesús Mancho Atienza
Secretario de Coord. Fed. de Industria: Manuel Garnacho
Secretaria de Prensa e Información: Elena Vázquez
Secretario de Internacional: Manuel Simón Velasco
Secretario de Propaganda: Luis Alonso Novo
Secretario de Formación: Valentín Antón
Secretario de Emigración: José Luis Roldán
Secretario de Acción Reivindicativa: José Mª Romero Calero
Secretario de Relaciones Sindicales: José Mª Zufiaur Narvaiza

Secretario de Documentación y Estudios: Fernando Solano
Secretarios Confederales: Jerónimo Saavedra, Manuel Chaves, José Luis Cos, Xavier Guitart, José Loira, Paulino Barrabés y Maximino Pazos.

Finalizado el Congreso y constituida la Comisión Ejecutiva, los Secretarios Confederales fueron adscritos a las distintas secretarías. A Acción Reivindicativa fue asignado el compañero Pepe Loira, gallego y militante de la Federación de Trabajadores de la Tierra. Además, a nuestra Secretaría se incorporó, como un valioso apoyo, el compañero Fernando Mendes. Los tres formamos desde el primer momento un magnífico equipo de trabajo.

Pertenecer a la Comisión Ejecutiva Confederal exigía, naturalmente, que me trasladara a vivir a Madrid. Aunque los fines de semana que podía viajaba a Sevilla a ver a Pilar y a los niños, estar separado de ellos me resultaba muy duro. Afortunadamente, esta situación no duró mucho; en el verano, Pilar pidió una excedencia en su empresa y se vinieron a vivir a Madrid, donde los niños fueron escolarizados. José Mari comenzó allí el primer curso de primaria; Salvador, primero de preescolar y Alberto fue a la guardería.

La vida en Madrid era intensa; pertenecer a la dirección nacional del sindicato resultaba muy exigente. De un lado, las tareas que se derivaban de la propia Secretaría de Acción Reivindicativa, que implicaban estar al tanto y orientar la negociación colectiva en toda España, y de otro, las reuniones y los debates en el seno de la Ejecutiva.

Más adelante recojo algo de lo más destacado del trabajo como Secretario de Acción Reivindicativa, en particular lo que supuso el desarrollo de una estrategia sindical que tendría como eje la negociación-presión. Sí quiero en estas líneas dejar constancia de algunos de los acontecimientos que considero que tuvieron importancia y que marcaban la forma en que se abordaban las responsabilidades de dirección confederal.

En las reuniones de la Ejecutiva se planteaba todo y se debatía todo. Recuerdo un día que Nicolás nos trasladó que Enrique Múgica le había sugerido que pidiéramos una audiencia al Rey. No sé si la iniciativa de solicitar esta audiencia partió de Enrique o más bien fue una sugerencia de la Casa Real, el caso es que el asunto fue ampliamente debatido y finalmente se sometió a votación: ¿Pediríamos ser recibidos en audiencia por el Rey?

La votación arrojó un claro resultado en contra de solicitar la audiencia. La Comisión Ejecutiva Confederal de la UGT no pediría ser recibida por el Rey.

La Ejecutiva era un órgano muy vivo y democrático, llegado el caso nada se decidía sin una votación previa.

Para mi resultó especialmente grato participar en la campaña en favor de la Constitución. La UGT no se limitó a pedir el voto afirmativo en el referéndum constitucional, los miembros de la Comisión Ejecutiva nos repartimos por pueblos y ciudades participando en asambleas de trabajadores que se convocaban para explicar lo que significaría la Constitución del 78.

ACUERDO MARCO INTERCONFEDERAL

Mesa negociadora del Acuerdo Marco Interconfederal. En la imagen Matilde Fernández, Cesar Breña, José María Zufiaur, Nicolás Redondo, Pepe Romero, José Luis Corcuera y Pepe Loira
(Archivo Histórico de UGT Andalucía. FUDEPA)

En julio de 1979, la UGT y la CEOE habían firmado el Acuerdo Básico Interconfederal (ABI). Este era un acuerdo con un marcado carácter institucional. La UGT y la CEOE se reconocían mutua capacidad de interlocución y de negociación.

A partir de la firma del ABI, la Comisión Ejecutiva de la UGT se propuso dar un paso más para llevar adelante una estrategia sindical basada en la negociación-presión.

En los primeros años 70, una política monetaria expansiva había acarreado una importante inflación de demanda, a la que se sumó la inflación de costes que se produjo a partir de

1975, año en el que el gobierno dejó de contener los efectos de la subida de los crudos de 1973. El encarecimiento de los precios de los factores, unido a la inestabilidad política que se vivía en los últimos años del franquismo, produjo un retraimiento de la inversión, de nefastas consecuencias para la industria y el empleo.

En este contexto hicimos un análisis de estrategia sindical que se basaba en:

1. La fuerte inflación y la recesión económica, si bien tenían consecuencias negativas para el conjunto del país, afectaba especialmente a los trabajadores y a las clases populares que tenían poca o nula capacidad de ahorro. Las consecuencias que se derivan de esta conclusión eran, no obstante, difíciles de asumir por unos sindicatos que apenas hacía dos años que habían sido legalizados y que estaban enfrascados en una práctica sindical con fuerte carga ideológica. Recuerdo ahora con cariño los enormes esfuerzos que Ernest Lluch, entrañable compañero socialista y eminente profesor, realizó pacientemente explicando economía contracorriente a la comisión ejecutiva de UGT.

2. El sindicato, en su conjunto, como estructura compleja que en la práctica cotidiana estaba naciendo para miles de trabajadores españoles, necesitaba legitimarse como interlocutor válido con capacidad para afrontar los problemas inmediatos, más allá de las grandes declaraciones dirigidas a transformar la sociedad.

3. La negociación colectiva mantenía una estructura dispersa, con contenidos heterogéneos que, más que instrumento de

mejoras de las condiciones de trabajo, era el reflejo de las luchas de los últimos años del franquismo.

Fruto de este análisis, llegamos a la conclusión de proponer un gran pacto de rentas que, superando los recelos que entonces imponía cualquier cosa que se pareciera a un pacto social, proporcionara a los sindicatos, y singularmente a la UGT, un marco de actuación que desarrollara una estructura de negociación colectiva que fortaleciera el papel de las centrales sindicales como expresión organizada de los trabajadores.

La CEOE aceptó la propuesta y enseguida nombraron la que sería su comisión negociadora. En CCOO se lo pensaron; algún dirigente, con quien yo mantenía unas buenas relaciones personales, me comentó los recelos con que afrontaban esta posible negociación, pero finalmente lo asumieron.

El Instituto de Estudios Laborales de la calle Pío Baroja fue el escenario elegido para que, alrededor de la mesa negociadora, se sentara la delegación de la CEOE, integrada, entre otros, por José María Cuevas, Arturo Gil, José Antonio Segurado y Fabián Márquez; la de Comisiones Obreras por Nicolás Sartorius y Agustín Moreno, entre otros dirigentes; y la de la UGT, integrada por José María Zufiaur, Matilde Fernández, José Luis Corcuera, Manuel Chaves, Pepe Loira y yo mismo. Nuestra delegación contó además con la inestimable ayuda de Julio Rodríguez, Álvaro Espina y Fernando Mendes.

Como siempre ocurre cuando partes que representan intereses, no ya distintos, sino enfrentados, se sientan alrededor de una mesa de negociación, los primeros días son conversaciones de

tanteo. En la negociación de un convenio colectivo, y esto al fin y al cabo no era otra cosa que un macro convenio colectivo, siempre juega un papel importante la personalidad de los interlocutores. Teníamos que conocernos, había que saber intuir lo que realmente se decía y lo que se callaba para posteriores sesiones.

No habíamos pasado todavía de estas sesiones de tanteo, cuando la delegación de CCOO nos sorprendió una mañana con un alegato en contra de los pactos sociales y en defensa de los intereses de la clase obrera. Creí entonces, y seguí creyéndolo en años posteriores, que cometían un grave error. El primero, desde luego, considerar a su sindicato como exclusivo depositario de la defensa de los trabajadores; el segundo, pensar que perjudicarían a UGT hiciéramos lo que hiciéramos. Si nosotros también abandonábamos la negociación, seríamos seguidistas de su política, si por el contrario continuábamos, nos acusarían de pactar con la patronal un pacto social.

Una vez que la delegación de CCOO había abandonado la mesa, pedimos nosotros por nuestra parte un receso. Tras un breve intercambio de opiniones, los compañeros que aquella mañana integrábamos la delegación consideramos que había que hablar de este asunto con Nicolás y demás miembros de la Ejecutiva y pedimos una suspensión de la negociación hasta la mañana siguiente.

La Comisión Ejecutiva analizó esa misma tarde las diferentes alternativas que se nos planteaban y las consecuencias de adoptar según qué decisión. Finalmente, se consideró que mantener la negociación, si bien implicaba un riesgo, suponía, no obstante, una clara oportunidad para afirmar una estrategia sindical

que acarrearía beneficios para los trabajadores y para la UGT su afianzamiento como sindicato útil en el día a día.

Una vez retirada la delegación de CCOO, éramos nosotros los únicos representantes del movimiento obrero en la mesa de negociación de lo que queríamos que fuera un gran acuerdo que nos ayudaría a afrontar la situación económica y social que atravesaba España.

Establecimos unas prioridades de contenidos que se concretaban en:

— Salarios.
— Jornada.
— Condiciones de trabajo.
— Reconocimiento de las secciones sindicales.

Todo ello teniendo siempre en cuenta la necesidad de avanzar en la homogeneización de las relaciones laborales. Téngase en cuenta que en España, además de los miles de convenios colectivos, había casi una treintena de ordenanzas que complementaban la legislación franquista en materia laboral.

En relación con los incrementos salariales, se tuvieron en cuenta dos elementos que considerábamos nucleares. La propia naturaleza del acuerdo, que afectaría a empresas y trabajadores de muy diversos sectores, obligaba a un tratamiento flexible que tuviera en cuenta las diferentes realidades económicas.

Habíamos llegado a la conclusión de que era necesario desarrollar políticas económicas dirigidas a disminuir la inflación.

Nuestra forma de contribuir a esas políticas sería negociando los incrementos salariales en función de la inflación prevista. Aunque sabíamos que esto no resultaría fácil y que habría que explicarlo en múltiples reuniones y asambleas, lo veíamos como nuestra aportación positiva al desarrollo de una política económica que, a medio y largo plazo, resultaría beneficiosa para los trabajadores.

Respecto al tiempo de trabajo, propusimos una jornada máxima en cómputo anual que sirviera de base para abordar en el futuro reducciones de jornada.

En cuanto a condiciones de trabajo y reconocimiento de los sindicatos en las empresas, se plantearon propuestas que fueron recogidas en los apartados VIII al XI del texto que finalmente se acordó.

Paralelamente a esta negociación, la UGT se enfrascó en abordar con el Gobierno, la CEOE y el Grupo Parlamentario Socialista determinados contenidos de lo que sería el Estatuto de los Trabajadores. Si para la negociación del Acuerdo Marco algunos de nosotros aportábamos experiencia en la negociación colectiva, para el Estatuto, que en definitiva era un proyecto de ley, había que concitar consensos políticos amplios. Se partía, además, de una legislación laboral que durante años había pretendido sustituir libertad sindical y derechos colectivos por paternalismo. Esta negociación de los contenidos del Estatuto resultó especialmente compleja. La aportación de la UGT se centró sobre todo en que se considerara a los sindicatos como expresión organizada de los trabajadores, tanto en el ámbito de la sociedad en general como, sobre todo, en el seno de las

empresas. No se trataba de contraponer el sindicalismo representativo de los comités de empresa al sindicalismo organizado de las centrales sindicales, sino, al contrario, de potenciar aquel a partir de la consideración del papel que los sindicatos, como elementos estables de la organización de los trabajadores, habían de jugar.

La negociación del Acuerdo Marco Interconfederal (AMIC) resultó difícil. En varias ocasiones consideramos seriamente la posibilidad de no continuar. A las dificultades inherentes a una negociación tan compleja como la que abordábamos, se unía que algunos compañeros de la dirección de la UGT y un sector importante de la dirección del PSOE pensaban que un acuerdo de esta naturaleza supondría un balón de oxígeno para el gobierno de la UCD.

Una mañana, estando en plena negociación, se presentó un compañero que trabajaba para la Comisión Ejecutiva del PSOE para decirnos que Felipe quería ver a José María Zufiaur y a Pepe Romero. Pedimos un receso y el compañero nos llevó a Zufiaur y a mí hasta el despacho de Felipe.

La conversación no duró mucho, poco más de una hora, en la que le expusimos a Felipe la columna vertebral de la estrategia sindical que la UGT quería desarrollar en los próximos años. Le convencimos de que la base de la acción sindical sería el binomio negociación-presión. Además, en el corto plazo, los socialistas en el Partido y en el sindicato, tendríamos que afrontar una importante tarea en el desarrollo de la Constitución. Le hicimos ver que la importante labor de legislación laboral, que implicaba la derogación de las leyes franquistas en materia de

Derecho del Trabajo, necesitaría una cierta normalidad en el orden social. Felipe se interesó por algunos aspectos concretos de los contenidos que estábamos negociando y, cuando dimos por concluida la reunión, aunque no lo manifestó explícitamente, entendimos que no solo entendía nuestra posición, sino que la compartía. Lo cierto es que, a partir de aquella reunión, todo fue algo más fácil en el orden interno a la hora de convencer a algunos compañeros y compañeras.

Firma del Acuerdo Marco Interconfederal (Archivo de la Transición)

XXXII CONGRESO CONFEDERAL

Cartel del XXXII Congreso de la Unión General de Trabajadores, celebrado en 1980
(Archivo Histórico de UGT Andalucía. FUDEPA)

En la primavera de 1980, se convocó el XXXII Congreso. Habían transcurrido dos años desde que fui elegido miembro de la Comisión Ejecutiva Confederal y cuatro desde el mítico XXX Congreso. ¡Cuánto había cambiado España!

La Comisión Ejecutiva de la que yo formaba parte se presentó ante el Congreso con una gestión amplia e intensa.

En este tiempo, la Secretaría de Coordinación de Federaciones de Industria, de la que era titular el compañero Manolo Garnacho, había desarrollado una importante tarea de fortalecimiento y consolidación de la estructura profesional del sindicato. Isaías Herrero, desde la Secretaría de Organización, había contribuido a que la presencia de la estructura territorial y su peso político fueran cada vez más importante en una España en la que los sindicatos estaban asumiendo importantes papeles de representación política e institucional. Las Secretarías de Acción Reivindicativa y de Relaciones Sindicales, dirigidas por mí mismo y por José María Zufiaur, contribuyeron de manera notable a dotar a la UGT de una estrategia sindical propia y diferenciada que se tradujo en un importantísimo avance de representatividad de nuestro sindicato en el contexto del movimiento obrero. De hecho, una parte importante de la memoria de gestión estaba dedicada a las negociaciones colectivas e institucionales que se habían venido afrontando.

En fin, la gestión de la Comisión Ejecutiva liderada por el compañero Nicolás Redondo resultaba brillante en su conjunto.

Sometido al Congreso el informe de gestión, los compañeros y compañeras que integraban las correspondientes delegaciones, lo aprobaron con el voto favorable de una importante mayoría. Ninguna delegación planteó ningún reproche a la gestión.

Cuál no sería mi sorpresa cuando, una vez aprobada la gestión, varias delegaciones plantearon ante el Congreso una moción de censura contra algunos de los integrantes de la Ejecutiva.

El Presidente del Congreso se dirigió al pleno para anunciar que, de acuerdo con los estatutos y el reglamento de congresos, se habían recibido en la mesa sendas mociones de censura que atañían a José María Zufiaur, Pepe Romero y Elena Vázquez.

Sometidas a votación cada una de estas mociones de censura, las votaciones fueron orientadas de manera explícita por algún compañero al que se le vio, calculadora en ristre, conviniendo con determinadas delegaciones el sentido de su voto.

En mi caso, los votos a favor de la moción de censura fueron menos que los que estaban en contra. Ahora bien, si se sumaban los votos a favor y las abstenciones, su número superaba a los que estaban en contra. Entendí el mensaje: "Si salieras elegido en este Congreso, siempre estarías en una posición de debilidad".

No me presenté y di por concluida mi etapa en tareas de dirección, a uno u otro nivel, en el sindicato.

Todo este asunto me pareció injusto y sin sentido. Tenía 31 años y prácticamente toda mi vida de adulto la había dedicado a la UGT. Volví a Sevilla, reingresé en la fábrica y me integré en la Sección Sindical donde seguí militando en el sindicato que me vio nacer a la vida adulta y bajo cuya bandera quiero que me despidan cuando llegue la hora, la Unión General de Trabajadores de España.

A MODO DE EPÍLOGO

A MODO DE EPÍLOGO

Después de 1980, año en que doy por concluida mi trayectoria desde los orígenes de mi militancia hasta dejar de pertenecer a órganos de dirección de la UGT, he asumido responsabilidades políticas y sociales que me llevaron a la Junta de Andalucía, el Ayuntamiento de Sevilla, al Senado de España y a mantener una estrecha relación con el grupo de veteranos y veteranas socialistas que hemos llamado Jóvenes Socialistas del 68. Recojo aquí unos pocos hechos y acontecimientos que han influido en mi forma de estar en la vida, a lo largo de los últimos años.

BRIGADISTAS INTERNACIONALES EN SEVILLA

Cuando un grupo de brigadistas internacionales, entre los que se encontraba George Sossenko, visitó Sevilla, tuve el honor, en mi condición de concejal y portavoz adjunto del Grupo Socialista (1991-1995), de recibirlo y compartir con ellos unos días en nuestra ciudad.

En una cena con George Sossenko (Familia Romero Gordón)

George Sossenko
Lecturer - Spanish Civil War
4599 Mt. Paran Pkway. N.W.
Atlanta, GA.30327 - U.S.A.
Tel: (404) 233 - 4628
Fax:(404) 233 - 2574
bbbd@earthlink.net
www.information,cc/sossenko

Atlanta, Diciembre 11 de 2000.

Estimado amigo José María,

Adjunto a la presente como recuerdo la copia de la unica foto que tengo de la Guerra Civil Española tomada en 1936 , en Caspe.

Agradezco de todo corazon no solamente por habernos recibido con tanto fervor y camaradería, ademas tambien nosotros los Brigadistas quedaremos eternamente agradecidos al pueblo español, por habernos dejado luchar a su lado por la democracia, la dignidad humana y la Republica Española.

España, esta muy profundamente arraigada adentro de nuestro corazon, como nuestra segunda Patria, adonde hemos madurado, nos hemos hecho hombres y aprendimos a luchar por nuestro ideal.

Les deseo a todos Felices Fiestas y sigan siendo lo que son, sin achicarse delante de nadie,

SALUD! (Es una tradicion entre Brigadistas Internacionales terminar nuestras cartas con esta palabra española, para recordarnos de España eterna.)

George Sossenko

George Sossenko
Brigadista

Carta de George Sossenko. Atlanda, diciembre de 2000
(Familia Romero Gordón)

Lamentablemente, la fotografía a la que hace referencia Sossenko se me extravió.

SENADO DE ESPAÑA

Entre marzo del año 2000 y enero del 2004, fui senador por Sevilla dentro del Grupo Parlamentario Socialista. Aprovechando que los viernes no había sesión en el Senado, y enmarcándolo en mi actividad parlamentaria relacionada con la circunscripción por la que fui elegido, propuse a directores y directoras de institutos de Dos Hermanas un proyecto que titulé "El Senado en la Escuela".

La presencia en las aulas explicando la Constitución y las particularidades del Senado, me resultaron especialmente gratas. En un lugar destacado de mi biblioteca guardo un archivador que recoge los trabajos que elaboraron los alumnos y alumnas y que los profesores y profesoras consideraron de más interés.

Jóvenes estudiantes, acompañados por sus profesores, en su visita al Senado, junto a la Presidenta del Senado, el Portavoz del Grupo Socialista y el ministro Piqué
(Familia Romero Gordón)

SENADO

José María Romero Calero
SENADOR POR SEVILLA

EL SENADO EN LA ESCUELA

Palacio del Senado, Diciembre de 2.000

Estimada Sra. Directora:

En mi condición de Senador por la Circunscripción Electoral de Sevilla y vecino de Dos Hermanas, he propuesto a la Delegación de Educación del Exmo. Ayuntamiento de nuestra ciudad, la iniciativa de desarrollar una campaña, de marcado carácter institucional, entre los alumnos y alumnas de cuarto curso de Secundaria, con objeto de acercar la Cámara Alta a nuestros jóvenes estudiantes.

La actividad que se desarrollará los días viernes entre las 9 y las 14 horas, consistirá en una charla de unos 20 minutos de duración, seguida de un coloquio, en total unos 45 minutos. A los alumnos y alumnas que asistan, se les entregará diverso material que les ayude a conocer la Cámara.

A lo largo del curso, los alumnos que hallan asistido a estas charlas y que estén interesados, podrán realizar algún tipo de trabajo literario sobre el Senado, que los respectivos profesores evaluaran, premiando el Ayuntamiento a los dos mejores de cada colegio con un viaje a Madrid para asistir a una sesión del Pleno, conocer "in situ" las actividades que aquí se desarrollan y ser recibidos por la Presidenta y Portavoces de los distintos Grupos Parlamentarios.

Confío que considere esta propuesta de interés para su Centro y que en breve pueda saludarle personalmente.

Atentamente,

Fdo. José María Romero

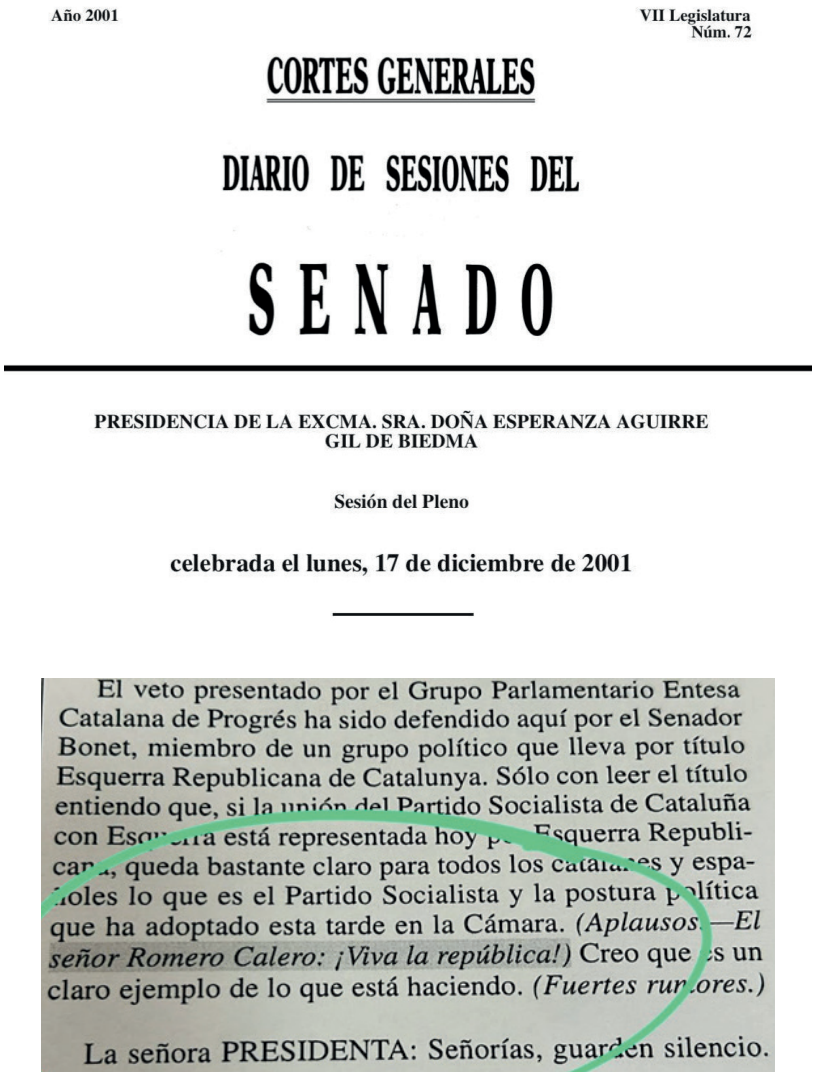
Carta del senador José María Romero a los directores y directoras de institutos de Dos Hermanas para desarrollar una campaña de carácter institucional para acercar la Cámara Alta a los jóvenes estudiantes. Diciembre de 2000
(Familia Romero Gordón)

SENADOR ROMERO CALERO, ¡VIVA LA REPÚBLICA!

En diciembre de 2001, en el Pleno del Senado se debatían los presupuestos del Estado para 2002. En nombre del Gobierno intervenía Cristóbal Montoro, ministro de Hacienda. En la tribuna, un senador de Izquierda Republicana de Cataluña defendía una enmienda en nombre de su Grupo, a la sazón La Entesa Catalana de Progrés. El ministro, para deslegitimar la intervención del senador, hizo una alusión despectiva a la República.

Desde mi escaño de senador socialista por Sevilla, seguía con atención el debate. Al oír la intervención reaccioné y, puesto en pie en el escaño, di por dos veces un ¡Viva la República! La señora estenotipista, que con gran profesionalidad recogía las intervenciones en el Pleno, dejó constancia en el Diario de Sesiones: "Señor Romero Calero ¡Viva la República!".

Desde que el 1 de febrero de 1939, que se celebrara en el castillo de Figueras la última sesión de las Cortes de la II República, no se había dado en sede parlamentaria un Viva a la República. Me cupo a mí ese inmenso honor en memoria de tantos y tantas que se fueron sin contarlo.



Año 2001 VII Legislatura
Núm. 72

CORTES GENERALES

DIARIO DE SESIONES DEL

SENADO

PRESIDENCIA DE LA EXCMA. SRA. DOÑA ESPERANZA AGUIRRE GIL DE BIEDMA

Sesión del Pleno

celebrada el lunes, 17 de diciembre de 2001

El veto presentado por el Grupo Parlamentario Entesa Catalana de Progrés ha sido defendido aquí por el Senador Bonet, miembro de un grupo político que lleva por título Esquerra Republicana de Catalunya. Sólo con leer el título entiendo que, si la unión del Partido Socialista de Cataluña con Esquerra está representada hoy por Esquerra Republicana, queda bastante claro para todos los catalanes y españoles lo que es el Partido Socialista y la postura política que ha adoptado esta tarde en la Cámara. *(Aplausos.—El señor Romero Calero: ¡Viva la república!)* Creo que es un claro ejemplo de lo que está haciendo. *(Fuertes rumores.)*

La señora PRESIDENTA: Señorías, guarden silencio.

El Diario de Sesiones del Senado dejó constancia de la intervención del señor Romero Calero: ¡Viva la República! 17 de diciembre de 2001
(Senado de España. Diario de Sesiones)

MEMORIA HISTÓRICA

Durante el tiempo que estuve desarrollando mi actividad como Comisario de la Junta de Andalucía para la Recuperación de la Memoria Histórica (2005-2007) pude ocupar mi pensamiento y mi responsabilidad en temas que, si bien estaban presentes en mi vida, ahora podía dedicarles un tiempo de estudio y de reflexión.

En el tiempo que hemos dado en llamar de la Transición, el pueblo español y sus instituciones hubieron de enfrentarse a formidables cambios en lo económico, lo social y lo político. No cabe duda de que el balance fue altamente positivo y que, por primera vez en nuestra historia, vivimos un largo periodo de democracia. Sin embargo, los jóvenes se hacen preguntas cuya respuesta no encuentran en la Transición.

En 1938 el entonces presidente de la República, D. Manuel Azaña, formuló su propuesta de "paz, piedad y perdón", que debía ser la columna vertebral de la tan ansiada paz entre españoles. En los años 70, los partidos políticos de la izquierda retomaron este mismo concepto con la "política de reconciliación nacional". Ahora bien, ¿puede realmente haber reconciliación sobre el olvido?

➢ Acabada la guerra civil española, el 24 de agosto de 1940 un tren con 927 refugiados españoles salía de la estación de Angulema, en la región francesa de la Charente. Cuatro días más tarde llegaron al pueblo de Mauthausen, en Austria.

Una vez que el convoy llegó a Mauthausen, los soldados alemanes obligaron a bajarse del tren a los varones mayores de

13 años. Bajaron 470 que fueron recluidos en el campo, de ellos murieron 409.

En los meses siguientes llegaron a Mauthausen unos nueve mil republicanos españoles, de los que unos mil quinientos eran andaluces.

➢ El día 5 de mayo de 1945, una división del ejército americano liberó el campo de concentración de Mauthausen. Sobre la puerta principal del campo, una pancarta escrita en castellano les daba la bienvenida: *"los antifascistas españoles saludamos a las tropas de liberación"*. La habían escrito los supervivientes de aquel horror que nunca renunciaron a luchar por su libertad y por la de todos nosotros.

➢ Cuando las tropas aliadas llegaron a las puertas de París para liberar a la bella capital francesa del terror de la tiranía nazi, los tanques que encabezaban la columna Leclerc se llamaban Jarama, Belchite, Guadalajara…, y estaban mandados por republicanos españoles. Combatientes que perdieron la guerra en España y que ganaron la libertad para Europa.

➢ Ricardo Zabalza, dirigente de la Federación de Trabajadores de la Tierra de la UGT, fue fusilado en Madrid en 1940.

RICARDO ZABALZA, A SU ESPOSA
24 de febrero de 1940.

Mi queridísima Obdulia:
Unos renglones para darte una mala noticia. He sido juzgado por los tribunales correspondiéndome la última pena. Ignoro

cuál será mi suerte, pero vale más estar preparado para lo peor. Los antecedentes de otros amigos, no son para sentirse demasiado optimistas y yo he mirado siempre esta eventualidad con valor y serenidad y así deseo que lo hagas tú. Tienes una labor grande que cumplir al lado de nuestro hijo que es el criarlo y educarlo si -contra las esperanzas que todos podamos formularnos- me tocará a mí estar eternamente ausente de vuestro lado. La vida es lucha y el perderla no es más que un accidente en el combate. Por eso hay que estar siempre listos para afrontarlo. Os escribo estos renglones a vuela pluma. Los ampliaré más adelante con nuevas impresiones, ¿optimistas? ¿pesimistas? Veremos. Recibe muchos besos de quién ahora es tuyo y de nuestro pequeño.
Ricardo"

- En febrero de 1953, el entonces Presidente de la Unión General de Trabajadores, Tomás Centeno, era asesinado por la brigada político-social en la Dirección General de Seguridad. Diez años más tarde, en abril de 1963 fue asesinado el dirigente comunista Julián Grimau.

Y tantos y tantas que mientras vivan en nuestro recuerdo no habrán muerto del todo.

Miles de hombres y mujeres fueron fusilados y enterrados en fosas comunes. Rescatar sus cuerpos, transformar estas fosas del horror en lugares de memoria no es cuestión política. Es de justicia.

Dice el filósofo Reyes Mate que existen dos clases de pasado: "el pasado que se hace presente a través de la historia, y el pasado ausente que pervive en la memoria".

Podemos representar así el pasado como una de esas esculturas de Chillida, donde tan importantes son los volúmenes como los huecos. La Historia representa lo pétreo, los volúmenes. La Memoria, los huecos, pero el conjunto no se entiende sin lo uno o sin lo otro.

Un pueblo sano que construye su convivencia sobre sólidos pilares de democracia, justicia y libertad tiene que incorporar ese pasado ausente a la historia, y tiene que hacerlo con toda normalidad democrática. Es un compromiso con las víctimas, con sus familias, pero sobre todo, es un compromiso con nosotros mismos.

La "Memoria" trasciende así lo individual para hacerse colectiva.

Como señala Reyes Mate "la memoria moral no es cualquier memoria, sino la que se refiere a las víctimas. La memoria como justicia de las víctimas".

Lo que hemos dado en llamar la recuperación de la memoria histórica, es sobre todo una exigencia de justicia moral. La justicia, que traspasa la exigencia de culpabilidad y que reivindica la dignidad de las víctimas.

Nuestro compromiso, como dice el que fuera eminente psiquiatra y escritor Carlos Castilla del Pino, tiene que ser dar testimonio de sus vidas,

"El testimonio es una manera de seguir viviendo. Uno no muere del todo mientras reside en el recuerdo de los demás. Sólo cuando estos han desaparecido y nadie nos recuerda, nos

hemos muerto definitivamente. Dar testimonio como respuesta a aquel silencio forzoso es un requerimiento que en todo caso nace de uno mismo para sobrevivir en sus palabras; y es también una obligación moral, la de hacer saber a los demás lo que es el miedo, el dolor, el sufrimiento personal, que así pueden transferir a los que se fueron sin contarlo."

MAUTHAUSEN

En el otoño de 2013, los Jóvenes Socialistas del 68 pusimos nuestra firma en una bandera de la II República Española. Aquel día quedó recogido en la magnífica fotografía que un grupo de nosotros hicimos en la plaza de San Francisco de Sevilla, con la Giralda al fondo.

Manolo Peñalosa "Andrés", Adolfo Gutiérrez de Agüera, Pepe Romero, Rafael Muñoz "Tom", Tere Rodríguez Mora, Manolo Barco, Paco Peñalver, Manolo Guardia y Miguel Guillen. Algunos de los Jóvenes Socialistas del 68 en la Plaza de San Francisco de Sevilla, el día que firmamos la bandera republicana que yo llevaría a Mauthausen
(Jóvenes Socialistas del 68)

Los imponentes muros que levantaron los presos con piedras de la cercana cantera conforman una silueta siniestra. Delante de la puerta principal, allí donde una pancarta escrita en

español daba la bienvenida a las tropas aliadas que hace 70 años liberaron el campo, bajé de la bicicleta y medité un rato sobre el sufrimiento que padecieron.

Dejé la bicicleta en el aparcamiento para bicis y traspasé los muros de piedra para adentrarme en el campo. Era temprano todavía y, aunque en el museo-memorial que está fuera ya hay bastante gente, en el interior éramos muy pocos. Las calas metálicas de mis zapatillas resonaban sobre los adoquines cuando cruzaba estos patios para dirigirme al monumento que honra a los republicanos españoles. Conteniendo a duras penas la emoción que me embargaba, dejé allí la bandera que es nuestro homenaje a su memoria.

Monumento a los republicanos españoles (Familia Romero Gordón)

EN LA TUMBA DE D. ANTONIO MACHADO

Pepe Romero y Pilar Gordón ante la tumba de Antonio Machado en Collioure (Familia Romero Gordón)

Nuestra infancia es el recuerdo de calles de Sevilla.
Nuestra juventud, la ilusión y el sufrimiento de la lucha por la Libertad, siguiendo los pasos de aquel *"cuya voz tenía el timbre inconfundible de la verdad"*.
La madurez, la satisfacción del deber cumplido.
Y ahora, en la vejez, cuando el caminante y el camino se empiezan a confundir y se van haciendo uno, el abrazo solidario de los que "bebían vino si había vino, y si no había vino agua fresca".

Sevilla-Collioure, julio de 2017.
José María Romero y Pilar Gordón en nombre de los Jóvenes Socialistas del 68

UNA CONSTITUCIÓN DE LOS *"HOMBRES DE IDEAS"*

Colaboración publicada en un libro colectivo con motivo del 30 aniversario de la Constitución del 78. Editado por la Confederación Sindical de Comisiones Obreras.

"Y si, para eso, es preciso limpiarnos el alma de algún rencor, debemos hacerlo, porque es preciso que España sepa que somos hombres que llevamos la mancera firmemente y que abrimos las entrañas de la tierra española para arrojar en ella, a voleo, simientes de justicia" (Fernando de los Ríos en el debate de totalidad de la Constitución de 1931).

Siendo niño, en Bellavista, barriada de la periferia de Sevilla donde mi familia, como tantas otras, sufría la durísima dictadura del franquismo de la posguerra, oía, en no pocas ocasiones, cómo los vecinos del barrio se referían a algunos hombres con un calificativo que entonces no alcanzaba a comprender. Es un *"hombre de ideas"*.

Con el tiempo fui comprendiendo que ser un hombre de ideas, era ser socialista, comunista, anarquista, republicano… Luchador antifranquista y por la Libertad. Los hombres y mujeres del "exilio interior" que habían padecido cárcel, campos de trabajo, represión, llegaron al fin de la dictadura con el alma limpia de rencor y enseñándonos a todos los valores de Libertad y Justicia que impregnarían la Constitución del 78.

Porque más allá de los contenidos, la Constitución está preñada de valores. Ya el Preámbulo habla de Justicia, de Libertad, de Democracia, de Paz. Principios todos ellos que no sólo le

habían sido negados al Pueblo español durante la dictadura del Nacionalcatolicismo, sino que fueron también ideales por los que muchos hombres y mujeres padecieron cárcel, exilio e incluso la muerte.

Seguramente será difícil para los jóvenes del siglo XXI, los que ya nacieron en Libertad, comprender la emoción con que los jóvenes que nos habíamos incorporado a la lucha antifranquista en los años sesenta, nos encontrábamos con la Constitución que, para nosotros, tenía un significado por encima de todos: Libertad. La Constitución era para nosotros, al mismo tiempo, la culminación de un proceso y el inicio de una nueva senda. Habían sido duros años de lucha, y después, la legalización de los partidos políticos, la de los sindicatos, las elecciones de junio del 77 y ahora, cuando 1978 llegaba a su fin, el Pueblo español era llamado a las urnas para dar un enorme sí a la Constitución de las Libertades.

Aquel 6 de diciembre, muchos *"hombres de ideas"* se levantaron temprano, vistieron chaqueta y corbata, cubrieron su cabeza con el sombrero de los días de fiesta y fueron emocionados a votar. La última vez que muchos de ellos, siendo aún muy jóvenes, habían votado una constitución, España se definía como "*una República de trabajadores de todas clases*", ahora como una "Monarquía parlamentaria que hace suyos, como valores superiores, la Libertad, la Justicia y la Igualdad". Entre una y otra Constitución, cuarenta años de dictadura, cuarenta años de sufrimientos y ahora por fin, se volvía a abrir para España un horizonte de esperanza.

Una vez más, estos hombres y mujeres, que sintieron en sus entrañas la defensa de las libertades que un día encarnaron los

valores republicanos, nos daban a todos una nueva lección. Con su apoyo decidido a la nueva Constitución, nos transmitían un mensaje de reconciliación, de superar de una vez y para siempre, las "dos Españas" de Machado.

Desde el primer momento, las organizaciones obreras hicieron suyo el texto constitucional. La libertad sindical, consagrada como un derecho fundamental, el mandato para elaborar un Estatuto de los Trabajadores que contribuyera a la creación de un marco democrático de relaciones laborales, el reconocimiento expreso del derecho a la negociación colectiva y de un régimen público de seguridad social, hacían que la del 78 fuera una constitución, no sólo de los ciudadanos, sino también de los trabajadores.

Mucho se ha escrito sobre el gran acuerdo político que fue la base de la Constitución de 1978. Pero, ¿hubiera sido posible este consenso político si no hubiera sido sustentado por un gran acuerdo social? A mi juicio, rotundamente no. Los trabajadores y sus organizaciones, que habían sufrido en primera línea la represión de la dictadura, supieron poner por delante de los intereses de clase los intereses de España y contribuir con su esfuerzo a dar vida a una Constitución que sentaría las bases del periodo de convivencia democrática más amplio de la historia de España.

Ahora treinta años después de aquel 6 de diciembre de 1978 quiero rendir un sencillo pero sincero homenaje a los "*hombres de ideas*" de mi niñez y a los sindicalistas que, de manera anónima, contribuyeron de una manera tan decisiva a que se hiciera realidad la Libertad en España.

José María Romero. Socialista, sindicalista antifranquista.

NICOLÁS REDONDO

Socialista, Obrero y Español

Fotografía del acto de rotulación del Paseo Nicolás Redondo Urbieta. Juan Bautista Ginés, Pepe Álvarez y Carmen Castilla (UGT Sevilla)

La última vez que hablé con Nicolás fue el 13 de abril de 2021. Un grupo de ugetistas veteranos habíamos pedido al Secretario General de UGT Sevilla que propusiera al Ayuntamiento la rotulación de un espacio público en nuestra ciudad con el nombre de Nicolás Redondo Urbieta. Gracias a la perseverancia del entrañable compañero Chema Camarero, ugetista asturiano adoptado en Andalucía, el ayuntamiento hizo suya esta propuesta y un paseo en un parque, entre dos colegios en una barriada obrera, lleva desde entonces su nombre.

Celebramos un acto sencillo, emotivo y entrañable. Nico no pudo venir como hubiera sido su deseo y el nuestro; nos dirigió la palabra con un discurso grabado lleno de sabiduría y cuando ya dábamos por concluido el acto me sonó el teléfono y Cari me pasó a Nicolás.

Esa fue la última vez que escuché su voz.

Pepe Romero
Presidente de Honor de la UGT de Sevilla

FELIPE, NOS DUELE LO QUE DICES

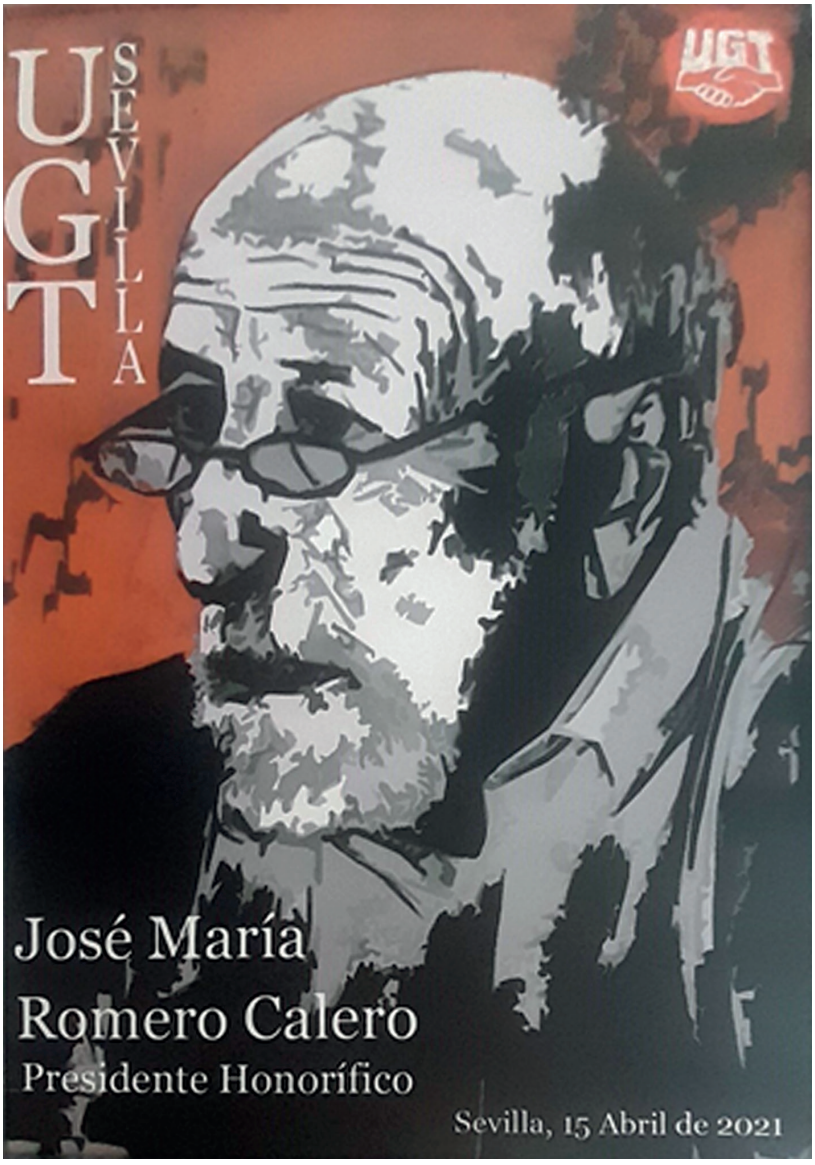
A mediados de septiembre de 2023, Felipe González vino a Sevilla a recoger un premio de la Fundación Cajasol y la Cámara de Comercio. No hacía muchos días que Felipe se había pronunciado sobre algunas cuestiones relacionadas con la política impulsada por la dirección del PSOE en unos términos que algunos compañeros veteranos considerábamos inadecuados.

Quisimos entonces trasladar a Felipe, no una discrepancia política, quisimos trasladarle un sentimiento. El profundo dolor que nos producían esas palabras viniendo de él, que durante tanto tiempo y especialmente en nuestros años jóvenes, cuando nos integramos en la Juventud Socialista, había sido nuestro referente indiscutible.

Manolo Guardia con la pancarta (Jóvenes Socialistas del 68)

"Jóvenes socialistas del 68" recibimos a Felipe González en la puerta de la Fundación Cajasol (Jóvenes Socialistas del 68)

PRESIDENTE DE HONOR DE UGT SEVILLA



Cartel de UGT Sevilla realizado con motivo del nombramiento de José María Romero Calero como Presidente Honorífico en abril de 2021
(UGT Sevilla)

En abril de 2021, en el transcurso de un acto en que se habían entregado los premios anuales *Solidaridad*, el compañero Diego subió a la tribuna y, con un emotivo discurso, me dio la sorpresa de que me habían nombrado Presidente de Honor de la UGT de Sevilla y habían rotulado con mi nombre una sala de la sede provincial, la sala donde se reúne la Comisión Ejecutiva.

Más de 50 años después de que, en una asamblea clandestina, me hubieran elegido para asumir la responsabilidad y el honor de ponerme al frente del sindicato en Sevilla, ahora se me hacía este nombramiento de Presidente de Honor. ¡Qué alegría, qué enorme satisfacción!

Juan Bautista Ginés, Secretario General de UGT Sevilla y Carmen Castilla, Secretaria General de UGT Andalucía, me hacen entrega del nombramiento
(UGT Sevilla)

Comisión Ejecutiva de UGT Sevilla
Juan Bautista Ginés, Secretario General
Avda. Blas Infante, 4
Sevilla

José Mª Romero Calero

Dos Hermanas, a 22 de abril de 2021

Estimados compañeros de la Comisión Ejecutiva Provincial, estimado Juan.

La emoción con la que viví el acto del día 15 no me permitió expresaros mi gratitud por haberme nombrado Presidente de Honor de la UGT de Sevilla.

Perdona Diego que no te agradeciera personalmente tu intervención.

Desde que en 1967 me incorporé a las organizaciones socialistas y en particular a la Unión General de Trabajadores, pocas veces había experimentando una emoción como la que me embargó al saber de vuestra decisión.

Hace ya más de 50 años que en una asamblea clandestina los compañeros de la UGT de Sevilla me eligieron Secretario General, entonces era un joven que empezaba a transitar la senda que nos enseñara Pablo Iglesias, ahora cuando ya empiezo a asomarme al otoño de mi vida, vosotros acordáis mi nombramiento como Presidente de Honor y en mi persona no puede caber mayor orgullo.

Permitidme compañeros que reciba esta distinción como homenaje rendido a todos los que, participando de la misma lucha, no recibieron privilegio alguno y si conocieron desgracias y persecuciones.

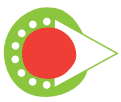
Sabéis queridos compañeros, que como siempre me tenéis a vuestra disposición.

Un fuerte abrazo.

Vuestro y del socialismo

Pepe Romero

Carta de agradecimiento de Pepe Romero a la Comisión Ejecutiva de UGT Sevilla por su nombramiento como Presidente de Honor de UGT Sevilla. 22 de abril de 2021
(UGT Sevilla)



UGT Andalucía

Diputación Sevilla

UGT Andalucía Sevilla

ISBN 978-84-124437-4-5